UNIV. OF ARIZONA
[redacted]
mn
Jiménez Rueda, Julio/Cuentos y dialogos
3 9001 03977 9221

CUENTOS Y DIÁLOGOS

IMPRENTA FRANCESA.—JARDÍN CARLOS PACHECO, 1 Y 3

JULIO JIMÉNEZ RUEDA

CUENTOS Y DIÁLOGOS

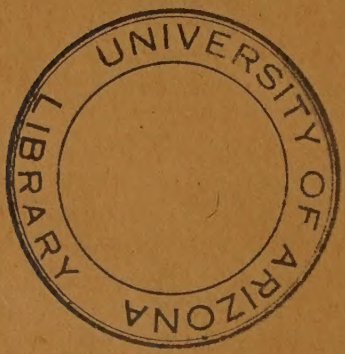
LIBRERÍA DE LA VDA. DE CH. BOURET

PARÍS
23, Rue Visconti, 23

MÉXICO
45, Av. Cinco de Mayo, 45

1918

QUEDAN ASEGURADOS LOS DERECHOS
DE PROPIEDAD CONFORME A LA LEY



863.6
J62c

A GUISA DE PROEMIO

El afecto del discípulo para el antiguo maestro; la estimación incólume a pesar del tiempo y de las variadas fases de la vida, causas han sido de que Julio Jiménez Rueda, el joven pensador y melancólico, desee que algunas breves líneas mías precedan a este bello libro de cuentos, los cuales ha escrito con verdadera devoción, ya que las manifestaciones de su espíritu rebasan los linderos de su juventud, y todo en él lleva el sello de una personalidad genuina, dispuesta a juzgar de los hombres y las cosas con la paciente firmeza de quien se ha adelantado un poco en el camino.

Julio, desde muchacho, apenas iniciado en los estudios literarios, comunes y corrientes, que se cursaban antaño en la Escuela Preparatoria, tomó afición por las letras; gustaba, al contrario de la mayoría de sus compañeros, harto dados al holgorio y las trivialidades, de leer obras de amena literatura, deleitándose sabrosamente con el «Quijote» de don Miguel de Cervantes y nutriendo su espíritu inquisi-

F6157-Q

tivo con las apacibles endechas del excelso cantor de «La Morada del Cielo».

Porque Jiménez Rueda es, ante todo, un romántico tranquilo; un ecuánime forjador de ilusiones impolutas y un temperamento que propende al misticismo, sin que por ello se entienda que se torture al pensar en las penas del infierno, ni se extravíe en consideraciones dogmáticas de abrasadora intranquilidad. Su catolicismo es sereno, apacible, soñador, como tenue lucecita, perpetua alumbradora de un alma sosegada.

Y tales creencias, natural es que se reflejen en su obra, prestándole el carácter de una personalidad sugestiva, sin descender por ello a la empalagosa dialéctica de un sermón de beaterio.

Jiménez Rueda es un observador atinado y suspicaz de los fenómenos de su tiempo: sabe dar forma a caracteres y costumbres; y en el cuento, lo mismo que en el drama o la comedia (género este último en el que ya descuella), trae y lleva personajes de una a otra situación con admirable atingencia, sin quebrantar en un ápice el plan general del desarrollo primario.

Algo viejo se va volviendo este muchacho de veintiún años que ama, como el ilustre González Obregón, las suculentas tradiciones y se solaza averiguando episodios virreinales de sabroso picorcillo, con la admirable paciencia de un bibliófilo, constante hurgador de manuscritos e incunables.

Jiménez Rueda presenta en estos cuentos, tipos y caracteres sociales de nuestro medio ambiente,

estudiados con penetrante observación y marcados con el sello especial, propio de la hora en que se vive: agitada siempre y jamás utilizada, dentro del derrotero general que informan nuestras aspiraciones y deseos.

«El Sueño de Martín Espelunca» es, a mi juicio, uno de los cuentos mejor acabados de este correctísimo escritor, ya que el estado psicológico del tal personaje es característico de muchos de esos hombres que se pasan la vida viendo correr el tiempo, sin tener un esfuerzo ni aparejar una ilusión, cavándose a sí mismos esas tumbas ignoradas, patrimonio común de los seres sin luchas ni esperanzas.

Claro es que este libro gustará: su autor tiene talento; su léxico es puro y galano; el estilo es fluído y armonioso; la concepción es rápida y segura y, en el diálogo, casi casi se va volviendo maestro por lo bien que lo maneja y lo atinadamente que lo desarrolla.

Felicitémonos, pues, de contar ya entre nuestros buenos escritores a este muchacho estudioso que lleva trazas (si Dios y el Amor no lo remedian) de convertirse muy pronto en uno de aquellos soñadores que iban cristalizando los anhelos de su espíritu entre el polvo tutelar de los siglos, almacenado en los grandes infolios de muy espaciosas bibliotecas.

México. 1918.

SALVADOR CORDERO.

LA FARSA DEL POLICHINELA

Para D. Erasmo Castellanos Quinto.

Pues sucedió, señora, que como es costumbre, no en el dorado país de las hadas que dijera Couto, sino en el placentero y risueño de los juguetes, fué recibida con muestras de notoria alegría y extremado regocijo, la presencia de un nuevo habitante en el ligero cesto que servía de abrigo y casa a los deportados de la alegre y elegante juguetería que abastaba de juguetes a los niños ricachones y pudientes de esta honrada metrópoli. Su aportada al cesto, produjo, en los que en él yacían, ciertos resquemores de envidia que acertaron a no externarlos, sino que, por el contrario, dieron la bienvenida al recién llegado con toda la cortesía que debe marcar el protocolo jugueteril, fiel trasunto del almibarado que usan nuestras cancillerías. Hubo agasajos, fiestas, alegría. Apenas puso el pie en el borde del cesto, cuando una salva de aplausos estalló en el fondo, y los juguetes que tenían instrumentos músicos en sus manos se apresuraron a tañerlos. Cuentan las crónicas, señora mía, que aquel día hubo banquetes para los juguetes encopetados y de campanillas, y humildes fandangos para los de la clase

ínfima; en unos y otros se pronunciaron vehementes brindis, discursos incendiarios, a semejanza de los que en el venturoso país que habitamos se pronuncian en comilitones y banquetes.

No era un Adonis ni un Hércules el recién llegado, ni un Maquiavelo, ni un Napoleón tampoco, y sin embargo, por una aberración incomprensisible, era envidiado; y fué el personaje de moda, y en algunos pechos de pasta apareció el mordicante sabor de la envidia, algunos ojos comenzaron a mirarlo de soslayo y algunos corazones femeninos sintieron la punzadura que causan las agudas jaras de Eros. ¿Quién sería pues? Adivino que ésta es la pregunta que traviesa trata de salir del rinconejo de vuestra boca, donde se halla no muy en sazón. Calmadla, que va a ser satisfecha muy en seguida. Decíamos, pues, que no era bello; que enjuto y desmedrado, no era fuerte; que no era un personaje campanudo ni en política, ni en religión, ni en letras y que, sin embargo, era envidiado, y lo era por el simple hecho de ser el personaje de moda. Era un hermoso polichinela, señora mía; llevaba sobre sí los ajobos de dos jorobas, su nariz desmesurada lamía el mentón lampiño; pequeñín, andaba a trancos, movía sus manos siempre a compás, era en fin un pobre personaje de farándula. Nada tenía de envidiable. ¡Ah, señora! Mal razonáis si se os ocurre este reparo. En el mundo de los juguetes como en el mundo que habitamos, se suele envidiar lo bueno y lo malo. Polichinela tenía dos jorobas, y no es moneda corriente encon-

trar hombres que lleven sobre sí tanta pesadumbre. Los muñecos ¡oh los muñecos! no sabéis lo que les gusta a los muñecos salirse del trazo común que seguimos cotidianamente; además, Polichinela vestía bien su hermoso traje de raso de algodón salpicado de lentejuelas, como de estrellas se halla el cielo en una noche estival; los dos picos de su gorro hacían gracioso *pendant* con la desmesurada mole de su nariz. Sobre todo, señora mía, las muñecas se habían propuesto darles en la cabeza a los muñecos, y cuando una muñeca se propone hacer un desaguisado, no hay Cristo que lo remedie. Y ante el poderío de *ellas* doblan la cerviz *ellos* aunque algunos sean un tanto cascarrabias.

El pobre Polichinela se encontraba cohibido. ¡Cómo extrañaba la soledad augusta del teatrito Guignol, donde, a la vera de Colombina y junto a Pierrot, cantaba endechas con voz cascada o hacía siempre de burlado, dejándose apalear bonitamente de Arlequín, para mover a risa con sus contorsiones grotestas, a los chicuelos que, crueles como los hombres, presenciaban la representación.

Y sucedió que, frecuentando esa sociedad, sintió cierta vez bajo una de sus jibas, un cierto escozorcillo en el que no paró mientes; pero corriendo los días aquello se trocó en una punzadura que desde ese punto no lo dejó ni a sol ni a sombra; no volvió a pegar los ojos. Mal de amores tenía, señora; sus ojos se iban tras una hermosa y rubia muñeca de fina porcelana, con unos ojos como dos cielos, y una cabellera hecha con rayos de sol, de ese sol que

iluminaba los pintarrajeados telones del teatrillo, fiel trasunto del construído en el jardín de Luxemburgo. Y según decires, aquella preciosa muñeca procedía de un escaparate de la Rue de la Paix, y como tal, había tenido por maestras a esas encantadoras muñecas que pasean sus trenes y su rumbo por los boulevares parisinos.

Y sucedió también, que llegó un nuevo huésped al cesto, y con él una nueva moda; los muñecos olvidaron al Polichinela para envidiar los bigotes del flamante capitán, que tal era el recién venido; las muñecas dieron en la tárea de admirar los cordones y lentejuelas, dejando de mano las del Polichinela.

Sólo él no dejó de mano su amor por la muñeca de porcelana de Sévres de procedencia francesa, y ella, ingrata, acostumbrada a mirar desde su escaparate, tantas, tantas ingratitudes, no apareció un día en el cesto, como tampoco el recién venido. Lloróla Polichinela; quiso aborrecerla, cuando aprendió que en las cocheras había desaparecido el automóvil más veloz y más flamante que muñecos y muñecas usaban en sus excursiones al jardín.

Tornó a acordarse de Pierrot y Colombina y de los telones de papel pintado y de las bambalinas del teatro Guignol, y sobre todo de las risas de los niños, de esas risas que sonaban a cascabeles y que se confundían con los de Arlequín cuando Polichinela se dejaba apalear de Pierrot.... Y lloró, lloró a solas y en sus mejillas aparecieron dos surcos

formados por las lágrimas al caer candentes sobre la pasta de que estaban formadas. Y una mañana, el niño ricachón, cuyos eran los juguetes, encontró a Polichinela fuera del cesto, con la cabeza despedazada y el serrín de sus jorobas esparramado por el suelo.... ¡Pobre Polichinela, no lo lloraron ni Colombina ni Pierrot, sus amigos, sus hermanos...!

* * *

Ahí tenéis señora mía, el cuento del Polichinela. ¿Que quién me lo contó? ¡Qué importa! Tal vez el pajarillo de pintado plumaje que cuenta a las madres las travesuras de sus hijos, tal vez el cardillo... Lo que sé, señora mía, es que hay muchos polichinelas en el mundo y también muchas muñecas..... Que lo que existe en el país de Liliput de pasta y con lentejuelas y colorines, existe en este arcaico planeta que habitamos usted y yo. ¿No es verdad? La vieja comedia, la farsa del Polichinela.

México, mayo de 1912.

ATOMILLO

A D. Juan B. Delgado.

Atomillo era el Benjamín de un corro de amigos: pandilla rasposa e inocentona que había sentado sus reales en los claustros de la escuela Preparatoria. Pequeñín y encanijado, no tenía de hermoso, sino dos ojazos negros prendidos en una faz de santo modelado en cera. ¡Mal contraste hacía con el resto del grupo! Pretenciosos éramos todos, picados de vanidad, no tanto en los timbres intelectuales y morales como en el garbo y apostura en la persona que no cesábamos de exhibir en los aledaños de las escuelas de señoritas sobre todo. Atomillo poseía también dos hermosas ringleras de dientes que aparecían tras los labios descoloridos y anémicos cuando sonreía, y sonreía poco. Era tristón, paciente de nuestras travesuras de colegiales se dejaba llevar por nosotros dócilmente, sin réplica, sin discutir nuestras órdenes, ni oponerse a nuestros mandatos. Se nos había acercado poquito a poco, con timidez, sufriendo desaires, pullas, piques y el apodo más tarde caído de boca del más travieso y despejado y recibido entre risotadas de los demás. Pequeñín era, tan pequeñín, que

su nuevo nombre le vino como anillo al dedo. Por Atomillo fué conocido desde entonces y su nombre de pila olvidado. De ahí en más, no sería más que Atomillo, Atomillo a secas.... Atomillo sonrió al aprender su flamante apellido, mostrando las dos ringleras de dientes, blancos como sartales de perlas. Su sonrisa tenía algo de acibarado, un no sé qué de amargo. Sus labios, al entreabrirse para sonreír, se me antojaron los bordes de una herida.

Atomillo vivía al amparo de unos parientes lejanos. Su padre, calaverón, vicioso empedernido, había abandonado a su madre cuando era muy pequeño aún. Levantó el vuelo con dos o tres amigotes de rompe y rasga y más de una amiga del partido. Su ida fue silenciosa, callada. No produjo crisis de llanto en su casa. El dolor prendió muy adentro en el alma de su madre, y el desencanto y el desaliento señorearon por unos meses el hogar. Sí que para la madre fue una liberación y para él un mal ejemplo menos. De la noche a la mañana se extravió ¿después de una orgía? Tal vez: orgía principiada en una cantina de barrio, y continuada, quizá todavía, por esos caminos de Dios. Cuando Atomillo preguntó por su padre, una lágrima rodó de los ojos de la madre y vino a caer sobre la frente marfilina del pequeño. Ya de mozo aquella lágrima le quemaba todavía y, al narrarme la escena, rodaban dos de sus ojazos negros para perderse entre aquellos labios anémicos que semejaban labios de herida que hubiera exprimido toda la sangre de su seno.

Su madre vivió poco: temperamento exaltado reconcentró en el hijo todo el amor que le profesara al padre, que era grande: los pillos tienen suerte y engendran quereres fogosos que profanan con las heces del vino. La madre tuvo que trabajar mucho: Atomillo debía ser hombre de pró, y cada libro, cada cuaderno que necesitaba en la escuela, era una brizna de la vida de su madre que se perdía, cabe la máquina en que aderezaba costura de munición, pasándose las noches de claro en claro. Trabajaba ella de firme para que Atomillo prosiguiera en sus estudios. La alimentación era mezquina. Atomillo iba adelgazando más y más, sus facciones se afilaban tomando el aspecto de santo de cera que todos admirábamos. Para la madre sólo el hijo existía, para él sólo ella, la amaba con amor grande, profundo, desmedido, sustituía con amor el amor del partido. Así transcurrían las largas vigilias, ella trabajando, él de codos sobre el libro estudia que estudiarás; ella levantaba los ojos a tiempo que él dejaba de leer, las miradas tropezaban, y de las pupilas de ella corrían dos perlas pequeñitas que iban a exornar la ropa que confeccionaba. Atomillo besaba a su madre en la frente y rendido de sueño, pensaba en días de redención, de tranquilidad. Allá, cuando fuera abogado....

La muerte es un descanso, y descanso fue para la madre de Atomillo. Para él una catástrofe, milagro que no la siguió en su marcha. No lloró, no pudo llorar. Tomaron sus facciones un sello de

horror, de espanto. Se le hacía imposible, y, sin embargo, allí estaban para confirmarlo los cuatro blandones de cera amarilla que ardían en torno del cadáver. Atomillo no dijo nada, abrió mucho los ojos, una bola grande como una nuez se atravesó en su garganta. Solo al salir el cuerpo para el cementerio tuvo antojos de arrojarse sobre él..... Un grito se escapó de su garganta: ¡mamá! no hubo más.

Fue entonces cuando lo recogieron sus parientes, cuando lo conocimos nosotros, con aquella cara espantada, con aquel mirar, con aquel sonreír. Sus ojos: ¡cuántas veces me asomé yo a sus ojos! y ví en el fondo un alma transparente, como álveo de un regato, terso, azul, como reflejando el azul del cielo.

Atomillo no era hermoso, ¡qué iba a serlo! con aquellos zancos por piernas y aquellas manos largas y huesosas, pero era bueno. El continente encubre al contenido. Era un espíritu fogoso, fogoso a ratos, cuando salía del ensimismamiento y melancolía, capaz de entusiasmarse por nonadas. Soñador, poeta, nunca había, sin embargo, forjado un verso por casualidad. Recuerdo muy bien aquellas tardes de crepúsculos melancólicos en que enderezábamos nuestros pasos por el Paseo de la Reforma para hablar de cosas íntimas, mientras la ciudad se refocilaba en la hora de la alegría y el ángel áureo de la Independencia se destacaba sobre un fondo carmesí que dibujaba el castillo legendario, nido de héroes y mansión de leyenda y de ensueño. Yo le contaba mis aventuras de mu-

chacho, mis primeros amores, tan distintos de los amores de mis compañeros, le hablaba de mi novia de estudiante y de poeta también, ingenua, de ingenuidad encantadora, le daba a leer sus cartas, pensaba en el porvenir y él callaba. Después de un rato de efusión, marchábamos juntos, él rodeando mi cuello con su brazo, nos entendíamos mejor entonces, un hilo sutil reunía nuestros corazones, qué sé yo. La ciudad se agitaba a lo lejos, un collar de luz la circundaba, mirábamos a la luna.... ¡las locuras de poeta que se escapaban de mis labios! y él callaba.

¡Si yo tuviera una novia! me dijo un día. ¡Pobre Atomillo, su corazón vivía en perpetuo invierno! ¡Tormento de las almas solitarias! Calor, abrigo para el corazón sólo se obtiene con besos y sus labios habían perdido la costumbre de besar, y en su frente se habían enfriado los ósculos maternos. Atomillo había quedado reducido a ser una partícula infinitamente pequeña en el concierto de las demás. Un átomo solitario, perdido en el maremagnun de la vida moderna. ¡Quería novia! ¡Pobre Atomillo! Los espíritus como él cuando aman, cuando quieren, aman mucho y quieren mucho, y los quereres y los amores a los dieciséis años son peligrosos. Crisis violentas de la juventud que hacen fracasar las voluntades más firmes, los espíritus mejor templados. A esa edad o se juega al amor o el amor juega con uno.... Atomillo, siguió silencioso, tal vez construyendo un poema de paz y de ventura.

Y Atomillo tuvo novia, novia no de mentirijillas para él, sino de verdad: así me lo dijo un día, pasadas las vacaciones por mí fuera de la ciudad. Me recibió con los brazos abiertos, la faz de muñeco de cera iluminada por extraño rosicler, el par de ojazos negros y profundos, brillantes como ascuas, los labios rojos como guindas. ¡Qué aumento de vida, qué incremento de sangre en aquel cuerpo encanijado y anémico! Me lo contaba todo de prisa y corriendo, a medias palabras. Zurcí yo en mi magín la urdimbre de aquella historia, atando cabos, completando palabras, integrando frases e hilvanando períodos. La chica lo quería, ¡no faltaba más! aquel mirarlo de soslayo, aquella vista puesta en él la primera tarde que lo vió.... y la segunda.... y la tercera; porque él ¡ya se ve! a la primera no había caído; pero en viniendo las restantes aquellas miradas fueron a clavarse en su corazón, punzándole allá adentro. Y él no quería mirar, le daba miedo, pero al pasar a su vera, los ojos le bailaban, describían un círculo e iban a clavarse en los de ella, se cruzaban las miradas, y sentía él como una descarga eléctrica. La sangre le afluía a la cabeza, el corazón le latía con fuerza, las piernas le flaqueaban, por la espina sentía correr una cosa fría.... ¿quién sabe? Disimulaba; sí, le mortificaban las amigas. ¿Se reirían de él? Y él se ponía a leer el periódico, tal cual vez, por donde podía, en ocasiones patas arriba.... ¡Oh, aquel sonreír, aquellos dengues y arrumacos de la niña cuando él paseaba la calle! Atomillo no cabía en sí de gozo: tomaba

muy en serio su papel de tenorio. Con memoria prodigiosa me narró punto por punto los acontecimientos de todos los días. Repeticiones las más de un acontecimiento elemental que a los enamorados se les antoja puntos diversos, eslabones mejor labrados cada vez de una cadena interminable. Y ví nonadas y apreció niñerías y escuché candores de aquella boca ingenua que nunca había probado el dulzor de la fruta más sabrosa que la fruta del cercado ajeno.

Y el ponderar las gracias, quilatar la hermosura, encumbrar la grandeza, elogiar el sentimiento, poner en su punto cada una de las partes que integraban su tesoro, fue para Atomillo ocasión de muchos discursos. Le había hablado ya, le había escrito y sus cartas me las enseñaría así que hubiera descansado de los ahogos del viaje, así que estuviéramos solos el uno junto el otro, nuestros corazones en invisible comunicación y nuestras almas en comunión espiritual.—¿Tú crees que me quiera? ¿me querrá de veras? Mira, anoche....—Y aquí entraba la narración de una mirada furtiva, de una sonrisa descubierta a través de los cristales del balcón, de una mano llevada a la cabeza para acariciar el cabello, de una flor prendida entre los labios.—¿Sabes? lo que no me gusta es un amigo que va ahí: es su primo, creo, no sé; pero me da mala espina....—y una explosión de celos infantiles, que en él punzaban fuertemente, apretaban recio, hincando la uña en la carne.... su voz se hacía débil, su cara tomaba un tinte verdoso y su

diestra apretaba mi antebrazo con fuerza. La vida se había ingertado en él, transformándolo en locuaz y vivaracho. Ya no era el Atomillo triste: hablando de la novia no dejaba de meter baza en la conversación.

La duda, la eterna duda atenazaba su corazón; conjeturas sobre el cariño de ella, preguntas, indicios, así pasaba los días Atomillo en un perpetuo creer y no creer, en un contínuo sueño, en una perenne quimera. Y yo le dejé soñar. Fue quizás esto un pecado. Vivir, para él, en el mundo de los sueños, era su mayor dicha; no me paré a considerar que el retorno a la realidad podía costarle muy caro. La fantasía en contínua sobreexcitación, los nervios exáltados, una superabundancia de vida, tenían que producir tarde o temprano una reacción, la crisis sobrevendría y entonces....

Pronto conocí a la dulcinea, arrastróme a la calle donde vivía, bosquejándomela una vez más. ¡Bien descaminadas iban las ponderaciones de mi amigo, la chica no pasaba de ser una chica vulgar, agraciada si se quiere, que no hermosa! Atomillo no había tenido nunca un gusto depurado, mil tachas había que ponerle en lo físico ¿en lo moral? Así, a primera vista, bien difícil era adivinar los sentimientos que albergaba aquel corazón, la educación recibida por aquella inteligencia, la turquesa en que había sido moldeado aquel carácter.

Y Atomillo seguía enamorado como un tonto. Su finalidad era esa, no vivía sino para querer y para querer con cariño morboso en su naturaleza.

Su amor era platónico, ni una brizna de la tierra lo maculaba con su rastrería. Y yo, eterno confidente de sus amores, apreciaba las altas y bajas del sentimiento en su corazón. Exaltación, locura erótica en unos días, dejadez, laxitud, ganas de no hacer nada en otros. Resolvía sus dudas, callaba mis sospechas que no eran pocas y mal enderezadas todas ellas. Bien sabe Dios lo que tengo de arrepentirme de ese silencio. Varias veces he reconsiderado el caso, he tornado a vivir en aquellos tiempos para mí los más dichosos y en la diafanidad de su reconstrucción, aparece siempre una sombra, un remordimiento que acibara su recuerdo.

Si hubiera dicho mis sospechas, sin callar mis presentimientos, ni ocultar mis observaciones ¡cuántos daños se hubieran evitado! Fue una cobardía pararme en pintas, reparé ante obstáculos imaginarios.

Y la gran crisis sobrevino, el desengaño no se hizo esperar. La chica era casquivana, coqueta, incapaz de pensar en serio nada y de trocar en broma todo. Atomillo lo comprendió. La realidad se presenta deslumbrándonos de pronto, una gran luz se hace derramando por todas partes haces de claridad; los objetos toman mayor realce, los trazos se dibujan mejor, los contornos surgen impresionando nuestros sentidos con extraordinaria viveza, nuestro espíritu adquiere una clarividencia notable, contemplamos el pasado como surgiendo de tinieblas y penetramos en los arcanos del porvenir para después volver a caer en la obscuridad

más completa. Cayó sobre Atomillo el edificio levantado por su fantasía, vino a tierra el torreón de sus esperanzas, y en la catástrofe mi amigo quedó sepultado, sin poder levantar el polvo que lo cubría. La lámpara se apagó, se extinguió el fuego de golpe.

Vino a mí alegre, con alegría insana, riendo como debe reír el payaso en la pista cuando lleva el luto en el alma. ¡Pobre Atomillo! El género humano se le había presentado de golpe, lo eterno femenino se le había descubierto por uno de sus aspectos y Atomillo generalizaba. La mujer ¿qué valía para él la mujer? ¿qué era la mujer? Se agolparon en su mente mil ideas de venganza ¡cómo saboreaba el dulzor de esa fruta, manjar predilecto de los dioses! Vengarse de mil maneras, desde la más baja y rastrera hasta la más pueril y risible. Vengarse y ¿para qué? ¿por qué? Y aquí surgía la antítesis. Fluctuaba entre la venganza y el perdón. Forjaba planes y los destruía. Atomillo fué entonces un niño, un niño caprichoso, como somos todos los hombres en casos semejantes; no le quedaba sino llorar y lloró, lloró abrazado a mí, sus lágrimas empaparon mi pecho y por poco hace rodar las mías.

Desde ese punto y hora Atomillo fué otro, a la alegría salvaje, acibarada, sarcástica, sucedió una tristeza y una melancolía grandes. Se encerró en un mutismo completo. Las palabras salían de sus labios lentas, como campanadas de reloj lejano que marca las horas en noche de invierno. La indiferen-

cia señoreó su espíritu. Paseábamos ahora juntos en silencio, su brazo apoyado en mi brazo, me apretaba tembloroso cuando las campanas de catedral repicaban el *angelus*.

Varias veces, en la noche, lo encontré al pie del balcón de la niña. ¿Por qué estaba ahí? ¿Qué iba a hacer ahí? Poníase encendido, no sabía qué responder, no respondía nada. Hay una fuerza irresistible que nos atrae, y esa fuerza empujaba a Atomillo a vivir en aquel sitio la vida de otros tiempos, a sentir emociones pretéritas, a gustar con los ojos cerrados el licor apurado con delectación antaño. Atomillo era un autómata. Sus sentidos embotados, no laboraban sino para la vida del recuerdo. Ya no era Atomillo, era un fantasma de Atomillo, un ser abúlico, polichinela movido por hilos invisibles y misteriosos.

Dióle a mi amigo por estudiar, barajar papelotes y soterrarse en el polvo de las bibliotecas. Nos olvidó a nosotros, a sus amigos, y nosotros, egoístas, le olvidamos a él; teníamos nuestras aventuras, nuestros amores, sólo que los nuestros eran por deporte, un juego en el que no perdíamos nada, un revolotear perenne entre flores, escurriendo el bulto cuando así era menester, salvando nuestra integridad espiritual magüer dejáramos maltrecha la agena. Jugábamos al amor, sin que el amor jugara con nosotros. Y Atomillo en el interin estudia que estudiarás. Ya no iba a mí, había tropezado con amigos más sinceros, a las veces los libros le descubrían verdades que yo no hubie-

ra podido mostrarle. Su faz de muñeco de cera se fue afilando empalideciendo más y más. Las vigilias dejaron en sus pupilas honda huella, un par de manchas amoratadas; los labios perdían sangre; el cuerpo se encorvaba; las piernas se enflaquecían. Con nadie hablaba ya, reía a veces, y su sonrisa tenía un no sé qué de trágico. ¡Pobre Atomillo! Lo ví pasar un día como fantasma, así, a lo lejos, en una mañana, por una calzada de la Alameda. Mayo volcaba sus cestos de flores, y tuve compasión de aquella alma en invierno.

Nos dejamos de ver. Pasaron los años: la vida se encargó de zarandearme; espíritu más fuerte, más precabido, más egoísta, más político, supe sonreír cuando la pena apretaba allá en el fondo. Los desengaños dejaron también su huella. Los desamores quedaron guardados en el fondo de mi corazón, arca cuya la llave yo sólo poseo. Y ahí están como las cartas de mis novias, las flores marchitas de sus ramos, guardadas también en un arca pequeña, las saco en mis ratos de tristeza, y las contemplo cuando estoy solo.... con los demás no. La política me atrajo; terminé mi carrera; formé un hogar, lejos de mi tierra, fuera de mi patria donde la política me aventó. De Atomillo no volví a saber nada. Hace unos cuantos días me dijeron que había muerto. ¿Cómo? ¿cuándo? ¡Qué importa! Llevaba la muerte en el alma. Su madre lo esperaba allá arriba. Debe haber borrado ya con besos celestiales las trazas de los besos y las lágrimas

terrenas. Su padre murió también: en el palenque de una plaza de gallos, ofuscada la mente por los vapores del vino y entre gritos y blasfemias tabernarias. Ella.... algún amigo me dice que ha tirado por la calle de enmedio.... Los hombres son a veces calumniadores.

México, mayo de 1914.

LA PARTIDA

I

La casa era pequeña, y tanto que se perdía en aquella vetusta rinconada. Construida en los aledaños del solar en que antañazo la Santa Inquisición castigaba en los cuerpos de herejes y judaizantes las muchas culpas que ennegrecían sus almas, era ahora nido de ideas avanzadas que fluían de labios femeniles para extenderse por los ámbitos de esta muy noble y leal Ciudad de México.

¡Dios! lo que habían oído las paredes de aquellas sala, pequeñita y cuca, blancas para hacer mejor contraste con los retratos tiznados y negros que colgaban de sus paredes, con los emblemas y símbolos que pendían de los lienzos. ¡De cuántas cosas eran testigos aquellos muebles, avejentados por el tiempo y semiacabados por el uso! ¡Cuántas tonterías albergaban como oro en paño las apolilladas vigas de aquel techo! Fué primero antro de conspiración, en la ominosa dictadura Huertista, conspiración solapada y femenil, con ribetes de aquelarre y puntas de nido de mochuelos, que bru-

jas y avechuchos parecían, al abandonar la madriguera, aquellas esforzadas matronas, que se ocupaban de la cosa pública y que andando el tiempo tanta prez habían de merecer de la Patria.

Ahí se desafiaban, con singular denuedo, las iras de esbirros y las denuncias de menguados; ahí se pronunciaban las diatribas más ardientes en contra de un régimen usurpador, y ahí también, en cierta noche, se preconizaron los derechos inalienables que la mujer debía tener para empuñar el timón del Estado, ya que los hombres sufrían, sin protestar, un estado de cosas que clamaba al cielo, vestían la librea del dictador disfrazada de uniforme militar, y obedecían los mandatos supremos del César que llegó a gobernar tan solo en los estrechos límites del Distrito Federal. Elocuentes discursos, bases más tarde de conquistas que harían palidecer de envidia a la señorita Panckurst y a todas las mises sufragistas sus secuaces. De ahí partía cada domingo una comisión portadora de flores, y encargada de deshojarlas, como tributo de recuerdo, sobre una tumba de mármol blanco, en el panteón Francés, y de allá se desprendía también, a las veces, una que otra a acrecentar la lista de reos políticos que llenaban las crugías de la Penitenciaría del Distrito.

Y de aquella pléyade de mujeres esforzadas, bien sabe Dios que no era la de menos valimiento, la moradora de la casa donde se reunían a discutir. Alta y amojada, pálida la tez, de ojos como chispas y nariz de ave, mostraba su condición de mujer de

temperamento nervioso y decidido. Algo hombruna en los ademanes, y algo más que hombruna en su constitución física, huesosa y apergaminada, no se paraba en pintas para alumbrar cuatro verdades al lucero del alba, ni se mordía la lengua para hechar al viento párrafos incendiarios, que harían perder su ecuanimidad al prototipo de la flema inglesa más acostumbrado a tales lances, un lord Asquith por ejemplo. Ella era capaz de todo, inclusive de tomar un rifle y lanzarse a la conquista de las libertades de este pueblo oprimido y abyecto «sujeto a la férula, decía ella, de malditos tiranos, abortos del infierno, presa de una serpiente de cien o más cabezas, que chupaba su sangre como pulpo de horripilantes tentáculos». No le faltaban arrestos, no, para cortar de un solo golpe de mandoble aquellas cien cabezas, cercenar los tentáculos y curar de añadidura los verdugones y cardenales que las «ventosas del pulpo hubieran producido en la epidermis del pueblo sujeto a la férula de los tiranos más inicuos que aquellos treinta de que hablan las historias».

No, doña Dorotea era capaz de todo, avezada a la lucha, a la brega por la vida, había aprendido a ser fuerte en la lid. Viuda y con un hijo, tenía que trabajar de firme para proveer al sostenimiento y cuidar de los estudios del pequeño, prodigio de precocidad, talento que más tarde brillaría con los más puros resplandores y que en su fulgor incipiente y engañoso deslumbraba ya los ojos indulgentes y maternales. Ese trabajo continuo, esa

lucha para ganar el pan cotidiano, ese ajetreo en la calle, en la oficina, siempre fuera del hogar, siempre en contacto con hombres, comerciantes, oficinistas, ese medio de actividad en que vivía acabaron por hacer de Dorotea un ser sin sexo definido, mujer por el exterior, hombre por las ideas que tomaron carta de alojamiento en su cerebro, por los sentimientos que se aposentaron en su corazón. Hasta en lo físico fué perdiendo la suavidad de las líneas, la delicadeza del contorno, la tersura de la piel: las curvas tendían a colocar sus puntos en una misma dirección, los ángulos sucedían al modelado suave de las formas femeninas, el bello que cubría el belfo superior tomó el aspecto de un bozo suave, negro como un trazo de tizne de adolecente, al fin. Sólo los ojos conservaron su fuego primitivo, sólo ellos acusaban la llama que dormitaba en el rescoldo, y dejaban adivinar el alma ardiente, femenina, tal vez sensual, que encerraba aquel cuerpo recio, rugoso, avezado a las inclemencias del tiempo y de la vida como árbol secular que soporta los azotes del ventisco. La piel apergaminada que recubría los músculos, curtida en todas las desazones, desafiaba victoriosamente así los punzadores dardos del sol como las frías jaras del vientecillo de enero. En fuerza de tanto trotar por esas calles de Dios, los músculos adquirieron extraña potencia; se retorcían como la filástica de un cable. Dorotea no envejecía, una que otra hebra blanca sobre los aladares, una que otra arruga en la frente espaciosa. Pasaban los años sobre ella y

la nieve resbalaba a lo largo de los miembros, dejando apenas una huella imperceptible sin apagar el ardor de las pupilas ni entumecer aquellos miembros recios y huesosos.

¿Cómo se aficionó a la política? ¡Quién sabe!... Era su debilidad. ¡Cuántas locuras habría cometido a no meditar en una misión más noble y levantada que le había sido conferida! Era capaz de padecer martirio por sus ideas; no le arredraba la persecución, ni temblaba ante un encierro prolongado en la celda de una cárcel; podían atenazar sus carnes como lo hacían en los siglos de error y de tinieblas que conocía de oídas y en relato de folletines y novelas: ella soportaría todo padecimiento, la muerte misma, con la resignación de una heroína o de una mártir; pero temblaba ante la sola idea del perjuicio que podría sobrevenirle a su hijo, a su niño, a un bebé de dieciocho abriles que necesitaba de sus mimos como pequeño recién nacido. Bien estaba ella en la soledad de un calabozo padeciendo persecusión por la justicia, insultando al tirano siempre que para ello hubiese ocasión. ¡Que le importaba a ella el frío de una celda si había de cebarse en sus carnes. Pero no, que ese frío se colaría también por las puertas de su casa, azotaría sobre su hijo en las noches de invierno sin que ella pudiera atenderlo, extendiendo la cobija sobre sus miembros si la pesadilla desarreglaba las ropas, calentar su frente si el cierzo depositaba un beso helado sobre él.

Estos pensares desazonaban a la mujer. A la ho-

ra propicia para todas las meditaciones, cuando terminado el día se apaga la vela, en los momentos de espera del sueño, ella se ponía a hacer examen de conciencia, a recorrer los acontecimientos que se habían sucedido en el día, y el sueño no llegaba y una arruga de preocupación hendía su frente. El torbellino la atraía, se iba deslizando poco a poco en un terreno resbaladizo y peligroso. Comprometíase más y más, prometía de apartarse del sendero, de olvidar compromisos contraídos, de cerrar su casa a la reunión de conspiradores o de revolucionarios. Su hijo dormía en la pieza contigua y su respiración tranquila llegaba hasta ella. Un remordimiento, un temor, un calosfrío rizaba su piel y un sudor helado humedecía sus sienes.

Aquello no era vida: cada aldabonazo en el zahuán, cada visita que llamaba a la puerta, cada murmullo que repercutían las paredes tomaban extrañas proporciones, tenían eco en el corazón de Dorotea. Una chispa de temor cruzaba por sus ojos grandes y negros, poseíala una angustia indecible. Mundo de fantasmas que la atormentaban; ruidos que le crispaban los nervios; combates interiores que no se aparecían en el exterior. Nunca su hijo pudo sorprender en aquella impasibilidad, el fuego interior que la consumía. Ella, delante de él, era la madre cariñosa, la madre que sacrificaba todo por ver contento a su niño, que trabajaba por su niño, que lo hacía estudiar, que labraba en él a un hombre de pro, a un futuro gran hombre de Estado que con su talento y honradez, borrara los

latrocinios de las administraciones imperantes y levantara a la Patria sobre el pavés de la grandeza, redimiéndola de las miserias en que yacía.

Las amigas tenían la culpa, las «correligionarias» que laboraban por la causa, hacían que por momentos olvidara ella los últimos restos de mujer que se perdían en un rincón del espíritu. El amor, el cariño, el fuego sagrado que alimentaba en su alma, era olvidado presto por un sentimiento patriótico trasnochado. La verba revolucionaria acudía a sus labios, se desbordaba en períodos rimbombantes de ridícula retórica. Ideas en las que se confundían en extraño maridaje, los principios preconizados por un socialismo *demodé* y por un liberalismo reformista exaltado; frases de odio pronunciadas por todos los revolucionarios de todas las épocas y de todas las edades, lugares comunes de discursos incendiarios, períodos sonoros de oratoria populachera, componían las arengas de Dorotea en aquella reunión, mitad aquelarre, mitad nido de mochuelos.... «¡Ciudad maldita, abyecta, criminal, necesitas purificarte, sumergirte en la nada, perderte en el vacío, borrarte del mapa. El fuego de Sodoma y Gomorra caerá sobre tí, reduciéndote a pavezas. ¡No has sabido comprender la Libertad, has sacrificado a un Presidente puro, bueno, noble; has transgredido la ley, maldita, más que maldita; te arrastras como serpiente a los pies de un bandido; el bonete negro del fraile, la espada tinta en sangre del militar, el oro de las arcas del rico te sujetan! ¡Levántate, surge, una mujer

lo dice, cobardes, más que cobardes, los hombres! ¡Por qué no toman un rifle y combaten por los oprimidos, viejos, jóvenes, adultos, ahí está la salvación de la Patria dolorida y desgarrada! ¡Vencer o morir!».....

Aquella noche Dorotea no durmió. Pensaba en su hijo marchando a campaña, a libertar al pueblo, a combatir contra la ominosa tiranía. Un resquemor prendió en su alma. La aurora tiñó de rosa las ropas en desorden de su cama y con sus arreboles disipó los negros velos de una noche de pesadilla.

II

La decena trágica, los acontecimientos que se sucedieron con pasmosa rapidez iluminados con un halo rojizo y sangriento, fueron poderosos a dejar en el alma de Dorotea una huella indeleble de horror y de protesta. Vió en esos días el aniquilamiento de todos los valores morales. Su alma de mujer compasiva, prorrumpió en un grito de dolor y en un estremecimiento de repulsión. Ni en su persona, ni en sus bienes había sufrido daño de cuenta: una granada, colándose de rondón, destrozaba un recuerdo de familia depositado sobre una consola, a eso se reducía el estropicio de mayor cuantía perpetrado en el patrimonio de Dorotea, a eso y a las molestias inherentes al cambio de domicilio, a la fuga a un lugar más seguro y lejos del teatro de los acontecimientos. No, no había sufri-

do más, eso era todo; daños apreciables en dinero, sustituibles también, si no era con el prestigio que los seres queridos comunican a los objetos de su pertenencia y que al trasmitirlos los legan con un encanto particular que los hace más codiciables, más queridos. A Dorotea le importaba sí, el viejo recuerdo de familia, con su hechizo, con la evocación de seres perdidos que producía, pero no le importaba tanto como el aniquilamiento de una ilusión, de una bella ilusión espantada como paloma blanca al estampido de los cañones, que se había marchado para no volver quizá a estas tierras ahora ensangrentadas y malditas.

Como mujer, al fin, había creído en la bondad y en la gratitud de los hombres. En la gratitud sobre todo. Parecíale lo más natural y humano que los beneficios se paguen con beneficios, las bondades se salden con bondades. Es una aberración de la naturaleza el que suceda lo contrario. Los animales saben ser agradecidos ¿cuándo un perro hinca el diente en la mano que curó sus heridas? Ahí está el ejemplo del león aquel, que lamió, en el circo, la mano que había extirpado la espina clavada en la garra. Para Dorotea, el corazón humano era simple, redondo y liso como un queso de bola, reluciente como un espejo, blando como la mantequilla y bueno como el pan; en él se reflejaba la belleza del cielo, y plástico se amoldaba a todas las fuerzas provinientes de fuera, a todos los llamados de la caridad y del amor. La simpatía no era sino un reflejo, reflejo de desgracias agenas, amol-

damiento de corazones semejantes, reunión de afectos, comunión espiritual, blanca, pura.

No penetrada de las triquiñuelas y socaliñas, de la política, de las arterias de partido disfrazadas con lenguaje oropelesco, elaboradas en el gabinete, vestidas con las galas esplendentes de la retórica y negras y descarnadas en el fondo, no vió en el desenlace de los acontecimientos de febrero sino una traición, una horrenda traición. Ella había temblado en aquellos días de tragedia, ella había atraído cerca de sí a su hijo, tan cerca que casi formaban un mismo cuerpo, para defenderlo de una desgracia. ¿Quién tenía a salvo la vida? ¿quién podía contar otro momento que el momento que vivía lleno de zozobras y desazones?

El desenlace, el terrible desenlace, puso en el corazón de Dorotea, las hieles de la amargura. En las entendederas de la mujer no cabía cosa semejante, el corazón compasivo desbordó el raudal de sus misericordias.

Hasta ahí Dorotea había despotricado largas horas sobre política, como todas las mujeres, sin entender de la misa la media. La racha democrática que empezó á soplar en novecientos diez, la envolvió como a todos los habitantes de la República, se barajaron nombres, se propagaron a los cuatro vientos ideas redentoras de libertad. El civismo tuvo un florecimiento pleno en la conciencia de todos los mejicanos. Y esas ideas, esa flor que había costado un año de sangre y de sacrificios, se agostaba ahora, se borraba la noción implícita en las

palabras que servían de bandera. Dorotea sintió un terrible desconsuelo al despertar de aquella pesadilla sangrienta. Había visto pasar al Presidente derrocado, días antes, el cinco de febrero, aniversario de la promulgación de la Carta constitutiva de la República; lo aplaudió en no lejana época, cuando las calles de San Francisco se cubrieron de flores, besadas por un sol augurio de felicidad futura. En la mente de Dorotea se establecían ideas confusas, contrastes poco precisos entre acontecimientos de otros días. ¿Un pueblo inconsciente que celebra orgulloso el aniversario de la Constitución y que permite a los pocos días el aniquilamiento de esa Constitución a manos de los vencidos de ayer, de los protegidos antaño por sinecuras y canongías? El razonamiento aparecía en su cabeza en una forma simple y elemental, sin determinarse. Un vuelco de corazón, más tarde, al conocer el desenlace. La narración de hechos abultados por la fantasía popular y que ella tomó por ciertos y verdaderos, produjeron, pasado el primer momento de estupor, un renacimiento de energías dormidas. Dorotea se dejó llevar bien pronto por una corriente que la arrastraba, que la impelía, envuelta en el torbellino. Conspiró primero, laboró más tarde incondicionalmente, por el triunfo de los ideales revolucionarios, con tesón, con fe, con esa fe que sólo es capaz de nacer en cerebros femeninos. Sin querer, suavemente, iba interesándose más y más en la cosa pública, comprometiendo su tranquilidad, su vida, el por-

venir de su hijo. La fantasía ardiente, el alma que saltaba a los ojos, la llevaba tal vez más allá del límite deseado. Roto el freno, el potro cabalgaba, a veces, por regiones de elevados lirismos. Mitad visionaria, mitad heroína, laboraba por el bien del pueblo oprimido, de los débiles, al lado de muchos que consideraban estas palabras como señuelo de incautos, cebo de desprevenidos, eficaces sólo para llenar la escarcela.

Había sido religiosa hasta el fanatismo. Su temperamento histérico era propicio a todas las exaltaciones, así místicas como patrióticas, como de filantropía morbosa. Bajo la paz augusta de las bóvedas, al sonido del órgano, escuchando las palabras que en raudal ferviente caían del púlpito, se sentía conmovida hasta las lágrimas. En los oficios de Cuaresma, al evocar el cruento sacrificio del Calvario, caía anonadada, presa el cuerpo de extraño calosfrío, acezante el pecho, llorando a mares. Pasado el momento, la dejadez más grande invadía sus miembros, no pensaba, no sentía, no quería. Y ese sentimiento religioso la llevaba a puras exterioridades, no era capaz de penetrar en la médula de la Religión. Vinculaba ésta, en la pompa de sus manifestaciones, en el brillo de sus ceremonias, humanizaba demasiado los misterios divinos. No eran signos de arrepentimiento ni de perdón las lágrimas que derramaba, eran crisis del sistema nervioso puesto en agitación por los excitantes exteriores que la rodeaban.

Sin bases sólidas la creencia, bastaba un sim-

ple soplo para extinguirla y ese soplo vino con las ventolinas de febrero. Tomó como moneda de buena ley el vellón que corría entre el vulgo maleante. La intervención del clero en el cuartelazo fue el golpe de zapa que derribó en el alma de Dorotea el edificio de naipes. Donde lo decía todo el mundo cierto debía ser: cuando el río suena, agua lleva. Creyó a pie juntillas, los rumores tomaron cuerpo en su conciencia. Y la exterioridad a que se reducía su religión no tardó en aniquilarse. La obra fue concluída por libros que cayeron en sus manos, descripción de procedimientos inquisitoriales, calumnias de folletín, negro todo ello e iluminado por las vivas hogueras del Santo Oficio.

De ahí en más no fue a misa, abandonó todas las prácticas. No estaba, sin embargo, tranquila la conciencia, un resquemor la agitaba en lo hondo. Y el diablo de la costumbre hacía que al pasar frente a la portalada de una iglesia el dedo índice y pulgar dibujara un garabato en forma de cruz, y pasara de largo Dorotea, como arrepentida de semejante debilidad. Sólo tenía una devoción: destruir todas las crucecillas de paja o de basura que encontraba en su camino para que no fueran holladas por la planta del viandante.

La piedad, al extinguirse, acabó con algo de lo poco femenino que le quedaba a Dorotea. De ahí fue hombre, hombre de acción, más valiente que muchos hombres, propagandista de una causa, fanática inquisidora de la conciencia política de sus semejantes. Jacobina en todo, anhelaba destruir

todo aquello que no se amoldara a su pensamiento. Con algo de Torquemada y mucho de doña Perfecta, impetraba castigo para los hombres y las cosas, para la ciudad con sus habitantes y sus edificios; ya la hemos oído: «el fuego de Sodoma y Gomorra que la reduzca a pavezas; pero no enviado como castigo ejemplar del Dios de los católicos, sino prendido por las teas de los revolucionarios del Norte».

III

Toño, su buen Toño, su hijo, era objeto de todos sus afanes; para él eran los momentos de ternura que le dejaba disponible su exaltación revolucionaria. Se desvelaba por él, temblaba por él, era débil por él, sólo por él. Como guapo, no era guapo el chico. Flaco y esmirriado, con la constitución física de la madre, miope de cerebro y de vista, linfático y exaltado por momentos, había heredado en parte las cualidades y los defectos morales de la madre.

¡Cómo estudiaba! Si por ello había ido perdiendo la vista poco a poco. Y qué acertados sus juicios y qué bien sentado su criterio. Para la madre no había más allá, era un prodigio el chico, su nombre no se le caía de la boca. Era candidato ya para una clase de español en la Escuela Preparatoria, así que el horizonte se despejara y el triunfo de la causa fuera un hecho. Porque era poeta: hacía malos versos que a la madre se le antojaban

joyas de subidos quilates. En sus momentos de exaltación fluían a sus labios palabras sonoras, períodos rimbombantes de poesía cursi y decadente. Alma tenía el chico, alma que se asomaba fugazmente abriendo de par en par los ojos debilitados y anémicos. Relámpagos fugitivos que al extinguirse sumían al espíritu en letargo, le sumergían en un nirvana de contemplaciones dulces, de ensueños quiméricos, de evocaciones románticas. Niño creado al lado de la madre que se desvivía por cumplir todos sus caprichos, en el interin trotaba ella por esas calles en busca de dinero, sentado él en un sillón, leía versos de poetas neuróticos, libros de excitaciones febriles que enfermaban más un cerebro, enfermo de por sí. La más ligera indisposición, la enfermedad más pequeña, recluían al muchacho entre las cuatro paredes de su habitación. El disturbio más mínimo en los aledaños de su casa lo tenía encerrado horas muertas, la pereza enervante debilitaba sus miembros, el ocio hacía nacer en su cerebro ideas morbosas, orientales, de placer y de sensualidad.

¡Libertad! Suspiraba él por ella: libertad para conocer el mundo, para probar la fruta prohibida, para saborear el dulzor de todos los manjares, para escanciar el vino de la vida en una copa de oro y pedrería ofrendada por las manos de una joven blanca y rubia, blanca como la nieve y rubia como el trigo.

Poeta de decadencia, había sentido en el corazón la mordedura del escepticismo. No creía en

ninguna de las brillantes palabras que encubrían bellas abstracciones, abstracciones al fin, su alma colmada del acíbar bebido en los libros, no tenía fuerza suficiente para levantarse de la tierra. El amor, la libertad, *flatus voci*, como decían los nominalistas, palabras tal vez encubridoras de engaño. Tenía de la libertad tan amargo concepto como el profesado al pie de la guillotina por Madame Roland. Del amor, nunca lo había sentido. Encerrado en las cuatro paredes de su casa que la madre había transformado en el *sancta sanctorum* de la Revolución, no había leído más que acres censuras de tal sentimiento.

El amor, sí; pero él no lo entendería nunca en su expresión más noble de espiritualidad, como fuente de sacrificios y de dolores, de desazones y de angustias. Su espíritu no podía volar a esas regiones, quedaríase a flor de la carne, y para él se reduciría a goces imaginados en noches de pesadilla, a visiones fugaces de placeres bajos y mezquinos.

Ansiaba vivir; pero vivir lejos de la casa que lo había abrigado hasta ahora. Lejos de la madre que inspeccionaba sus actos, en los países descritos por sus autores dilectos, en las antesalas de los paraísos orientales; triunfante, aclamado por sus versos, puesto sobre el pavés de la popularidad por las muchedumbres escogidas que entronizaban a sus poetas favoritos, salir de ahí, de la vetusta rinconada que despedía el tufo de los siglos de obscuridad y fanatismo, fuera de aquella casa de paredes blancas adornada de retratos negros, fúnebre y miste-

riosa, con sus reuniones nocturnas de brujas, con los retratos de héroes y mártires del civismo clavados en los muros.

Aquella águila que cobijaba bajo sus alas negras al Presidente y Vicepresidente sacrificados extendía, a veces, sobre él su plumaje. No, ya no: más allá, la Vida, la Vida que cantaba en las novelas griegas de la decadencia con sus sátiros y sus ninfas..., Sin religión: la religión del muchacho se había formado a retazos; fincaba en la naturaleza vibrante, enérgica, vigorosa, de cuadro de Rubens, con sus carnalidades, sus árboles verdes y jocundos, su cielo iluminado por los resplandores de un sol que esparcía por el ambiente un polen fecundo. Mezquina consideraba su casa, fúnebres las reuniones a que asistía, ridículo el fanatismo revolucionario que soportaba. ¡No, fuera a entonar la canción de la Vida, fuera, a gozar, a vivir, a correr aventuras, a coronarse la frente de pámpanos, y a pisar la tierra fecunda regada con el mosto grato de todas las locuras!

IV

Horrible fue para la madre la partida del hijo. Hachazo que hendió la corteza del roble haciendo vacilar su equilibrio. Penetró muy hondo, en la pulpa misma. No le importó al chico el daño que causaba. Se marchó un día; cuando la madre lo consideraba dormido, cuando ella también descansaba de los ahogos del día. La aurora de una bella mañana tuvo reflejos sangrientos para la pobre

mujer. Mañana cálida, riente, de cielo diáfano y horizontes que convidaban al amor, al amor sensual adivinado por el muchacho en las páginas de las novelas francesas, el perfume de la tierra, el velo que descendía de lo alto, el sol que calentaba la sangre en las venas, la alegría de los prados, la coquetería de las casas de fachadas enjabelgadas de blanco, húmedas y perfumadas por el hálito que exhalaba la tierra, parecían doncellas al abandonar el lecho y después de las abluciones cotidianas.

Dorotea no vió ni sintió eso, la punzadora primero de la incertidumbre que penetraba muy hondo, el sudor helado que le bañaba las sienes, el temblor de las piernas, el nudo que le apretaba la garganta. Ni una lágrima siquiera: las lágrimas se habían evaporado hacía mucho tiempo, en su corazón, seco y magro como su cuerpo. Hombre hasta en eso y hombre de condición dura. La terrible soledad le estrujaba el alma. Un desengaño superior a todo comprensión la atenazaba, el dolor incruento, indescreptible punzaba su espíritu.

Se marchaba a la Revolución, así lo decían las cuatro letras que encontrara sobre la mesa. No había conformidad para ella. El egoísmo femenino aparecía. ¡Patria, Libertad, Revolución! ídolos hasta hace poco que regulaban sus actos, se convirtieron en palabras sin sentido. Ella, que había predicado el sacrificio, le parecía ahora superior a sus fuerzas, el cáliz demasiado amargo. La Patria para ella en estos momentos de tribulación era su hijo. Sus quereres estaban vinculados en él, lo otro era

algo impalpable, vasto, extenso, los límites se perdían quien sabe donde.... El alma femenina se integraba. El cariño maternal lo señoreaba todo, el amor al hijo era mayor que el profesado a los ídolos en que adorara hasta ahí.

La Revolución era cruel, le llevaba algo suyo, algo que había preservado hasta entonces de su contacto. Ella se soñaba muchas veces heroína, regalaba su alma con todas las satisfacciones que deben sentirse cuando se cumple un deber, halagaba los oídos de las madres desgraciadas, con palabras de patriótico consuelo. ¡Perder un hijo! Felices ellas que se sacrificaban por la patria, feliz el que había sucumbido en el puesto del honor, por la conquista de un principio. ¡Qué mezquinos le parecían ahora estos consuelos! Palabras sin sentido. Todo inmaterial, todo intangible, sólo el hijo que concibiera, continuación de su ser, carne de su carne, y que al abandonarla ahora le producía el mismo dolor que si de su cuerpo le arrebataran un trozo, más todavía, del corazón mismo, de ese corazón que palpitara en todos los dolores de la existencia del niño.

No se enorgulleció de la noticia, el sacrificio no fue ofrendado en el altar de la Patria. Le faltaba abnegación, verdadera abnegación para sacrificarse por el bien de los demás, para renunciar de esa suerte, para abandonar el tesoro más querido, el caudal más considerable que poseía.

El fanatismo de antaño, renació en su espíritu. Su cerebro comenzó a trillar caminos abandonados

hacía meses. Recorrió su existencia de golpe, y de golpe también creyó dar en la clave de la partida del niño. Era castigo del cielo sin duda. Ya le remordía a ella la conciencia de los pecados cometidos; de la obra a que se dedicara. Eso era sin duda: allá, en el fondo, recordaba ella el escozor que sentía en su alma, una punzadura leve que la molestaba, el picor tenaz de un grano de pimienta. En las noches, sobre todo, en las horas de meditación y de examen de conciencia, el espanto que le producía remover ciertas cosas, recordar algunos hechos, su vida de niña, su existencia de mujer. Era castigo de Dios. Recordaba las palabras de los sacerdotes y temblaba su pobre cuerpo, al repasar los castigos que Él enviaba sobre los hombres, temblaban sus manos sarmentosas frente a los ojos, como si quisieran ocultar una visión siniestra, y los labios, que pedían misericordia, y las rodillas sin poder prosternarse en actitud humilde.

Veía la espada de la justicia pendiente sobre su cabeza, había autorizado la persecución de la Iglesia, había calumniado a sus ministros, sancionando la profanación de los templos, desencadenado la lucha religiosa, en un país en que tales luchas habían producido torrentes de sangre. Pobre tronco de árbol agitado por el huracán del remordimiento, sus huesos crujían, sus nervios excitados estallaban. No podía tener la resignación del que pierde a un ser querido, sin culpa, se sentía más abandonada en un infierno que es antesala de aquel

otro de fuegos y tormentos que entrevió el Dante en su excursión pavorosa.

Tomó un tápalo negro, se arrebujó en él, y salió a la calle. El viento de la mañana, el frescor del día, templó la calentura de aquella frente. Una suavidad sedante calmó poco a poco sus nervios, inundó de claridad su espíritu, la desesperación se disolvió en una melancolía suave, preludio de lágrimas que empañaron la pupila.

Entró en un templo. El alma femenina había recobrado su imperio. Vacilante se perdió en la penumbra de altares y capillas. A tientas humedeció su frente de agua bendita, y acesante se prosternó ante un crucifijo espantable, de miembros flácidos, estriados de vermellón, guedejas lacias que caían sobre la frente. Dorotea vió en su mirada, no un reflejo de perdón, sino una mirada de reproche, y de tremendo castigo que se abatía sobre sus hombros. Una ciega confianza llenaba su espíritu, sin embargo: el perdón llegaría ¡si no era mala, no era mala del todo, nunca había permitido que se pisara el símbolo de la Redención y ahora se veía rodeada de cruces, de pequeñas cruces, de símbolos que habían de salvarla como salvaron al héroe de la creación calderoniana!

El peligro del hijo llenó de pronto su espíritu, absorvió su atención, y una plegaria ardiente, fervorosa, se elevó de sus labios no impetrando perdón para sí, mujer pecadora, mísero gusano que

rastreaba la tierra, sino por el hijo ausente expuesto a todos los peligros.

El corazón de Dorotea, corazón de mujer y madre, recibió el bálsamo de un consuelo infinito.

V

Pasaron meses. Cada momento, cada hora que transcurría era para Dorotea una espina que hincaba en su corazón conturbado. La pesadumbre de la soledad la anonadaba. Sentía sobre sí un ajobo molesto y doloroso. Llamaba a la resignación y la resignación no aparecía por ninguna parte. Su cerebro era una máquina de forjar planes y proyectos, fantaseaba continuamente presentando ante su vista, casi siempre, paisajes solitarios, grises, planos, como una sabana, entoldados por un cielo plomizo y enlutado. Se veía en el desierto, ella, sólo ella, ataviada de negro, proyectando sobre el campo una sombra fúnebre también. Ni una gota de agua con que humedecer sus fauces sedientas. El manantial de las lágrimas se había agotado, y no esperaba que un par de ellas se deslizara sobre las mejillas a calmar el ardor de los labios. Sóla en el desierto de la vida. Su temperamento exaltado, de visionaria y de histérica, la llevó a un estado de desesperación morbosa. Vivir ¿para qué? Las bellas ilusiones que la alimentaban antes, convertidas en vanos espejismos, acabaron por aniquilarse de todo, dejando en su corazón un hueco incolmable. La causa que antes

había defendido, era combatida ahora con zaña. El dardo al penetrar muy hondo, había hecho a la fiera revolverse contra él. El celo de madre, atacaba ahora a la rival, antaño su amiga. El golpe había sido alevoso. Ella misma le hizo propaganda, encumbró sus excelencias, apellidó cobardes á los que no se alistaban en las filas, puso su inteligencia y su corazón al servicio de los intereses que se ventilaban en el campo de batalla. ¡Cómo se arrepentía ahora de las palabras de encomio, de la gárrula palabrería que saltaba a borbotones de su lengua, cómo deseaba morder aquella lengua que tanto despotricó, sembrando veneno. Ese veneno que se filtrara en la sangre del niño.

Pensó en la muerte. Pero la muerte la aterraba. Algo negro, indefinible helaba la sangre en sus venas cuando pensaba en la partida. El castigo se abatía sobre su cabeza, se prolongaría sin duda más allá de la vida, en la región del eterno tormento. Veía el infierno, abrirse a sus plantas, rojo con el resplandor de todos los incendios, negro con el crespón de todos los lutos; oía palabras de rabia. Temblaba de piés a cabeza, sus manos se retorcían, se postraba anonadada ante un crucifijo de marfil que pendía de la pared.

Envejeció en unos cuantos días, la nieve cayó de firme, ya no resbalaba sobre los miembros huesosos, recios y hombrunos. El heno cubrió la copa del arbol y los copos se depositaron sobre los aladares en tanto que el tronco se secaba más y más. La piel apergaminada recubría huesos....

Tejía en las tardes en el vano del balcón, y al obscurecer sus dedos afilados y enjutos recorrían las cuentas de un rosario, y los labios agrietados murmuraban oraciones....

VI

Pronto aprendió el engaño. Su hijo no había marchado a donde axplicaba el papel. El hijo pródigo volvería presto, enfermo tal vez, aniquilado: Labios piadosos trajeron a los oídos de la mujer el rumor. La aventura había sido enseñanza para el pequeño. Retornaría el pájaro al nido escarmentado del lance. No se atrevía a presentarse ante su madre. Menos fuerte que los amigotes que lo acompañaban, se detenía en la mitad de la rúa, a sus labios, había llegado el primer sorbo solamente del festín. La vida jocunda y sensual huía de sí como muchacha coqueta y él corría tras ella, tratando de atraparla por la fimbria de la túnica. En vano, se escapaba como sombra, se perdía en los recovecos del camino, corriendo eternamente. Cerca de sí había creído contemplar la caravana ardorosa que corría en pos de la felicidad. El hastío llenó su corazón, la amargura llegó a sus labios. Tornaba con las armas rotas; el pájaro de la fantasía se replegaba en el fondo de su ser, medroso, herido de muerte. El cerebro, más debilitado aún, golpeaba en el cráneo amenazante. La juventud huía frente a sí, presentándole una perspectiva triste, el aniquilamiento, la disolución de aquella

carne de pecado quemada por la brasa de las pasiones y consumida por el deseo.

La madre abrazó al hijo, besó su frente. La energía de la mujer intentaba comunicarse en aquel beso. ¿Si se transformara en sangre que pudiera acrecentar el torrente circulatorio del hijo y que tiñera de arrebol las mejillas empalidecidas?.... Llanto de reconocimiento, llanto de perdón, se desbordó de los ojos. Lloraban como pequeños: borrarían las lágrimas, las manchas de sus vidas, llanto de cuna de una nueva vida, de un principio de existencia más noble y levantado.

Calvario fue para la madre el atender a su hijo, calvario fue para el hijo su estada sobre la tierra. Cada día, más enfermo, veía acercarse la noche, la veía venir, y sus ojos se abrían más, como tratando de atrapar los últimos resplandores del sol, contemplar las cosas que abandonaba, ahitarse de luz, por ver de iluminar con ellas los primeros pasos en el tránsito definitivo.

Sufría la mujer, pero en su sufrimiento había un consuelo, la amargura tenía algo de bálsamo que sanaba las heridas. Se excedió a sí misma. Pasaba en vela las noches eternas, pegada a la cabecera, espirando los menores movimientos del enfermo, recogiendo sus suspiros. Sin una queja, sin una protesta, resignada en su papel de enfermera y de mártir. El último grito, el postrer aliento, lo recogió ella devolviéndolo en un beso, largo y prolongado.

No sintió la partida, no era un trozo de carne

que le arrancaban, no era la rival que lo apartaba de sí. En el último de los dolores, ahí en la cabecera del pequeño, había aprendido que el padecer redime. Su alma, purificada en el crisol de todos los tormentos, tendía a elevarse también en una aspiración suprema. El alma de su hijo era un pedazo de su alma, algo sutil desprendido del fondo de su ser y que precedía al resto en su ascensión a la región de la Luz.

EL SUEÑO DE MARTIN ESPELUNCA

Para René Capistrán Garza.

Martín Espelunca divertía sus murrias de cesante y solterón empedernido, sentado en una banca del Zócalo, frontera a la Catedral. Pasaba ahí las horas muertas oyendo cómo las campanas del reloj desgranaban sus notas lentas y acompasadas. Si en Verano, disfrutaba del frescor a la sombra de los árboles, si en Invierno, pedía al sol un rayo que confortara sus miembros enteleridos. No faltaba ni en las tardes lluviosas y grises del Estío: si el chaparrón se descolgaba, corría a asubiarse bajo los portales de Mercaderes o de la Diputación y así que la lluvia escampaba, volvía él al sesteo interrumpido sobre la consabida banca. Como atalaya de la vida contemporánea veía pasar ante sí toda clase de tipos y miserias, sin dársele un ardite su observación. Su existencia otoñal amaba singularmente las clásicas puestas de sol de nuestro cielo y se conmovía en lo hondo ante los mágicos contrastes que la luz vespertina producía sobre las piedras grises de las torres, estofándolas de oro, con tonalidades gallardas de pincel de Zuloaga.

Esas piedras de la Catedral, tenían para él sin-

gular encanto. En horas de desdicha y descorazonamiento, maestras habían sido de serena filosofía para su alma: inmóviles y seculares prestaban una miaja de su inmutabilidad al espíritu adolorido de Martín Espelunca. A la vera de sus sillares, habíase educado como monaguillo; en los esconces de las torres jugó antaño a las escondidillas con los rapaces de su edad y en los días de fiesta mayor había hecho girar los esquilones sobre los mechinales. Martín añoraba, a las veces, aquellos días de felicidad; placíale recordarlos una y otra vez, porque su recuerdo venía aparejado de una tranquilidad sedante, de un dulce prestigio, de una miel incomparable deleitosa. Ahí se levantaban las piedras amontonadas por la fe de los siglos, la fábrica orgullosa, erigida por la piedad y la energía de los hombres de antaño. Las tempestades del cielo resbalaban por sus caras, pulidas con esmero, así las de la vida se deslizaban sobre la alma de Martín, y si las unas eran patinadas por el tiempo, las fibras del corazón de Espelunca adquirían reciedumbre en las desazones. Maestros en la vida suya fueron los Padres de la Iglesia que coronaban las torres; amaba con singular empeño las estatuas de las Virtudes en que remataba el reloj. La fe ingenua que alimentara de niño, le había sido arrancada de mozo; y, sin embargo, aquella figura simbólica de la fe, era a veces, para Martín Espelunca motivo de hondos pensares y profundos sentires. Aquellas tres figuras hieráticas lo fascinaban, los reflejos de oro de la cruz se le entraban por

los ojos para herirle en las entretelas del corazón; náufrago de la vida, viniéronle antojos de asirse, en los momentos de zozobra, del ancla de la Esperanza, y cuando la pena apretaba recio, haciendo sangrar la carne, quería cobijarse como niño menesteroso en los pliegues de la Caridad. ¡Qué raudales de consuelo descendían del grupo mezclados con la harmonía misteriosa de las campanas! Aquel voltejear de los días de fiesta, aquella catarata de notas argentinas que se desbordaba desde lo alto, eran para Martín Espelunca voces de un mundo inefable, descendidas del infinito para calmar las angustias y mitigar los dolores. Las voces de las campanas llamaban a las puertas del espíritu con más eficacia que las notas de la charanga que en el kiosco entonaba aires del terruño. Eran para él voces de los siglos que pregonaban la tradición, gritos del mañana que anunciaban nueva vida con sus sonidos alegres y tempraneros.

En los atardeceres, el *angelus* colmaba de frescura indecible la frente de Martín y sus ojos contemplaban la estrella de la tarde....

Punzaba la soledad en su corazón, su existencia solitaria era arrastrada triste y melancólicamente; a veces resignado con lo señero que había quedado en el mundo desde pequeño, se pronunciaba en otras contra el Destino, en rebeldías calladas e íntimas que acibaraban su vivir. Pobre y abandonado llegaba al crepúsculo sin poseer techo en que abrigarse en la noche de la vida. Su juventud había sido turbulenta, derrochó en ella los tesoros

de su corazón y de su inteligencia, derramó pétalos de rosa en todos los altares y ahora sólo las espinas le quedaban para punzarle en su carne cenceña y amojamada. Existencia inútil pensaba, inútil para él y para los demás, había vivido sin pena ni gloria, olvidando las enseñanzas de la madre, las ternuras del padre. Estrella que había brillado por un momento en el cielo del placer y de la holganza, culminando en el cenit de la frivolidad, descendía ahora en un ocaso frío, ayuno de consuelos, pleno de negruras. Martín Espelunca al pensar en ello sentía una ráfaga helada que azotaba lo más íntimo de su ser. Poblábanse los aladares de canas, emblanquecíanse los pábilos del bigote y las recias hebras de la barba y aquella nieve estremecíale el corazón. Varias veces sintió hambre, mal cubrían sus necesidades las dádivas de los amigos; y los triques y chucherías de quincalla que mal vendía en el Volador apenas sí estiraban a completar el mal refrigerio que le servían en el cafetín de Manrique y a pagar el triste alquiler del zaquizamí en que dormía. Lágrimas como puños caían de sus ojos miopes y debilitados, se prendían en la barba y sobre su blanco vellón parecían rocío de nieve derretida por el naciente.

El más allá le azoraba. A medida que las ruineras y alifafes fueron apoderándose de su cuerpo, un temor, un miedo, una debilidad señoreó su alma. Veía con desaliento cómo las venas se abultaban sobre la piel formando nervaduras verdosas; la punzadura del reuma se clavó en su corazón.

La vida se escapa, pensó Martín Espelunca, y comenzó a temblar batiéndose en retirada antes de tiempo. La interrogación se abría, el gran misterio trataba de ser inquirido por aquella inteligencia debilitada y exhausta. Caía sobre el pecho muchas veces la noble cabeza, abrumada con estos pensares, ahí, en aquella banca del Zócalo donde Martín distraía sus murrias de solterón y cesante empedernido. Arrepentíase de haber vivido como hasta ahí, de no haber hecho la obra en que soñara cuando mozo, con el acicate de las energías y el pegaso de los ensueños. Triste, enfermo, pararía sin duda, en la cama de un hospital de paredes muy altas y muy frías, sin el consuelo de un rayo de sol que besara sus cabellos blancos, sin contemplar las torres ni oír el vonciglero parloteo de las campanas...

Martín Espelunca contemplaba la vida a su alrededor, la sentía palpitar en todos los seres y en todas las cosas que lo rodeaban, llegaba hasta sus pulmones en el hálito que despedía la tierra en los camellones del Zócalo, en el perfume de las flores que cubrían sus prados, en los corceles que galopaban sobre el asfalto, en los autos que pasaban rápidos frente al atrio, en las cornetas y tambores que redoblaban ante los garitones de Palacio. Veíala como promesa de floración fecunda, en los ojos de la niña que marchaba a la escuela, en la pareja que hablaba de amores a la sombra en los árboles, en el capullo que se abría en el rosal. Sólo declinaba él, solo se aniquilaban como flores de decadencia los viejos amigos suyos que le daban

palique en las horas interminables aquellas, de tertulia callejera. Veteranos de la guerra de Intervención, antiguos libreros de viejo, alguno que otro evangelista a quien los achaques habían hecho abandonar su pupitre de Santo Domingo. Hablaban de cosas de antaño, evocando figuras desaparecidas, añorando tiempos de juventud y de hombría y sus charlas olían a viejo, gustaban a mosto guardado en húmedas bodegas.

Pronto fueron desertando del grupo: fantasmas de otras épocas, se incorporaban en el grueso de sus antepasados, desaparecían uno a uno, como los últimos baluartes de una generación demolidos por la impaciencia de la que nace. Precedieron a los árboles del Zócalo en su abatimiento. Sólo Martín Espelunca permanecía firme en su puesto; cada camarada que partía, era una espina más que se clavaba en su corazón, entretejiendo una corona de martirio para su vida solitaria. Abrían ellos el camino que sería recorrido por él; y a Martín le faltaban fuerzas ya para arrastrar su miseria. Al marcharse el último, al extinguirse, como una vela en el tenebrario, Martín cayó anonadado sobre la banca de hierro, las campanas de las torres sonaban argentinas; a Martín parecióle que doblaban a muerto, el sol caía a plomo, la obscuridad reinaba en el espíritu de Martín, al levantarse sus ojos se clavaron en el grupo de las Virtudes, mirada larga y penetrante impetrando misericordia. El frugal almuerzo en el cafetín de Manrique parecióle más salado, más duro el camastro en que descan-

só su cuerpo y allá en el fondo del alma brotó un padrenuestro por el alma del camarada.

No, él no tenía arrestos para disputar a la muerte, palmo a palmo la posesión de su cuerpo. La veía venir fría, descarnada, envuelta en un manto de sombras y de tristezas. Adivinaba un martirio largo y cruento con epílogo necesario en la fosa común del Panteón de Dolores. Un drama callado y sordo principió a desarrollarse en su corazón, una lucha se apoderó de él, en tanto que una obsedante idea tomaba carta de alojamiento en su cerebro. Le faltaba resignación para sufrir el tormento. ¡Cómo echó de menos los sentimientos de caridad, abnegación y fortaleza perdidos desde pequeño! Veía la pendiente deslizarse a un abismo de obscuridad insondable, el aniquilamiento, la pérdida del ser. Sentía su carne atenazada por todos los dolores, retorcidos los nervios, hendidos los músculos, astillados los huesos y la frente cubierta de un sudor frío, aniquilador, mortal. Sentía paralizarse la sangre en las venas y aquel espectáculo de agonía, presentido, aniquilaba las pocas fuerzas que Martín Espelunca poseía en su existencia crepuscular. Resignarse a rastrear sobre la tierra como un gusano miserable; coronar la vida así, se le hacía a él muy cuesta arriba. Si su existencia había sido anodina por falta de impulso, de acción, de energía, la muerte debía ser la expresión de una tragedia singular. Si había de ser el derrotado, que esa derrota tuviera al menos el prestigio de la victoria. Un bello gesto que borrara las huellas de

su vivir. Morir, bien está, pero no esperar a que la muerte se cebara sobre la carne a la disolución lenta y paulatina de la materia, no prorrumpir en estertores de una prolongada agonía, no causar lástima y conmiseración, no tramontar en la obscuridad más completa. Dar el salto definitivo, trasponer el umbral, con paso firme y sereno, en un espléndido crepúsculo con tonalidades de fuego y damasquinado de oro, cruzar como una estrella el firmamento, contemplar de cerca a los luceros, verlos parpadear en el descenso, antojándose columbrar en sus pupilas una lágrima que tiembla, caer arropado en fulgores carmesíes, precipitarse como el sol en el ocaso, como majestad regia que se esconde, acompañada de los trinos de los pájaros, de las voces de la ciudad que bulle, de la elegía que los hombres y las cosas entonan en los mágicos atardeceres de nuestro suelo. Morir, sí; pero no como un ratón en su agujero, no, como el cóndor herido en las cresterías de los Andes, o como el azor o neblí que se abate de las almenas de castillo roquero....

La resolución estaba tomada. La escena final de la tragedia de su vida tendría por escenario un lugar regio. Su drama interior se desenlazaría admirable, bello. Bien calculó aquella noche el estupor que produciría su gesto en las muchedumbres. La fatalidad le conducía de la mano como a los heroes de la tragedia griega. Espanto, horror, lástima tal vez causaría su fin, pregonado sería el nombre suyo por todas las bocas, se narraría a los niños la escena mezclada con las hazañas de los cuen-

tos de leyenda ... El genio del mal había tomado como trampolín un cornisón de la Catedral para dar un salto inmortal al infinito.

Martín Espelunca de madrugada abandonó el lecho, púsose a trasegar baratijas, dió con papeles amarillentos y pringosos, llegó a un cofre pequeñín y cuco y al abrirlo, sus manos temblaron y temblaron también dos lágrimas en sus ojos. Ahí estaban los últimos eslabones que lo ataban al mundo: recuerdos de la juventud, cartas de mujeres, adorables trazos de la única que había querido, el primer y postrero amor de su vida. Y Martín Espelunca los lanzó al fuego. Así rompía la cadena, arrojabá el lastre, aniquilaba su existencia pretérita, renunciaba al pasado preparando el apoteosis. Aventó las cenizas y un suspiro muy hondo alivió su pecho, vieron sus ojos cómo volaron las que antaño fueran ilusiones blancas trocándose ahora en presagios fúnebres.....

Martín Espelunca se dirigió al atardecer a la Catedral, temblando de pies a cabeza como un azogado, ardía su frente, agitábanse sus labios, inflamábase su pecho. Comenzó el ascenso a la torre, subía a trancos acezante y sudoroso. Sacó energías de lo íntimo de su ser y cuesta arriba marchaba, refrescado a veces por el sutil soplo que se colaba por las claraboyas. No veía, no oía, tropezaba, afianzándose sus manos a las junturas de las piedras. Sangrando los dedos, llagadas las rodillas, herida la faz, rasgado el vestido llegó Martín al primer tramo, tomó respiro, para continuar ascen-

diendo. Más arriba sí, mientras más alto mejor. Por primera vez en su vida, sentíase sobre las muchedumbres que ruaban a sus pies, hermano de las estrellas, que tachonaban el firmamento. Las miserias abajo, sobre el haz de la tierra, la liberación definitiva, el apoteosis, arriba, cerca del sol, de la luz. Ahí entendería las voces de las campanas, el misterioso idioma de sus lenguas de bronce. Y Martín llegó a lo alto, el Valle se incendiaba en un crepúsculo admirable, llamaradas de luz se prendían a lo lejos, dorábanse las cresterías de los cerros y un polen de oro espolvoreaba las cosas y un beso de paz se abatía sobre la frente de los hombres.

Martín no pudo más, cayó anonadado, rendido, palpitábanle las sienes, zumbábanle los oídos. Martín se arrastró como un gusano, había llegado al final y le abandonaban las fuerzas. Pero no, sus ojos asombrados principiaban a contemplar el espectáculo maravilloso. Torrentes de luz lo envolvían en haces polícromos, el rojo de los rubíes, el azul de los zafiros, el verde de las esmeraldas, el hialino de los ópalos, se mezclaba para formar las coloraciones de un enorme caleidoscopio. Haces de iris tejían la urdimbre de un rico tapiz oriental, fulgores fosforescentes prendían en las gárgolas, en las cornisas, en as campanas. La piedra se perforaba en encajerías historiadas. No eran ya los gruesos y pesados entrepaños de la iglesia colonial: un artífice los pulía, perforaba con finísimas labores de teracea. Se contorneaban los perfiles, se afi-

naban las líneas, engrandecían las columnas, se retorcían los capiteles, ascendía la fábrica en una incoercible aspiración a lo alto. Sus arcos, sus molduras eran góticas, agujas infinitas nacieron de las bóvedas, para dirigirse arriba, más arriba cada vez, como plegarias de la multitud.

Los rayos de luz, los colores esparcidos en el firmamento, tomaban cuerpo, se agrupaban en figuras de dibujos admirables. Y Martín Espelunca vió los trazos de cuadros conocidos. El tesoro de arte de la Catedral que se dibujaba en el firmamento. Los cuadros de los artistas pintados ahora en un velo ténue e impalpable: monjes y ascetas, teólogos e inquisidores, mártires y vírgenes, el sayal de los frailes y el terciopelo de los reyes, el oro de las coronas y la sangre de los cilicios; las caras demacradas de los cenobitas y las celestiales y gozosas de los ángeles; la carne atormentada y el frescor admirable de las rosas; los rompimientos de gloria luminosos y espléndidos. Manes de Echave, de Rodríguez Juárez, de Cabrera, de Correa, de Villalpando, de Gerónimo de Balbás, creaciones que abandonaban el estrecho recinto de sus cuadros, para formar una admirable visión de grandeza, dejaban el estofado negruzco de sus pinturas para tomar la luminosidad del éter, la ingenuidad de Fray Angélico, el atrevimiento de Rubens, el claro obscuro de Rembrandt, los cielos de Velázquez. Y las voces de las campanas se cristalizaron en sus labios y de ellos brotó una oración de fe, de resignación, de gloria,

Y a rastras Martín Espelunca se dirigió al borde de la baulaustrada y miró hacia abajo y vió una larga procesión. La historia se confundía con la leyenda, personajes de la época colonial; como heroes de cuento de milagrería, desfilaban adustos y graves, envueltos en sus atavíos, y los gregüescos del encomendero, y las cimeras del capitán, y las togas del letrado, y las capas del arzobispo, y las hopas del inquisidor, y el sambenito del relajado, y la ropilla del prócer todo pasaba lentamente, gravemente. Alumbraban el paseo muchedumbre de hachones y de cirios, temblaban a lo lejos las luces de las hornacinas; las hogueras de la inquisición, prendían en los cadalsos, y la muchedumbre del pasado hincaba la rodilla y elevaba también su plegaria de resignación, de fe, de gloria....

De fe: Martín Espelunca vió cómo era todo coronado por el símbolo de la fe, no en la forma de estatua esculpida por Tolsa, sino en una ádmirable creación blanca, sutil, resplandeciente, auroleada por una luz vivísima, sonriente, tranquila, y Martín la comprendió inspiradora de todas las grandezas, la musa de todos las artistas, la señora de los capitanes, la pobladora de maravillas en los altares, la inspiradora de nuestro pasado glorioso, la que anima al desfallecido, da alientos al cobarde, enaltece al abatido; la ciencia de los teólogos, la visión de los místicos, la virtud de los ascetas, la fortaleza de los mártires, el valor de los capitanes, la liberalidad de los próceres, la riqueza de los

mendigos, el consuelo de los enfermos, la grandeza de los miserables.

Y Martín Espelunca quedó confundido, él que la había perdido desde niño y comprendió la obscuridad de su vida, la inutilidad de su existencia, la pobreza de su espíritu y como miserable guiñapo humano habíase arrastrado por el mundo y lloraba ahora, en el colmo de su anonadamiento, lloraba como niño y de sus labios tremante escapóse una oración: el símbolo de Trento como fiel exponente de la fe, vino a sus labios sellándolos con el ardor candente de la brasa del profeta.

Y al terminar la plegaria, las fibras del corazón de Martín vibraban en ritmo singular, diríanse las notas de un salterio que se confundían en el concierto que escuchaba. Y en lo íntimo de su ser prendió una llama que lo consumía, un incendio que lo devoraba, un fuego que lo envolvía en un dulce arrobamiento. Martín Espelunca sintió la epopeya de la raza, la epopeya vigorosa y pujante de cuatro siglos; incorporóse en espíritu al rebaño gregario que se arremolinaba en el porche, fue presa de las nostalgias del indio, de las bizarrías del castellano, de los amores del misionero; sintió punzar en su espíritu todos los dolores de los antepasados, nacer todas las energías, vibrar todos los entusiasmos; en un éxtasis místico brotaron de sus labios las estrofas de un poema y vió cómo se derruían los teocallis y contempló el resurgimiento de la ciudad nueva y miró cristalizarse las lágrimas de las generaciones en las piedras y teñir de sangre los

muros y repercutir las risas en las paredes. En el ínterin, la carne de Martín Espelunca parecía disolverse, el espíritu en suprema elación abandonaba su envoltura como mariposa el capullo, surgía el ave Fénix de las cenizas, para incorporarse liberado en el océano de colores y de sonidos que lo envolvía, para transformarse en color o en nota, para prorrumpir también en el himno que las generaciones entonaban en honor de la fe de los siglos, y se desprendió, al fin, como águila que abandona el nido y principió el ascenso para ir a posarse orgullosa, potente como un símbolo, rodeada de todas las irizaciones, a los pies del símbolo prepotente, impulsador de todas las acciones generosas, quilatador de valores, fortificador de espíritus.....

El cuerpo de Martín Espelunca yacía tendido bajo la campana mayor, una sonrisa iluminaba su faz. Un murciélago desprendióse del badajo, azotó con sus alas negras la pelambre hirsuta y blanca de Martín y alejóse graznando sobre la techumbre de la ciudad en reposo.....

Septiembre de 1915.

NUBES DE ESTÍO

Para Pablo Campos Ortiz.

Paquita Silencio quedó muy satisfecha aquel día; su sobrina había oído misa con más devoción que de costumbre, no se distrajo mirando atrás, ni despachó con precipitación, como quien quiere salir del paso de cualquier manera. Paquita Silencio estaba contenta, la había edificado la piedad de su sobrina, el devocionario en sus manos permaneció en posición correcta, día hubo en que trataba de leer el Evangelio cabeza abajo; aquella expresión de los ojos, en los momentos más solemnes, sí juraría que dos lágrimas manaron de ellos a la hora de la comunión, y lo que más contenta la tenía, era que su sobrina, le había permitido rezar con desahogo las mil y una oraciones perdidas entre las páginas de su grueso manual.

El café humeaba sobre la mesa. Paquita Silencio, que no apreciaba la elocuencia implícita en la negación de su apellido, comenzó a despotricar sin consideración ni medida: convino en que las vecinas no eran todo lo devotas que fuere de desear para trabar amistad con ellas; convino en que la ceremonia había durado menos que de costumbre;

convino en que el vestido estrenado ha poco por las del 6, era cursi de calidad y provocativo y escandaloso de añadidura; convino en que as cosas subían de precio por manera escandalosa y el convencimiento de la dificultad de su adquisición la traía a mal traer, ella que estaba acostumbrada a vivir con holgura o por lo menos a un mediano pasar; convino en que los comerciantes en comestibles eran más aviesos que los célebres bandidos de «Río Frío», que, al fatídico grito de «azorríllense», desvalijaban a los pasajeros de las diligencias, en las mocedades de Paquita Silencio; convino en que la autoridad debía tomar cartas en el asunto para meter en cintura a tanta gente mal nacida que vivía a costillas del prójimo; convino en que la leche tenía más agua y los bizcochos de Santo Domingo menos huevo que de costumbre, a pesar de cotizarse entrambos a precios exorbitantes; convino en que su sobrina estaba menos risueña que de ordinario, cosa que le pareció de perlas por cierto, como muestra que era del recogimiento y unción conque Lola Reina había asistido al Santo Sacrificio. Hizo observar a su sobrina, después de haber devorado su ración, que la de la chica permanecía intacta, sirviendo de golosina y tentación a las moscas que revoloteaban en el comedor; item más, que se enfriaba la leche y que los alimentos fríos sentaban muy mal a un estómago en ayunas. Solícita, mojó un bollo en el café y trató de darlo en el pico a la niña; convino en que no era muy beatífico por cierto el desabrimiento con que rechazó

la dádiva, salpicando de leche la blusa de percal de la buena señora. Paquita Silencio no quiso armar camorra en un día de gracia como aquel, y determinó quedarse con el desaire, y convino, por último, en que no era inclinación a lo divino aquel mohín de enojo, sino algo humano, muy humano, el determinante, otrosi, que había gato encerrado en el saleroso cuerpo de su sobrina, y a desentrañar el intríngulis aplicó la discreción que sus muchos años y las luchas de la vida le proporcionaban.

***

Lola Reina no «hizo» la cama de su tía con el cuidado de costumbre. El viejo rodacama de tira bordada, venerable por su edad quedó haciendo un gesto de disgusto al verse tratado con poco respeto y brusquedad incompatible con sus años, por las traviesas manos de la Reina. Quedó el desdichado en posición difícil, besando con una punta el pavimento y con la otra encaramándose sobre el tambor; la colcha se plegaba en multitud de dobleces y la almohada no ocupaba el sitio debido. La Silencio guardó silencio por primera vez en su vida ante tamaños desaguisados, que tan profundamente la herían en su economía particular. A pique estuvo de estallar su indignación cuando observó basuras en el suelo: ya no era su casa una tacita de plata y muchos sentirían escrúpulos de mirar al suelo, en cuyos ladrillos podíase enantes almorzar regaladamente. Resignóse y convino en

observar atentamente los ires y venires de su sobrina. Algo barruntaba la tía que «aquello» podía traer cola. Y las gafas que se calaba solamente para leer la novena o para hacer labor de estambre, cabalgaron amenazantes sobre su nariz, de continuo. Ellas le ayudarían a descubrir el misterio. La sobrina no miró esto: la sobrina no miraba nada de estas menudencias. Si tal cosa hubiera hecho, de seguro habría temblado: no impunemente cabalgan las antiparras en las narices de una tía....

***

Lola Reina se acercaba demasiado a la vidriera del balcón. Paquita Silencio la sorprendió en infraganti delito de espionaje a través de los visillos. No dijo nada, ni la Reina lo notó tampoco: tan embebecida estaba en su contemplación. Paquita pensó que aquello podía ser el hilo que la condujera a desentrañar el ovillo. Cuando la Reina abandonó los aledaños del balcón, la Silencio se acercó de puntillas, las antiparras fijas en su puesto. No vió nada, no descubrió nada: esto era inquietante, ni el frutero de la esquina, ni la señora del estanquillo de enfrente eran cosas dignas de llamar la atención. Aquello la intrigaba más: ver algo es grave, no ver nada lo es más aún.

***

Paquita observó que su sobrina escribía; esto no era inusitado; pero tampoco común y corriente, y escribía sobre un monísimo pliego color de rosa.

Ahí estaba sin duda la clave del enigma. Viniéronle ímpetus a la señora de caer de improviso sobre la moza y enterarse de la escritura. Comprendió que esto era una grave imprudencia y se abstuvo. Imprudencia y grande fué la de la sobrina el abandonar lo escrito sobre la papelera. Paquita Silencio leyó con avidez: nada, carta a una amiga; no embargante, aquellas últimas palabras podían decir mucho:

—«Lo otro acabó....»

La Silencio, que no había inventado la pólvora por cierto, inventó, sin embargo, una historia que llenara holgadamente el papel ocupado por los puntos suspensivos.

Y su cerebro empezó a devanar....

***

Lola Reina quebró un trasto en la cocina. Paquita Silencio estuvo a pique de sufrir un serio disgusto al ver menoscabada, tan sin consideración, su hacienda. Romper un trasto es síntoma grave, como que lo es nada menos de la escapatoria del alma del cuerpo que la encierra. La causante de la fechoría demostraba tener lejos, pero muy lejos, el alma del cuerpo donde posaba.

***

Para otra persona que no fuera Paquita Silencio, la hubiera intrigado en demasía, el no haber visto en misa de doce, un domingo, después de los suce-

sos narrados, al joven y arrogante Jorge Escribano, muchacho de porvenir, que ya quisieran para marido de sus hijas muchas nobles matronas del barrio, y a quien profesaba una amistad sincera Paquita Silencio, aunque, eso sí, no le quisiera de igual suerte para sobrino.

La Reina no oyó la misa con igual devoción que la de marras. La tía observó que sus mejillas se arrebolaban frecuentemente; que miraba de soslayo con insistencia; que leía el ofertorio a la bendición y cosas de este jaez, que hirieron profundamente la piedad de Paquita Silencio, que estuvo en trance de propinarle un pellizco para que mirara con más reverencia cosas tan santas.

Lola Reina pretextó jaqueca, no quiso ir al cine, tumbóse en la cama, y si la Silencio se hubiese acercado en determinado momento, habría escuchado pronunciar con ira un nombre que era la clave del enigma. Dicen que la almohada presentaba al atardecer huellas de lágrimas.

Paquita Silencio no notó esto, le apuntaba jaqueca, no se le calmó con los «chiquiadores» que se puso sobre las sienes, le arreció más, ¡cuando la sobrina se negó a ir al rosario, ¡estando tan entrada la cuaresma!

* * *

Los días siguientes fueron de prueba. Lola Reina no comía, ni dormía, se desmejoraba a ojos vistas. La Silencio llegó a temer seriamente por su salud y decidió abordar de plano el asunto. Ensayó

el discurso más elocuente que podía aconsejarle su frágil intelecto y no supo por donde empezar al fin de cuentas, y lo que es más grave aún, su elocuencia incipiente se estrelló ante el mutismo de la sobrina. Principió en el terreno del convencimiento y de la ternura y acabó con los terrenos cambiados, en trance propincuo de alumbrar un cachete a la sobrina, por cierta salida de tono en una contestación.

Batióse en retirada. ¡Aquella sobrina de sus pecados! ¡Pero ya las pagaría todas juntas la muy pícara cuando se descorriera el velo del misterio, que se descorrería pronto: no en balde su experiencia de la vida le proporcionaba luces!

Y entró en muda, aguzando el oído y vigilantes los ojos tras de las gafas, justificando así su nombre de Paquita Silencio.

Jorge Escribano dirigió una carta a la tía; encendióse el rostro de la sobrina al reconocer la letra del sobre. Paquita Silencio no notó nada, ¿sería porque las gafas dieron un tumbo, en el momento dramático, sobre el cesto de la costura? Repuestas en su sitio, la Silencio leyó, leyó algo que debió desagradar profundamente a Lola Reina, que perdió la color y comenzó a hacer pucheros.

Jorge Escribano se marchaba muy lejos, a otras tierras, a contemplar otros horizontes menos ingratos que el de la Ciudad. Se despedía de la Silencio, guardando el más absoluto sobre la Reina

¡como si no le importara un ardite! La sobrina estalló, colgóse al cuello de la tía, se deshizo en lágrimas y entre suspirillos, decía la taimada: ¡Qué desgraciada; pero qué desgraciada soy!

Las lágrimas son contagiosas. La Silencio abrió tamaña boca a los primeros transportes. Se hizo la luz de golpe, dejándola ¡oh dolor! en la mayor obscuridad, las gafas, por virtud de la violenta contracción de los músculos faciales producida por el estupor, dieron otro tumbo yendo a parar, ahora sí, en el mismísimo suelo, sin romperse debido al milagro hecho, sin duda, por San Antonio.

El llanto era tan considerable que inundó presto la faz de la tía también, y comenzó a hacer pucheros y las arrugas de su rostro a tornarse en álveos de ríos caudalosos.

Aquello se arreglaría. La Reina contó sus cuitas y la Silencio tornó al asombro. Pues señor, si las cosas no eran de ayer, ¿conque amor andaba de por medio hacía meses y había cartas y regalos subterráneos y miradas furtivas y perfecta inteligencia? Ahora sí se explicaba la buena señora los extravíos de la niña en las solemnes funciones eclesiásticas y las conversaciones quilométricas por teléfono con las amigas y la curiosidad tras el balcón y las alusiones, y la jaqueca del domingo, y en previsión de otra que pudiera afligir a ella por el enojo, pidió magnesia y colocó en su sitio el par de «chiquiadores».

***

Dos días después Jorge Escribano entonaba el *mea culpa* a los piés de Paquita Silencio, más grave y ceremoniosa que de costumbre.

Como quererla, Jorge la quería con todas las potencias de su alma y sobre todas las cosas; el no haberlo dicho antes, fué por ciertos importunos escrúpulos y malhadados temores de que se arrepentía en el alma, su cortedad de genio, su timidez de carácter, el miedo que ponen aun a los corazones mejor templados estas graves cuestiones psicológicas. Nada, que las cosas se hacen sin querer, y al pensarlo, es porque el enemigo malo ya ha puesto de su parte todas las arterías de que dispone para tentarnos. Que perdonara Paquita Silencio. Como enojo, sí lo hubo, pequeños resquemores, cuestiones baladís, *nubes de Estío*, que se disiparon a la primera mirada amorosa de su Reina y ahí estaba él en demanda de absolución.

Y la hubo, ¡vaya si la hubo! sólo que después de un sermón grave y profundo.

—Caballero, las cosas se hacen de otra manera, ¡qué son esos berrinches de niño pequeño! Por poco enferma a mi sobrina y por concomitancia a su tía, dados los disgustos y desazones que hemos pasado en estos días.

Y el contrito exclamó como los rapaces después de la travesura:

—No lo vuelvo a hacer, señora.

* * *

La gente vió meses después y a prima noche, en una calle de esta Ciudad, a dos novios que pelaban la pava.

El viento traía y llevaba palabras: unas descendían del cielo, otras ascendían de la tierra:

—Mi vida....

—Mi encanto....

Y la brisa llevaba sus acentos quien sabe donde.

Pero la gente no vió que una de tantas noches aquellas palabras llegaron a oídos de Paquita Silencio que rezaba el rosario en su alcoba. Suspendió el rezo, trasegó en su viejo ropero de caoba, y de un rincón sacó una caja pequeñita, de laca, de las que antaño venían en la nao de la China, procedentes de Manila. En el fondo de la caja y envuelto en un pañizuelo, yacía un pliego amarillento, desenvolvióIo, leyó su contenido: era de «aquel» que se había ido de veras, para no retornar nunca, el único amor y el único secreto de su vida. Dos lágrimas surcaron su rostro. Encendió la vela de estearina que posaba en el buró, prendió una esquina del papel.... pronto se redujo a cenizas; aventólas, y de un soplo extinguió la luz.

—¡Pobres muchachos, y pensar que una cosa tan sencilla, puede enturbiar una existencia para siempre! *Nubes de Estío*, tal vez, que a veces empañan por de contado el horizonte de la vida!

Dios te salve María.... y las cuentas de la camándula repasaron por los dedos sarmentosos de la anciana.

Afuera:

—Mi vida....

—Mi encanto....

La eterna cantilena de todos los enamorados.....

México, 20 de marzo de 1916.

¿POR QUÉ NO.....?

TESIS

JUAN A PEDRO

Mi querido amigo: No sabes lo que me aburro en esta bendita Ciudad de los palacios, y no es porque me falten diversiones, no, que soy asiduo concurrente a todos los bailes y reuniones de mis amigos y sobre todo de mis amigas, así en casa de la encopetada y linajuda señora, como en la modesta y semicursi o cursi y medio de nuestra sociedad burguesa. Condición *sine qua non* de mi presencia: la presencia de un bello sexo atrayente y fascinador. Ya me conoces, rendido enamorado de la mujer *in abstracto*, que *in concreto*, nunca me ha sucedido tal cosa. Como materialista grosero que he sido no he creído nunca en el amor, esa pasión avasalladora que exaltan los poetas y encumbran los artistas, no, yo lo tomo, a lo sumo, como el instinto de la raza que se manifiesta tratando de perpetuarse, que diría el viejo Shopenhauer. Por lo demás, yo no me he metido nunca en «teologías»

y me importa un ardite, si las cosas son, o no son como las entiende la gente.

Mi querido Pedro: la poca hacienda que heredé de mis padres hallé que se disipaba, y no por arte de encantamiento, sí que por malas artes de los prestamistas y usureros que habían clavado sus garras sobre ella, por una parte, y por otra, las locuras y calaveradas de tu amigo que gastaba sin consideración ni medida. Viendo tal bancarrota me puse a considerar serenamente y concluí que en este mundo más vale ser victimario que víctima (lo digo por lo de los usureros) y con gran sabiduduría, asimismo, y provecho de mi hacienda, di en la flor de entrar en la honrada profesión de «coyote», que no necesita título que la acredite, ni más diploma que la sutileza del ingenio, saber multiplicar con rapidez, y buena voluntad al servicio de los del gremio, y el sano propósito de exprimir al público el poco jugo que le queda después de tantas desazones.

Heme aquí pues, camino de la riqueza, conseguida con poco trabajo, algunos quebraderos de cabeza y un fardo a cuestas de aburrimiento, esplín, *tedium vitæ;* separado de los amigos que, como tú, no sé en que andanzas se encuentran metidos; solicitado ahora más que nunca de las mujeres, lo que es en detrimento de la salud y del bolsillo; paseando mi humanidad por las calles sin saber que hacer ni qué decir, ni cómo matar el tiempo asesinando, de consuno, la murria que me invade. En estas condiciones sólo he encontrado un camino decoroso:

casarme. ¿Sonríes?, me lo supongo. ¿Te inquietas? Puede ser, creerás que he perdido el último destello de razón que brillaba en mi cabeza a pájaros. ¿Te alegras? Puede ser también, como muestra tal vez de que el destello se torna en foco de luminosidad al encontrar ese seguro mi existencia solitaria y tediosa.

¿Con quién? he ahí el intríngulis: he tenido muchas novias y guapas. A tí te consta. Si me pregunto a veces, si desciendo en línea recta de aquel mi tocayo, el mayor malavarista de corazones femeninos que ha nacido bajo las estrellas. He habido muchas novias y ninguna ha sido digna de mi mano. Ésta ¿es una de tantas? No, tú la conoces, se llama María, y es amiga de tu exnovia Marta. Por ello verás que mi buen gusto no ha marrado en esta ocasión: tiene todas las prendas para ser una buena esposa, por lo pronto, es una exquisita novia. ¿La quiero? quien sabe.... creo que no, ya sabes que yo no creo en el cariño de los hombres; estas cosas suceden porque deben suceder, porque es menester que sucedan. Tengo yo treinta años de edad, la de las fogocidades ha quedado muy atrás. El solo pensar que las primeras canas comenzarán presto a teñir mi cabeza me ha decidido. Ella tiene veinte y es encantadora. Lo que es la simpatía, le hablé sin querer, por no dejar, por costumbre, sin querer hice la declaración más formal que he hecho en mi vida y ahora que han pasado algunos meses, ahora que nos hemos visto a diario, ahora que su voz me parece más musical

cada día, y sus miradas más ardientes cada vez, siento dentro de mí una paz y un consuelo inefables. Ha pasado unos días fuera, y la he extrañado como si algo mío hubiera arrancado de mi lado ¿qué quieres? El hombre es un animal de costumbres y la costumbre hace naturaleza y la naturaleza ley.

Ella me quiere, estoy seguro. Las mujeres sí quieren¡claro! como que son sentimiento,idealidad, fantasía, y nos quieren en el alma a los hombres. Es tan buena, que me da pena mentirle, me remuerde la conciencia después de una mentira piadosa como si hubiera cometido un crimen; pero a las veces es necesario engañar, decir la verdad de lo que somos es inícuo, rasgar el velo de nuestra existentencia vergonzoso. ¿Comprendes? Si ellas conocieran nuestra vida, se asomaran a nuestro corazón....no, que se asomen las otras, ¿reflejarse María en el espejo en que se han mirado tantas, en mi pobre corazón marchito y seco? Nunca. El otro día vió en mi cartera un retrato.... bueno, de una de tantas, tuve que urdir un embuste y me pudo tanto que en llegando a casa hice trizas la pieza, no sé por qué me avergonzó aquel amorío, no sé por qué me sentí indigno de ella, no sé.... una debilidad. Y para cohonestar la mentira me decía para mi coleto: «¿No todo es mentira en este mundo? ¿no es tan agradable la mentira y tan necesaria para el buen orden de las cosas? ¿qué sería del mundo sin la mentira? Una casa de orates, una jaula de fieras, la inquina señorearía en los corazo-

nes. ¿No la mentira impide guerras, luchas, restaña la sangre y produce en desquite satisfacciones, alegrías, buena voluntad? Pues mintamos». La única verdad, amigo Pedro, es que no estoy enamorado, aunque barrunto que esta será para tí la mayor y más grande de todas las mentiras, puede que para mí dentro de poco sea tan grande como una catedral. ¡Las pobrecillas se dejan querer tan fácilmente!

Oye ¿sabes con quien estuve de palique el otro día? Con la amiga de mi novia, con Marta, tan guapa, tan simpática. Da grima el pensar que tu la dejaste así como así. Fue una injusticia: ella te quiere, como quieren siempre las mujeres a los hombres. Deja el destierro y ven, consuélala. Vuelvan a las andadas otra vez. Se siente una paz interior tan dulce, un contento, una alegría.... Pedro, vuelve a ella. ¿Por qué no....?

ANTÍTESIS

DE MARÍA A MARTA

Mi linda: Después de escribirle a él te escribo a tí. No extrañes la preferencia, el cariño que te profeso es grande; pero de distinta índole que aquel. Aquel.... no sé explicarte, todo lo vence, todo lo domina, se ha constituído en el encanto de mi vida, en mi constante pensamiento, en todo. Estos días en que he estado separada de mi Juan, he estado triste, las horas me parecen intermina-

bles. Con la abuelità voy a la iglesia y todas mis oraciones son para la Virgen, pidiendo no le abandone. Es hombre y vive en el mundo, Marta, y el mundo está sembrado de peligros y los hombres están llamados a perecer en ellos si se les abandona a su suerte.

Nunca pensé que las cosas pudieran llegar al estado a que han llegado. Cuando él me habló ni le conocía siquiera, después, se ha adueñado de mi voluntad, reina sobre mi entendimiento como amo y señor. Su voz tiene un encanto indecible. Apenas puedo comprender cómo un hombre de su talento y discreción pueda enamorarse de una muchacha tonta como yo, que sólo puede decirle tonterías; pero eso si, mi Marta, cariñosas y sinceras. ¡Qué hermoso es querer así una cosa sobre todas las demás, una sola cosa que sabemos nos pertenece por entero! No soy yo su primera novia, esto me alegra. El que la quieran a uno por primera vez no es bonito; el hombre debe haber tenido varias novias antes de la definitiva para que aprecie el valor de cada una de ellas; eso sí, no me consolaría nunca el ser una de tantas, una novia pasada, y al pensar en que ello pudiere suceder, siento una tristeza muy grande y rompo a llorar. Me pongo en lugar de las pobrecitas abandonadas y las compadezco en el alma. Yo moriría de dolor. Todo se lo digo a mi novio, no sé como hay algunas que pueden ocultarles algo a sus novios. Yo no, la mentira es un pecado feo y yo no sé mentir. ¿No te parece que en esto de la sinceridad es la virtud que debe

guiar nuestras acciones? Yo así lo creo: el amor es sinceridad, el amor es.... no sé qué decirte. Cuando trato de representarme lo que es el amor, pienso en un ángel blanco, de alas como la nieve y cabellos como el oro, que baja del cielo a besarnos en la frente, en una noche tranquila y callada, y aquel beso es dulce y candente a la vez, y en sus manecitas trae un par de diamantes y toca con ellos nuestros párpados y los convierte en lágrimas, en esas lágrimas que he llorado ahora al sentirme lejos de mi novio. El amor puro, ideal ¡qué hermoso! No sabes las sensaciones tan extrañas que he tenido y las que han de faltar todavía.... Es un mundo nuevo el que descubrimos.

¿Será cierto que nuestro corazón entero, nuestra alma se la damos al ser amado? Sólo así comprendo que no nos pertenezcamos. El mío todo es de él; no hay otro hombre para mí en la tierra y sólo siento ser tan poco; pero tan poco, una brizna de paja para no brindarle lo que merece.

Monina ¿y el tuyo? ¿Por qué no te reconcilias con él? Si vieras que pena me da verte tan sola, si vieras cómo quiero comunicar mi felicidad. Pedro te quiere, Pedro es bueno como Juan: es su amigo. Anda mi Martita, ya es justo que pase aquello, sí, ¿verdad que sí? Que el ángel de las alas blancas, vuelva a posar sus labios sobre tu frente, en beso de paz y de amor. ¿Por qué no....?

Univ. of Arizona Library

SINTESIS

DE PEDRO A MARTA

Marta: He tardado mucho tiempo en decidirme. No sabía la impresión que ésta pudiera causar en tí; el sólo pensar que podía ser desagradable me ha contenido. Soy hombre decidido y, sin embargo, mi pulso temblaba como el de un niño. Marta, basta ya de destierro voluntario, basta ya de alejamiento de los hombres y de las cosas. Si antes no quise pedir perdón, por orgullo, por sinrazón, por lo que quieras, ahora lo pido de rodillas. Marta, es necesario pensar las cosas: echemos un velo sobre el pasado, que en medio de todo no fue malo, una indiscreción mía, una imprudencia. Marta, no creas a los otros hombres; yo sé que no te quiere el que te habló hace algunos días. La mejor prueba de que te quiero, es que estoy enterado de todo, la mejor prueba de que soy sincero es que te confieso que la sola noticia me conmovió hondamente. Marta, aún es tiempo, te quiero, te lo digo ahora sí con el alma, y se lo digo a todos. Volvamos a ser lo que fuimos. ¿Por qué no....?

EN RESUMEN

DE UNA HOJA DEL CUADERNITO DE APUNTES DE MARTA

Si al menos fuera verdad lo que dice.... si de veras me quisiera.... Soy yo también tan poca cosa.... Después de todo, ¿por qué no....?

***

No se dice por escrito, pero asegura bajo su palabra el compilador, que Marta tomó, quizás inconscientemente, quizá con deliberada intención una margarita de un ramo que sobre un jarrón de porcelana posaba y con unos dedos finos y sonrosados comenzó a arrancar los pétalos musitando entre dientes:

Sí.... no.... sí.... no....

México, 31 de marzo de 1916.

DEL RANCIO SOLAR

Para D. Luis González Obregón.

Doña Soledad Suárez de Figueroa y Souza vivía santa y cristianamente en aquella su mansión señorial construída, al gusto barroco, en una de las céntricas calles de esta muy noble y muy leal ciudad de México. Nada turbaba la tranquilidad de aquellos aposentos decorados con tibores de China y sedas de Manila venidos de aquellos lejanos países de oriente, en la nao que, de tarde en tarde, anclaba en Acapulco; nada interrumpía la paz del patio, amplio y espacioso, ni el sosiego de los corredores, guarnecidos por un lambrequín de azulejos de la Puebla de los Angeles, sino el cantar de la fontana que, en uno de los ángulos del patio, entonaba a diario la canción amorosa de la hermana agua a la vida jocunda que florecía en los naranjos, reventaba en los claveles y vestía de azul primaveral el cielo de Nueva España. Los zenzontles y canarios, encerrados en jaulas doradas, porfiaban también por terciar con sus cantos en el himno de la fuente. Las flores, sembradas en tiestos y macetas de Talavera, esperaban el momento preciso de ser arrancadas de sus tallos para ir a

morir dulcemente, castamente, a los piés de la imagen de la Inmaculada, ni más ni menos que si fueran almas de doncellas arrancadas a la vida mundana, consumidas en los ardores del amor divino, para languidecer en los claustros que poblaban las calles de la Ciudad.

Vida austera llevaba Doña Soledad, agena al bullicio de la Corte Virreinal, a las disputas de la Universidad Real y Pontificia y a las reyertas de las órdenes monásticas y aun a las sublevaciones de indios y conspiraciones de criollos y mestizos. Se aplicaba solamente al cultivo de su reino interior, sabiamente asesorada por un santo varón entrado en años, ducho en achaques de conciencia, sabio en el conocimiento de las pasiones que lo perturban; pero inocente y bueno como el pan, indulgente y cariñoso como aquel pobrecito que patrocinaba su orden, el Seráfico Padre San Francisco de Asís, que así había vestido el cuerpo del santo varón confesor de Doña Soledad con el tosco sayal, como había ataviado su alma con las galas de la bondad y los arreos más vistosos, por más humildes, del santo amor a Dios y al prójimo. En las solemnidades de la iglesia confesaba y comulgaba Doña Soledad con singular devoción, vestía los hábitos más decentes de su guardarropa: basquiña negra, exornada con pasamanería de abalorio, velo negro que encubría el tocado sencillo, sin peinetones de carey ni adorno alguno, que adornos de más subido precio eran aquellos hilos de plata que decoraban los aladares.

La vida de Doña Soledad había sido una perpetua ascensión por una cuesta sembrada de obstáculos. Su corazón joven sangró, su carne virgen había sido terreno propicio al florecimiento del dolor y regada con las lágrimas de sus propios ojos. Algún bargueño, que guardaba con mucho esmero, bargueño primoroso de caoba con incrustaciones de nácar, encerraba, quizás, el secreto de sus años mozos; el corazón, arca incomparable en que se encierran, bajo las siete llaves de la voluntad los secretos más recónditos de la vida, guardaba el decoro de sus años maduros. Su vejez estaba consagrada al que no traiciona nunca, al que salía encerrado entre viriles del más puro cristal, rodeado de esmeraldas, topacios, rubíes, zafiros, floración de los más hermosos colores del íris, bajo palio de seda y oro en las procesiones del Corpus, conducido por el Arzobispo, acompañado del Cabildo, del Claustro de la Universidad Pontificia, del Virrey, de la Curia, por esas calles de Dios, empenachadas y alegres como una bendición, en medio del canto litúrgico de los monagos y de las voces graves y solemnes de las campanas de la Iglesia Catedral, que clamaban a los cuatro vientos la magestad de un Dios y la grandeza de un pueblo.

***

No había sido tranquila y sosegada la vida de Doña Soledad en sus años mozos. Amó en un tiempo al capitán D. Alonso de Marcayda, servidor en

los tercios de su Magestad Católica D. Felipe el Segundo, amólo por su bizarría, por aquel pasear la calle haciendo corvetas en un soberbio alazán, lo amó por su talle gentil, por aquellos ojos negros que así despedían chispazos de cólera, como miradas aterciopeladas de amor y rendimiento; por aquella charla lírica, florida, llena de mieles, arrogancias y gallardías; por su ingenio chispeante y vivo. ¡Aquellas noches sevillanas, propicias al beso, acariciadoras, templadas, llenas de encanto sutil; aquellas charlas por la reja decorada de madreselvas y geranios! Porque Doña Soledad vivió en Sevilla, y de Sevilla partió para no volver a ella el Capitán D. Alonso de Marcayda, llevándose en prenda y casando con ella, a la hermana menor de Doña Soledad. Doña Soledad, engañada y herida, tomó el camino de Nueva España en compañía de su padre que venía a servir el puesto de Oidor en la Audiencia de la Colonia.

***

Por eso la tranquilidad de la señora vióse turbabada un día en que a la aldaba de la mansión señorial llamó un mozo apuesto y arrogante, jubón un tanto raído, gregüescos empolvados, botas que cubrían las tres cuartas partes de las calzas, pluma airosa al chambergo, espada al cinto, mirada retadora y altiva, ademán resuelto, continente garboso, genio vivo, andar presuntuoso, que, acompañado de un paje, esclavo negro, al parecer, se presentaba solicitando hospitalidad.

Recibiólo con desconfianza Doña Soledad, pidióle noticias de su cuñado y de su hermano al aprender que era su sobrino:

—Ha de saber vuesa merced, señora tía, que ambos son difuntos. Mi padre y señor, combatiendo contra los herejes, bajo las banderas del serenísimo señor Duque de Alba q. de D. g., mi señora madre de pena al saber la muerte de su esposo, yo, huérfano y pobre, desnudo de bienes, he recorrido el mundo probando fortuna, ya de soldado, ya de pajé he recorrido lueñes tierras, con la escarcela a veces repleta, las más vacía. He parado en Flandes y en Italia. En el Perú hice fortuna que perdí con la facilidad mesma conque acumulé doblones. Llamo a las puertas de vuesa merced, señora tía, para que me la haga de acogerme como a su deudo que soy, que Dios será servido de pagarle con creces el bien que me hace en el otro mundo, que ya sé que los bienes terrenos no aprovechan a vuesa merced que todo lo parte y divide con los pobres. Que así será bueno que su techo me cobije y me siente a su mesa y dé de comer y de beber a este pobrecito negro que me ha acompañado en mis andanzas.

Doña Soledad acogió al sobrino con lágrimas en los ojos; pero en el fondo de su alma removióse el rescoldo. Aventada la ceniza, apareció la llamita del recuerdo. Se abrió la herida y la figura del Capitán D. Alonso de Marcayda se interpuso entre ella y el sobrino. Doña Soledad no era capaz de odiar; sin embargo, la afrenta del Capitán había

sido dolorosa y cruel, y en su espíritu nació una pasión encontrada, mezcla de atracción y aversión. Recogióle en su casa, señalándole por habitación aquella especie de mirador que coronaba la fachada, hacía la esquina, guarneciendo la imagen de la Purísima quebrantando a la serpiente, a cuya advocación había erigido su casona el Oidor Suárez de Figueroa. Aquella noche no durmió tranquila Doña Soledad, parecióle que había hecho mal en recibir tan de presto al mozo andarín y aventurero, sin exigirle la presentación de sus papeles ni la identificación de su persona. El mancebo tenía los ojos mismos, la mirada idéntica, el continente parecido a los del Capitán de los tercios flamencos; igual reto, igual altanería, igual sonrisa socarrona y de fisga. En el ánimo de Doña Soledad presentáronse con brío y pujanza las escenas de su juventud, y por vez primera, después de muchos años, sintió una amargura intensa, un dolor extraño, renegó de su vida de abstinencia, de privación y sacrificio; consideró su existencia rota para siempre, su desamparo, su desolación. Yertos parecíéronle los aposentos donde moraban los retratos de sus antepasados, ásperas y duras las holandas del lecho, mortal el ambiente que la rodeaba. Fue a confesar muy de mañana, y el santo padre franciscano dióle, por toda penitencia, un avemaría por el alma de su cuñado el Capitán.

***

Días de angustia fueron aquellos. El sobrino de Doña Soledad iba y venía sin dar cuenta a nadie de sus pasos. Observaron los criados que no era muy religioso el mancebo por ciertas palabras dejadas escapar en su conversación con el esclavo negro. Rompía por completo con las costumbres santas y cristianas de aquella mansión. Viéronle con gente perdida en barrios apartados, con soldados borrachos; alguien dijo que con hembras del partido; se recogía tarde, era altanero en su trato, despegado, vivo de genio, gustaba de leer libros que a la pobre gente de aquella casa se le antojaba endemoniados.

El alma de Doña Soledad, conturbada por la pesadumbre de aquellas noticias, y por los fantasmas del recuerdo, pedía a Dios con todas las potencias de su alma apartara de sus ojos la evocación de su vida juvenil, de impureza y de pecado. Ciñóse las carnes con áspero silicio; ayunó los más días de la semana. Acercábase al sobrino y un sensación extraña paralizaba su lengua, quedábase muda, yerta. Aquello era hechicería, enjorguinamiento, malas artes del demonio.

***

Pronto creyeron oír los criados ruidos extraños, como cadenas que se arrastran, como soplar del viento en galerías desiertas, como rechinar de dientes de condenados, como soplar de fraguas encen-

didas, como musitar de rezos y quejidos de ánima en pena. Las dueñas quintañonas, acurrucadas en los rincones, sollozaban; echábanse a temblar los pajes como azogados y aseguraban, por las mañanas, que del mirador de la casona brotaba un resplandor de lumbre, que vagaban sombras blancas por las azoteas y que de los ojos del sobrino de la señora saltaban chispas, y alguien creyó notar que de su persona se escapaba cierto tufillo a azufre imposible de confundir.

***

Doña Soledad no pudo impedir que el Santo Oficio tomara cartas en el asunto. Hereje era su sobrino. Explicóse aquella repulsión, aquel atragantamiento, aquella mezcla de amor y de odio. ¡Oh, si sería el mismo diablo en figura de hombre para perturbarla en su vida de santidad, de ascensión perenne a las fuentes de luz y de vida! ¡Cómo había tomado las formas engañosas de aquel hombre, aquella mirada de pecado, aquellos labios que ella había besado alguna vez, en la noche tibia, junto a la reja decorada de madreselvas y perfumada de geranios! Pidió fuerzas al cielo, ayunó con más brío, desgarróse ahincadamente las carnes, dió más dinero a los pobres, dotó varias doncellas para el convento, construyó altares, organizó funciones en honor de los santos de su devoción, curó enfermos. Aquellos días pareciéronle malditos, se consideró culpable y abominó del punto y hora en que su sobrino llamó con fuertes aldabonazos en el portalón

de la casona. Se sintió libre al fin, redimida de toda culpa, limpia de toda mancha, el día en que el cuerpo del sobrino pereció aniquilado por las llamas. Allá, en el costado de San Hipólito, en un famoso auto de fe del año de mil seicientos y tantos. Cenizas de su alma eran también, cenizas de un pasado y de una vida. El alma se sintió libertada, sacudió el polvo del camino y en teoría de flores ascendió aquella vez más alto que nunca, pidiendo por su hermanas, las almas pecadoras.

***

El cuerpo de doña Soledad Suárez de Figueroa, fue encontrado yerto sobre el pavimento de la alcoba. Una sonrisa iluminaba su faz. Las dueñas quintañonas, los pajes imberbes y los rodrigones, cortaron pequeños trozos de la tela que lo cubría, para guardarlos cuidadosamente. Es fama que murió en olor de santidad.

México, junio 14 de 1917.

TARACEA (1)

Para D. Manuel G. Revilla

(1) (Premiado con primera mención de honor en el concurso abierto por la Dirección de Bellas Artes para conmemorar el CXVII aniversario de la independencia.)

La ciudad estaba de fiesta. Voceaban su alegría las campanas de las cien torres que la coronaban; reverberaba el sol en los azulejos de los cimborrios haciendo resaltar las inscripciones piadosas que los decoraban, resbalaba por las gárgolas, se colaban por las encajerías de piedra, penetraba por los ventanales para tocar de un halo luminoso las cabezas venerables de los Santos Evangelistas pintados en las pechinas, o convertido en hilo sutil que atravesaba los rosetones, daba vida a los rompimientos de gloria que alegraban los estofados de los cuadros de mártires y ascetas. Hendían los cohetes el aire; los pregones del *tianguis* confundían sus voces con la algarabía que estallaba en la plaza. Linternillas octogonales, linternillas en forma de cruz o de estrella, pendían en los vanos de los balcones, sobre los antepechos engalanados con mantones de seda y guirnaldas de flores, para iluminar, en la noche, las rúas de la mansa, de la quieta, de la apacible ciudad provinciana de calles empinadas y angulosas, llenas de esconces y recovecos, de fuentes, de arcos, de rejas propicias al amor

en las horas que precedían al toque de queda y la ronda paseaba mesuradamente por las callejas.

No festejaba la ciudad, alborozada, la jura de algún rey de la casa de Borbón, ni el nacimiento o bautizo del Príncipe heredero, ni siquiera la salida de Veracruz del galeón real cargado de oro, o la llegada a Acapulco de la nao de la China abastada de chucherías de laca, de seda y de marfil, que irían a decorar los vastos salones de los encumbrados personajes que moraban en la capital de Nueva España. No, que era solamente la profesión de monja, en el convento de Santa Clara, de la hija única del señor Corregidor don Lope de Stúñiga, Marqués de Monteblanco. Por eso andaba la guardia en las calles con sus alabardas limpias y resplandecientes, con sus sombreros de tres picos que dejaban escapar la coleta de las pelucas blancas, con sus pantalones albos y aplanchados y sus casacas azules de vivos rojos; por eso redoblaban los atambores con brío y el clangor de los clarines acompañaba al sonoro voltejear de las campanas.

Las ropas de cristianar salían de los arcones y bargueños de caoba y alcanfor olientes a verbena. Las mantillas airosas, prendían en las cabezas blancas tocándolas de negro y en las endrinas de blanco y fuego en el mágico reventar de los claveles. Las casacas de raso y terciopelo, bordadas por manos pequeñitas y hacendosas, cubrían ruineras de cuerpos viejos o hacían resaltar la gallardía de los mozos. La moda francesa, introducida nuevamente, transformaba a la vieja y vetusta ciudad de pa-

tios amplios y espaciosos, de corredores anchos y soleados, de escudos a cuarteles, la ciudad de piedra recortada en los más peregrinos perfiles, en una pequeña Versalles en que los abates jóvenes habrían suspirado madrigales en los oídos de las damas, sus compañeras, si la solemnidad de la ceremonia no hubiera puesto punto en boca a los galanteos.

***

Fue la profesión de la monja novicia, de ojazos negros, de palidez mate, que se ve solamente en la tierra de las cien torres y las campanas más armoniosas que ningunas del Virreinato un acontecimiento trascendental. Pasó por el mundo repartiendo beneficios y dispensando mercedes. Allá, en su casona, en la casona del Marqués de Monteblanco, pasaba la vida en el encierro en que la pasan las doncellas castas. Hacía los mejores dulces que se paladeaban en la ciudad, mejores y más sabrosos aún que los dulces de los conventos. Iba a misa muy de mañana en compañía de una dueña quintañona y de un pajecito criollo, de quince años, su único amigo; con él tenía todas las confidencias y todas las expansiones. Cuando sonaba el ángelus en la Iglesia Catedral y oteaba la doncella desde su balcón la plaza que se iba quedando desierta, la fuente rielada por la luna, las calles que se perdían en las sombras, llamaba a Juanillo y le pedía narraciones imposibles, de guerras, de trasgos y de duendes, de asaltos del corsario inglés a algún pue-

blo de la costa o de sublevaciones de indios en lo intrincado de la sierra, o siquiera, lo que las mujerucas murmuraban en los porches de los templos.

—Dime, Juanillo ¿qué se dice por ahí? ¿qué se murmura? ¿qué se cuenta? ¿ha bautizado la Marquesa de Miraflores a su pequeño? tan mono, tan lindo y ¿qué dió el señor Marqués en el agasajo?

—Bautizáronle ya, mi ama, y los pobres de la iglesia de San Francisco tuvieron buenas limosnas, en escudos de oro, así de grandes, con la imagen de S. M. el señor D. Carlos IV q. D. G. Dicen que la señora baronesa de del Castillo espera la llegada de un niño....

—Calla, calla, Juanillo, que esas cosas no se dicen.... Mira cómo rondan la calle aquellos embozados ¿serán acaso los Alcaldes de la Ciudad?

—No, que uno es el Capitán D. Alonso de Figueroa y el otro....

—Silencio, Juanillo....

—La dueña duerme, mi ama: tejía calceta y la aguja no se mueve ya. El señor Corregidor está en palacio.... El caballero me entregó esto para Ud., mi ama.

Y Juanillo daba a la doncella un pliego cuidadosamente doblado y se escondía en un rincón, temeroso de su hazaña. Doña Isabel no veía dos lágrimas que corrían por las mejillas morenas del pequeño.

En las tardes lluviosas, veía la doncella como chapoteaba el agua en las baldosas de la calle, como se encendían las farolas de aceite, como azubia-

ban los transeuntes en los portales, y entonces era ella la que lloraba mansa y silenciosamente, contagiada por la tristeza del paisaje. En estas tardes bordaba manteles y ornamentos para el convento de Santa Clara.

***

Y fue así, de puntada en puntada, como se ensartó en la seda que prendía. Sueños aparejaba también, sueños disparatados para ella, y en la devanadera de su cabeza todo un porvenir de felicidad tenía acomodo. Pero la seda de los manteles y de las casullas habíala enredado en sus mallas, ni más ni menos que si fuera un capullo de azucena de aquellos que dibujaba sobre el ardor del raso carmesí, o el verde prometedor de esperanza del terciopelo, o el blanco puro y virginal de los linos.

Aquellos sueños acariciados junto a los vitrales de su mansión y bajo el escudo señorial de la casa paterna no se realizaron jamás, acurrucáronse en aquella cabecita de veinte años y fue monja en medio de la alegría de la Ciudad. Sus compañeras veían ingresar al convento una doncella de abolengo y una pingüe dote, sus amigas lucirían los trajes que se picaban en los cofres; sus amigos jóvenes, un pretexto para enamorar a las doncellas; los viejos, un recuerdo de la juventud; los pobres una ración de sopa en el portal del Corregimiento, y buenas piezas de plata y oro que echar en las faltriqueras; los monagos, una oportunidad de hacer diabluras y los canónigos de tomar un exquisi-

to y espumoso chocolate. Sólo Juanillo estaba triste. Recorría los aposentos de la casona y gruesos lagrimones escurrían por sus mejillas. Un capricho del Corregidor, vistióle de indio, con sus plumas multicoloras, con sus espejos, con su carcaj. Parecía un pájaro encerrado en jaula de oro que se agitaba, que se movía pugnando por romper los hierros.

* * *

Y los quebrantó un día, marchóse sin saber cómo ni cuándo. Buscáronle los criados y no le hallaron.

El señor Corregidor tornó a las árduas ocupaciones de su encargo; los canónigos al coro; las monjas a hacer dulces; los soldados a sus cuarteles; los pobres a pedir limosna en los porches de las iglesias; las campanas a llamar misa, a tocar las horas, a entonar el ángelus y a aquietar la ciudad con el toque de queda.

Sólo Juanillo no recobró su tranquilidad y alegría habituales: paseaba todas las noches por la calle del Locutorio, veía los muros altos, inexpugnables poblados de rejas, bañados por la luna. Escondíase en los esconces de alguna calleja cuando la ronda pasaba pregonando las horas. Hubiera hecho versos a ser poeta. Noches de primavera y de invierno, de lluvia y de cierzo le sorprendían mirando en alto, en alto siempre, como si le pidiera consuelo a la luna.

Una noche cruel de invierno dieron los guardias

con el cuerpo de Juanillo, aterido, hecho un ovillo. Lleváronle a casa del Corregidor, le arroparon entre las holandas del lecho de Isabel, le abrigaron bien. Abrió los ojos y se sintió cerca de ella ¡oh! aquellas ropas le abrigaron como si fueran las entretelas del corazón de su dueña. Y con el ensueño velándole los ojos, se durmió para siempre con una sonrisa en los labios.

***

En el convento de Santa Clara, después de maitines, soñaba Isabel, ahora Sor Adoración del Divino Verbo, que el caballero de la plaza, venía una noche, salteaba las paredes del huerto, le declaraba su amor para emplazarle la contestación en el otro mundo.

Celaya, agosto 11 de 1917.

LA DANZA DE LA MUERTE

Para D. Salvador Cordero.

Era alto, enjuto, seco de rostro, de haber nacido en el siglo XVI habría sido un arbitrista hábil en tretas para sacar de apuros la Real Hacienda de la Católica Majestad de don Felipe II, un cortesano gentil y galante, frecuentador del Real Sitio de Aranjuez, o un hidalgo que pasara las noches de claro en claro leyendo aventuras de caballeros andantes, ni más ni menos que lo hiciera aquel bueno de don Alonso Quijano, con quien tenía, por lo cenceño y amojamado de su físico, un parecido indubitable. Nació con dos siglos de retraso y paró en empleado de una importante casa comercial de esta muy noble y muy leal Ciudad. No se adaptaba, sin embargo, al vivir corriente de sus compañeros de oficina: peinaba melena, no tan grande que pudiera confundirse con la de algún poeta de buhardilla, ni tan corta que semejara la de un hortera a quien las tareas del mostrador le impidieran visitar con frecuencia al barbero, su vecino; usaba barba hidalga, terminada en punta y mostachos arriscados y retadores; se tocaba con un hongo flexible y bohemio; y en invierno, la cumplida ca-

pa española cubría las tres cuartas parte de su esquelética figura. Amaba con empeño los muebles viejos y suntuosos. Su habitación, embutida en una fea casona del barrio de la Merced, patrocinada por la imagen venerable de San Pedro Nolasco, esculpida en piedra y colocada en la hornacina que llenaba uno de los entrepaños, llena estaba de arcones y bargueños tallados primorosamente por artífices de los siglos XVII y XVIII, cofrecillos de laca, figuritas de marfil, japonerías venidas de Oriente en el largo interregno virreinal. Las paredes se tapizaban de casullas, capas pluviales, dalmáticas de raso o terciopelo bordadas prolijamente por manos gentiles de monja. En el centro de una de las piezas, una mesa traída de algún convento de Puebla de los Ángeles, mostraba sus columnas salomónicas finamente talladas y sus incrustaciones de concha. Un mueble, mitad escritorio, mitad armario, abría infinidad de cajones a la curiosidad del visitante y en la tapa de cada uno de ellos, figurado, de carey o hueso, un pasaje del «Quijote» y en lo alto, como coronamiento, el busto de un Cervantes desconocido hasta ahora de los sabios y eruditos hurgadores de su vida. Santos de talla primorosamente esmaltados, espadas salidas de las fraguas de las espaderías toledanas más acreditadas, azulejos de Talavera junto a broqueles persas damasquinados de oro; jabalinas, mosquetes, ediciones raras y preciosas: algún ejemplar de la Biblia Poliglota del Cardenal Jiménez de Cisneros y ante todo y sobre todo un retrato de nuestro hom-

bre, Don Íñigo y Fernández de la Cueva y Alcorta, hecho por Master Gedovius, vestido a la usanza antigua, con gola de muy aplanchados y lucidos gorgoranes y sobre el ferreruelo de terciopelo negro el lagarto rojo de Comendador de Santiago.

Coleccionar cosas viejas, vivir entre objetos que exhalaran el suave perfume de otros tiempos, testigos de sucesos pretéritos, cordiales, tranquilos o revueltos y batalladores, que le hablaran de un pasado épico, galante o místico, era la pasión de don Íñigo, ¡qué más pretendía él en su existencia señera de solterón empedernido! ¡Qué voluptuosidad sentía al acariciar con sus dedos afilados la suavidad de la seda o del terciopelo o al recorrer las labores de taracea con su mano pálida veteada por breves líneas azuladas! Volteaba las páginas miniadas de sus ediciones con un cariño, con una fruición grata al espíritu. Tendíase por las noches en su lecho, de la época también, grande como un campo de batalla, suntuoso como el trono de un rey y cordial como el sabor de una manzana, más si es del cercado ajeno, y cerrando los ojos, se disponía a soñar en la próxima adquisición de un tintintero de plata que sirvió, probablemente, al Virrey Frey Antonio María de Bucareli y Ursúa, para firmar tantos bandos y decretos que urbanizaron la ciudad y le dieron el aspecto de Capital decente de un rico Virreinato, o del palio que cobijó a su Divina Majestad, llevada por los arzobizpos metropolitanos en las procesiones de Corpus, o del Pendón Real que pasearon del Ayuntamien-

to a San Hipólito los Regidores o Alferez Reales, a caballo primero, en coche después, los días trece de agosto de cada año del Señor.

No embargante, la cama aquella, tan cumplida para una sola persona, le desazonaba, a veces, sus mejores sueños. Era hombre al fin, y su existencia solitaria le producía tristeza, tedio, murria inexplicable.

No era todo vida y dulzura su vivir. Cabalmente esta murria, este tedio causábale un desasosiego hondo. El *Kempis*, leído de vez en vez con ahinco, acibaraba más su vida. La poesía de las cosas muertas impregnó de tal suerte su espíritu que todo él era un pálido fantasma, una resurrección de algún personaje pretérito. Como si fuera el alma solamente de aquel hidalgo, Comendador de Santiago que pintara por encargo suyo Master Gedovius, vagaba en las estancias atestadas de cosas viejas. Curioso fenómeno: nadie sabría decir si el retrato fue inspirado por don Íñigo o don Íñigo se escapó del retrato, vistió de hongo y americana para echar un vistazo a las cosas de este mundo y de este tiempo, placióle nuestra vida y entre nosotros moró para reirse un poco y contar al alma de D. Francisco de Quevedo sus impresiones en una entrevista de ultratumba.

Como buen caballero de antaño colocó en un lugar muy visible una calavera, un craneo viejo y mohoso y todas las noches, alumbrado por un foquillo que en el seno de un candilejo de cobre lanzaba reflejos rojizos D. Iñigo meditaba.

Parecíale oír de aquella calavera que le sonreía un si es no es irónicamente, aquestas razones:

—«Yo fuí un buen fraile franciscano, enseñé a «los indios gramática, música y pintura en los am- «plios y espaciosos claustros del convento de nues- «tro padre San Francisco de México, ayudé en su «empeño al buen hermano Fray Pedro de Gante. «Representéles las escenas de la Pasión de Nuestro «Señor Jesucristo por medio de dibujos y de trazos «que los pobrecitos gentiles interpretaban, que no «entendían nuestra escritura; pero sí la de sus «abuelos de jeroglíficos y figuras. Bauticé a mu- «chos en la sierra, tantos, que mi brazo cansado «de levantar la concha se rendía al último, y no «por la pesadumbre de un objeto tan liviano, que «era por lo fatigoso de la jornada en que tantas al- «mas se arrebataron al demonio.»

—«Fuí soldado, pelée por la católica magestad «de el Rey en Flandes, aseguré sus dominios en el «Milanesado, vine a Nueva España y lueñes tie- «rras brindé a su dominio. Una jara dió conmigo «en el otro mundo, enviómela al corazón un indio «noble en la rota aquella que nombran de la Noche «Triste, al saltar la tercera cortadura a las órdenes «del Capitán D. Pedro de Alvarado.»

—«Fuí Téologo y Doctor, leí la cátedra de Se- «gunda de Cánones en la Real y Pontificia Univer- «sidad de México. Apliqué mi entendimiento a «desentrañar las más arduas cuestiones que propo- «ne el Doctor Sutil y enseñé a mis discípulos a dis- «cutir y argumentar con razones ingeniosas y bien

«dispuestas, en silogismos aderezados con todas «las reglas. Formé una generación de sabios, fir- «me sostén de la fe y de la Iglesia.»

—«Fuí poeta, contribuyó mi musa a los certáme- «nes que la Universidad y las comunidades abrían «para solemnizar la jura de los reyes, el nacimien- «to de los príncipes o la canonización de los santos. «Para los arcos de triunfo tracé versos retrógrados «elegantes y discretos, elogios que en latín y en «castellano dijeran lo mismo. Hice un soneto a la «muerte de Sor Juana Inés de la Cruz.»

Y yo ¿qué he sido? se preguntaba don Íñigo en grande atribulación. Repasaba su vida y la encontraba infecunda. Ni una línea, ni un afecto, ni un cariño. Su pasión: las cosas inanimadas, frías, muertas. Nunca palpitó su corazón por un semejante. Jamás amó ni a la mujer ni a los niños, ni dividió su pan con los pobres, ni consoló al triste, ni vistió al desnudo, ni dijo nunca palabra que fuera semilla en la tierra mollar del cerebro de sus semejantes, ni trazó un rasguño que alegrara la vista, ni produjo un sonido que enamorara al oído. Hasta el viejo zapatero remendón, que claveteaba sobre las hormas en el zaguán de la casona, había dado a la Patria una docena de arrapiezos que serían hombres útiles en el porvenir.

¡Vive Dios que al llegar a los sesenta le desazonaba este pensamiento! En el patio de la casona, la vida bullía, clamaba en las voces y travesuras de los pequeños, en las garridas mozas que frego

teaban en los lavaderos, en los animalejos que se reproducían con prolijidad pasmosa invadiendo patios y corredores, en los malvones y rosales que las señoritas del segundo cuidaban con esmero en sus macetas de terracota, en los cenachos de las criadas y en el agua de la fuente. Perla era la habitación de don Íñigo en aquel mar de pasiones, de miserias, de vicios quizás. Seguro inaccesible a la voz aguardentosa del barbero que al rasguear de la guitarra entonaba canciones del bajío, recinto fortificado a la maledicencia de las comadres, torre de marfil, sí, en que moraba el hidalgo, enterrado en vida y convertido en momia de otros tiempos.

Calor, el calor palpitante de la vida, no lo encontraba en aquellos rasos y terciopelos mustios y desvaídos, ni en los bronces, siquier heroicos pero mohosos y tomados de orín por la sangre de las batallas y la humedad de la intemperie, ni en los arcones y bargueños asaltados por la polilla. Frío le comunicaban al corazón de don Íñigo y tremante y sudoroso y acongojado, se arropaba en las sábanas de su lecho suntuoso y meditaba en el dinero empleado en todos aquellos enseres, dinero ahorrado con tesón, distraído a las diversiones honestas, arrebatado a los socorros del pobre, y a la luz del candilejo aquel, que por más señas perteneció a la Santa Inquisición, veía sonreír socarronamente a la calavera del fraile, doctor, capitán o poeta, que posaba en una mesa de caoba, a los pies de un cristo de marfil enclavado en cruz de ébano.

Quiso dejar rastro de si en el mundo, ser útil a los demás; pero he aquí que buena parte de la jornada había caminado ya y se encontraba rendido; pensó en la muerte con ahinco y deseó que sus semejantes le ayudaran a pensar y fue entonces el poeta imberbe que a los veinte años descubre en la Vida al amor y a la poesía; y fue el de cuarenta, que bebe en crátera de oro el zumo jugoso y febril de la Vida; y fue el pintor robusto que aprisiona, en el rayo de sol, en la carne de mujer o en el pétalo de flor a la Vida que pasa cantando; y fue el músico que en la canción jocunda y tempranera interpreta el alma de la Vida que canta en todos los sonidos misteriosos que pueblan el Universo; y fueron todos los cantores de la Vida los que llenaron un álbum dedicado a la muerte. Pensaron un momento en algo trascendental. Don Íñigo les abrió por breves horas el velo que ocultaba el misterio. Improvisados Edipos se encararon una vez con la Esfinge.

El hidalgo se reservó para el final poner su pica en Flandes, echar su cuarto a espadas en el momento preciso, que llegó al fin, como todo llega en este mundo, sólo que llegó tan de presto que no le dejó tiempo para empuñar la péñola. Sintió venir a la Intrusa, no cesaron de cantar los cisnes, ni de ladrar los perros, ni se ocultó la luna. Murió cristianamente. ¡Qué distintos fueron los pensamientos de don Iñigo en el trance, de los que sus amigos, flor de la intelectualidad mexicana, habían estampado con trazos gallardos en su álbum. No

en balde dicen que es distinto ver los toros desde la barrera.

El album se conserva en un museo neoyorquino. Ahí fueron a parar buena copia de las chucherías del hidalgo. Un *cicerone* dice que perteneció a un fraile del siglo décimo, siglo de tribulación, en que la Europa danzó, como ahora, la *Danza de la Muerte.*

México, octubre 17 de 1917.

EL PINTOR DE SANTA TERESA

Para la señora Eugenia Torres de Meléndez

Yo, Fray Juan de la Miseria, indigno siervo de Dios y humildísimo lego del convento de carmelitas descalzos de esta noble ciudad de Sevilla, he recibido encargo del venerable Padre Provincial de la Orden, Fray Gerónimo Gracián, de transladar al lienzo la imagen de la muy venerable madre Teresa de Jesús, religiosa profesa en el convento de las carmelitas descalzas. He dejado, presto, de mano la pintura de los lienzos que se destinaban a los claustros de la ciudad; me he encomendado fervientemente a Dios y a su madre Santísima, para que me haga la gracia, muy especial, de cumplir a satisfacción de todos mi cometido; he oído misa con más devoción que de costumbre, he comulgado en ella para tener a Dios dentro de mí, que dé vida a los pinceles y luz a los colores de mi paleta. He deseado estar en íntima conversación con Él, aunque tengo para mí que soy indigno de recibir a tan gran Señor. Dice el Padre San Agustín que el cielo está en nosotros, dentro de nosotros, con todas las potestades celestiales, con toda la corte de ángeles, arcángeles y serafines. La ma-

dre Teresa de Jesús lo ha encontrado ya dentro de sí y lo ha comunicado a las madres sus hermanas. ¡Bienaventuradas ellas que moran en Él y que en esta vida tienen ya la anticipación de la otra, de goces celestiales y eternos! La vida nonada pasará prestamente como un grato sueño o una pesadilla infernal. ¡Bienaventuradas ellas que despertarán cerca del Esposo, para no contemplar las miserias y rastrerías del mundo!

Pero yo, Juan de la Miseria, el más humilde de los siervos de Dios, jamás podrá acercarse a las fuentes donde se abrevan las almas de las hermanas de Teresa de Jesús. Juan de la Miseria me llamo; y todo es en mí miseria y carroña. Juan de Narduck me apellidaron en el siglo, y nunca he hecho nada que merezca acercarme a Dios. He arrastrado por los caminos polvorientos y soleados de Castilla y Andalucía este hábito bien indignamente, que se ha juntado con capisayos y coletos de gente hampona y mal nacida. El Compás de Sevilla ha sido hollado por las plantas pecadoras de este siervo de Dios. He parado en hospederías y figones de mala muerte; he sisado de las limosnas que las almas cristianas dan para el sustento de los frailes mis hermanos; no me he apartado con el horror que debiera de la judería, poniendo mi ánima en grave tránsito de inficionarse con la pestilencia de la Ley de Moisén; he burlado las órdenes de mis superiores y han sido oídos de mercader mis orejas para los paternales consejos de mis hermanos.

Y he aquí que, por favor especialísimo de Dios,

mis manos pecadoras han de llevar al lienzo la imagen de una de las criaturas predilectas del Señor: la venerable Teresa de Jesús. Ya se extiende la fama de su santidad y ciencia por todo el orbe. Feliz la cuna que la meció de niña. ¡Ávila, señalado será tu nombre con letras de oro en los libros! ¡Y yo, Juan de la Miseria, he de perpetuar los rasgos de la esposa del Señor! ¡Qué grandes cosas se deprenden, Jesús mío, de considerar los favores que otorgas a las criaturas!

La habilidad del discípulo de don Alonso Sánchez de Coello es bien mezquina, no por el maestro que grande era, y justa la fama que lo corona, sí por el alumno, que no es nada ni ha sido nunca nada, si no es Juan de la Miseria. Los ojos de la venerable Madre son profundos como el mar y serenos como el firmamento en noche de paz. Se reflejan en ellos los luceros que decoran las noches sevillanas. El ánima se suspende y maravilla. Así se maravillaba la mía cuando era yo mozo, ante la inmensidad del mar, en la bahía de Nápoles. Porque Nápoles me vió nacer y las olas mecieron mi cuna y arrullaron mis sueños, que entonces eran, pobre de mí, de grandezas, de señoríos y de conquistas. A orillas del mar aprendí a entrever el alma de mis semejantes cuando se asoma por los rasgados ventanales de los ojos. Pero ningun alma como la de Teresa de Jesús. Ella ha visto a Dios.... Él se ha dignado comunicar a las madres carmelitas, por mediación de Teresa, consoladoras y gratas profecías.

Para pintar la imagen de la Madre se ha menester también el haber contemplado a Dios.

La mañana es pura y diáfana. Revientan los claveles en los cármenes y el agua corre suavemente por el álveo del Guadalquivir. Un cielo azul, sin nubes, como conciencia tranquila, nos cobija. Llaman a misa las campanas de las iglesias. La Giralda reverbera lanzando dardos de fuego al sol, al bendito sol que la hiere con sus rayos de oro. Llamo a la puerta del convento con el recio aldabón que la decora.

He aparejado el caballete en el huerto, donde florecen los naranjos y los pájaros colman de suaves reclamos las blancas celdas de las esposas del Señor. Callo y espero.... Algo sucede en mí, inesperado, imprevisto.... Entra en mis pulmones el aire impregnado de aromas, en mis ojos la armonía de colores peregrinos y varios, en mis oído el cántico suave de la fuente....

Todo es paz. Juan de la Miseria se siente rico, dichoso, feliz, en el recinto augusto en que moran las vírgenes vestidas con el hábito del Carmelo, Santo seguro que todo lo purifica y sublima.

La madre Teresa de Jesús llega a mí y me dice: «Buenos días, hermano».

Su voz es dulce y musical.

No puedo responder. Caigo de rodillas.

¡He sentido a Dios....He sentido a Dios!

México, enero 5 de 1918.

LAMPARAS QUE ARDEN

Escena: Una alcoba blanca, un lecho blanco profusamente adornado de encajes; una piel de oso a los pies del lecho, sobre ella dormita un perro; una lámpara de aceite que arde en el vano de una ventana, escondida entre los pliegues de unas cortinas, blancas también.

Virgen reposa en el lecho: su cabecita rubia surge entre los encajes como una espiga de oro podría surgir de las espumas del mar; Virgen no duerme porque le preocupa un grave acontecimiento de su vida; se barajan las ideas en su cerebro, y trata de hacer memoria:

«Verdaderamente fuí muy bárbara, nunca debí permitir eso. Bien que yo no tuve la culpa, la tuvo mi nana, puede que mi madre al dejarme sola en la sala con él ¡qué iba a pensar mi mamá! Después de todo ella lo habrá hecho con papá multitud de veces, cuando eran novios. ¿Si será pecado, Dios mío, hacer lo que he hecho yo ahora? Irremisiblemente tengo que confesarme de él la próxima vez que vaya a la iglesia. No va a ser regaño el que me eche el padre ¡claro! como que no en-

tiende de esas cosas. Después de todo ¿qué?... ¿No es tan natural? lo ve uno todos los días en el cine, en el teatro.... hasta en la calle. Si tuviera algo de malo no lo representarían en el teatro, los prohibiría seguramente el señor Gobernador, o los señores del Consejo Superior de Salubridad, porque es antihigiénico de añadidura. ¡Vah! eso lo dicen los sabios. Quédense ellos con sus cosas, y déjenles a los novios.... eso. Dice papá que hay muchas cosas malas y que sin embargo se representan en el teatro. Los papás son muy raros a veces. ¿Pues no me prohibe el mío que me junte con mi amiga porque tiene novio y salen los dos solitos a pasear? Y ¿eso qué? Yo también lo tengo y haría lo mismo si.... me dejaran. Yo soy mayor: cumplo en este mes dieciocho años, las jóvenes debemos saberlo todo ¿qué nos puede suceder? Ganamos en experiencia: la vida tiene muchas cosas que debemos ir sorprendiendo. No me dejan leer un libro ni un periódico porque son inmorales. ¿En qué consiste la inmoralidad? Yo necesito saber en qué consiste la inmoralidad para no hacer lo que hice ahora. ¿Será inmoral besar a su novio?.... Yo no tuve la culpa....si él quiso.... yo, yo también, es verdad; pero como no quería.... Y en la boca, eso si no estuvo bueno, debió haber empezado por la mano por ejemplo, así como se saludaban los caballeros en otros tiempos, los marqueses, duques y condes que están retratados en el respaldo de los

sillones y del sofá de la sala, se debe empezar por poco, para terminar.... bueno ahí donde dije, ese debe ser el último, cuando seamos esposos, si no ¿qué dejamos para el final? Ya no hay nada, con ese hemos probado todo. Si al menos hubiera sido completo; pero con el sobresalto, con la violencia y que el muy tonto no avisó a tiempo para prepararse, para corresponder ¡Dios mío, que he dicho....! ¿Por qué serán los hombres tan misteriosos? mi novio dice que no hemos probado todo. ¿Faltará algo? No me gusta que sea así él, yo digo todo lo que siento, por eso me regaña tanto mi mamá, dice que es falta de educación, de política; pero yo no puedo ser distinta de lo que soy. Los novios deben explicar a sus novias todo lo que no entiendan, porque hay cosas que no entendemos; pero prefieren que seamos unas ignorantes y unas tontas a decirnos ciertas cosas. ¡Como si fuéramos a perder algo! No sé, pues, qué sorpresas pueda reservarnos la vida.... Esperemos....

¡Qué feliz he sido! Pero ¿qué va a pensar de mí? No debía nunca extralimitarme, ser tan.... vamos, tan visionuda como fuí. Bueno, lo hecho, hecho. Nunca había sentido una cosa tan extraña, un temblor, un calosfrío, un no sé qué....¡algo muy raro que no es de este mundo. Si él hubiera avisado, no hay nada.... o hay muchos. ¡Soy tan brusca! No hubiera sabido de mí, es tan guapo, tan simpático, tan inteligente, tan mono, que me dan ganas de comérmelo, así, de comérmelo.

Desde hoy soy suya, lo he sentido dentro de mí con más fuerza que nunca. Ahora sí, hemos sellado nuestro amor.... porque eso es más que eso: un sello que se imprime con los labios. Como se lacra una carta, dice mi tío. No hay que hacer caso a mi tío, ya chochea el pobre, los viejos no entienden, ¡hace tanto tiempo que pasaron por ellas!

Cuando lleguemos al fin, y yo me case con él, y no temamos las sorpresas de mamá, ni los ojos vigilantes de la nana. ¡Cuántos serán Dios mío? Vendrá a comer y le daré en la boca como a un niño chiquito; lo esperaré en el balcón, bajaré a abrirle yo misma, saldremos juntos a paseo. Ya no le parecerá a papá inmoral semejante cosa. ¿Qué emoción se sentirá ese día? Ya me veo vestida de blanco, con mi corona de azahar en la cabeza. Mi traje se ha de exhibir en la mejor tienda de la Capital para que rabien las amigas cursis; la iglesia se adornará de manera encantadora. Entraré muy orgullosa del brazo de.... ¿de quién? De cualquiera, eso es lo de menos. Estaré muy guapa y muy elegante entonces. Pasaré por entre las bancas con los ojos bajos; pero mirando de rabillo a la gente que rabiará también de envidia; tocará la orquesta, me parecerá que llego a las puertas del cielo, después, después.... ¡Todo lo que vendrá después....!

Virgen apretó los párpados para aprisionar en ellos el rincón de paraíso entrevisto, se arrebujó bien bajo los encajes de la sobrecama, aprisionó

contra su seno una almohadita blanca que bordaran sus manos, y, reclinando en ella la cabeza, durmió blanda y plácidamente soñando con el amado... La lámpara ardía entre los tules de los cortinones, ¿Será como las lámparas de las vírgenes de que habla el Evangelio?

PARA TRIUNFAR

PERSONAJES:

EVANGELINA. LEONARDO. DON ANSELMO

La escena: un saloncito amueblado con gusto. Hay fiesta, santo de alguien tal vez. Se baila en las piezas contiguas. La lámpara que cuelga del techo alumbra discretamente, su luz se esparrama de manera velada, tenue. Balcón abierto a la calle por donde penetra el relente de la noche. El baile no es de etiqueta: el frac nos molesta en México, lo usamos solamente en las grandes ocasiones y eso en lo particular; en nuestras fiestas caseras permanece en el armario; se viste de negro, con eso basta. La fiesta, sin embargo, es elegante, no porque la hayan anunciado así los cronistas de *sociales*, sino porque a ella concurren personas de buen tono, lo que no empece para que por ahí se cuele uno que otro figurón. Al día siguiente exagerarán los diarios ¡exageran tanto! Se escuchan conversaciones apagadas: las señoras murmuran escudándose tras los abanicos, los caballeros hablan de negocios, de conquistas, murmuran los malsines también, sustentando sus murmuraciones en la base deleznable del humo de un cigarro puro.

(*Un vals de opereta llama a los concurrentes. Las parejas se pierden por el fondo. En el saloncillo queda sólo un viejo caballero, de noble presencia, viste bien, fuma y sus ojos conversan con la luz de las estrellas*).

(*Leonardo entra a poco, Leonardo es un artista; no pinta sonrisas enigmáticas de mujeres como aquel otro divino Leonardo, que éste modela en el mármol la línea y la forma, la grandeza. Leonardo es a las veces soñador. ¿Qué artista no lo es? Principia la charla*).

LEONARDO

Don Anselmo.

DON ANSELMO

Querido Leonardo, te hacía dando vueltas a los compases de ese vals.

LEONARDO

Yo, no bailo.

DON ANSELMO

Y, sin embargo....

LEONARDO

Hace un momento no bailaba.

DON ANSELMO

Hubiera creído....

LEONARDO

Conversaba. El baile no se hizo para mí. Mucho menos el baile moderno. El baile antiguo tal vez; el ritmo puro, las figuras blancas, modelos perennes de mármoles eternos, figuras que llevaban en sus bocas las sonrisas de las Gracias. Los bailes modernos no. ¡Oh! para bailar se baila en todas partes. Salón: la ciudad, el mundo. Parejas: las que se quiera; un día una, otro día otra. Cada uno de esos chiquillos que ahora danza cambia de pareja diariamente como pueden cambiar de puños. Yo estoy por la unidad, Don Anselmo. Una sola quisiera tener. Hasta ahora la he tenido de mármol, distintas estatuas, distintas figuras, pero el alma una, siempre una, y esa alma, Don Anselmo, es un trasunto del alma mía. La última la arrancaron de mis brazos hace poco.

DON ANSELMO

La que compró el marqués de los Rosales.

LEONARDO

Esa. Ya ve usted, un extranjero. Crea usted que soy fuerte, si no....

DON ANSELMO

¡Hermosa era!

LEONARDO

Me costó el sueño de muchas noches. El mármol se resistía a ser labrado. ¡Ah, Don Anselmo, si viera usted el trabajo que cuesta, la desesperación que causa, el desaliento que produce! Para después rodar en palacios extranjeros. Porque en los palacios nuestros.... ¡El Arte en México! Si viviera uno de lo que produce el Arte aquí, moriría de hambre. Ya ve usted, a eso se reducen mis parejas: Una mujer blanca, eternamente blanca, en la que he puesto mi alma....

DON ANSELMO

¿Y de las otras, de las de carne?

LEONARDO

¡Oh! esas son insulsas. Soy, por otra parte, un exigente.... Un día pasó ante mí una, tal vez la felicidad; fuí perezoso, fuí cobarde, tuve miedo y pasó en carrera vertiginosa, sin poder atrapar ni la fimbria de su vestido.

DON ANSELMO

Y ella....

LEONARDO

Fué un día, fué un mes, fué un sueño.... ahora soy más cobarde aún.

DON ANSELMO (*Insistiendo*).

Y de aquello...

LEONARDO

Queda algo, aquí muy adentro. Ahora es imposible. Las conquistas fáciles, los amoríos cursis, tal vez.... me han perdido para siempre. Y Don Anselmo, yo necesito *eso* para vivir. El amor grande para triunfar, para querer. He tratado de hacer de mi vida una obra de Arte, de cincelarla como cincelo la piedra. ¿Qué objeto tiene? ¿Para quién? ¿Para todos los que me rodean? Soy egoísta. ¿Para la posteridad? No me comprendería. Para crear necesito amar. ¿A quién? Cuando quise un día, cada obra que brotaba de mi cerebro, tomando forma en mis manos, se la dedicaba a ella, que la viera ella y sólo ella. Los demás qué me importaban. Ahora dedico al mejor postor, al que pague más, al que elogie más. Ya ve usted, Don Anselmo, y el desaliento me invade a veces y quiero destruir lo hecho, a golpe de martillo también, y rodeado de sus pedazos reír, reír mucho, llorar, llorar mucho.

DON ANSELMO

Eres loco de atar.

LEONARDO

Muchas veces me lo he preguntado después de un momento de esos, y hallo que soy más cuerdo

que ninguno. Leonardo es artista, Leonardo ha hecho carrera, Leonardo comienza a hacer fortuna. El dinero entra cuando peor trabaja, cuando trabaja por buscarlo Antes no.... Don Anselmo, ¿no ha sentido usted en las tardes, a la hora del crepúsculo, una vaga ansiedad, una tristeza grande, un deseo de llorar, una ansia de querer mucho a todos los que lo rodean, de no sé qué? El mundo aparece a sus plantas como un trono, el sol se acuesta a lo lejos y el cielo lo envuelve en un manto de paz; la campana de una iglesia llama a oración, y a sus repiqueteos responden otros, allá adentro: su corazón que golpea contra el pecho.... Pues mi vida haga usted cuenta que es un eterno crepúsculo, una puesta de sol, silenciosa, un manto de sombras que me envuelve.... Hasta las estatuas que labro parecen, a las veces, teñidas con coloraciones de poniente. A veces, sobre sus cabezas blancas, veo aparecer una estrella. Y a la hora del amor nunca he amado. Y la vida que es amor, en mí.... Otros ahogan esa inquietud, esa ansia en... cualquier cosa; la política, las mujeres, el vino. Yo en mi arte, pero mi arte necesita de *eso*.

DON ANSELMO

Leonardo, eres bueno.... Me recuerdas una plática que tuve con mi hijo. Mira, la fortuna entró por mis puertas. La fortuna es mujer ¡qué caramba! y enamoró a mi hijo. me volvió las espaldas y se fue con él, ¡pardiez! Y el dolor apretó en-

tonces aquí muy adentro. ¿Abandonarme a mí a su padre? Leonardo, ¿no es para odiar? Pero soy padre. Del mal hijo.... qué sé yo, ni quiero saberlo, sería para matarlo o para abrirle los brazos ¡qué caramba! y llorar de placer. Soy padre, amigo Leonardo, pero eso me ha acercado un poco más al sepulcro, camino a él voy.... y si no fuera por ella....

LEONARDO (*Con emoción*)

Por Evangelina.

DON ANSELMO

Por ella, sí... Todos los días pido a la Virgen un día más para vivirlo junto de ella, a su lado, para reír juntos y llorar juntos también. Mi obra de Arte que se cifraba en el pequeño fue rota por el más profundo de los desengaños.... Mi alma de amor, mi *ella* me acompañará hasta la tumba.

LEONARDO (*Lentamente*)

Evangelina es buena.

DON ANSELMO (*Con admiración creciente*)

Leonardo, buena como el pan, buena como su madre, la veo chiquilla jugando conmigo, la veo moza arrancando flores, dando de comer a los pájaros, besando mi frente cana.... El día en que esta vieja máquina se descomponga, en que salte hecho añicos el mecanismo....

LEONARDO

(*En pie, con las manos del viejo entre sus manos, con la mirada clavada en su mirada.*)

Evangelina merece ser feliz, Evangelina debe ser feliz. ¡Es buena.... Don Anselmo....!

DON ANSELMO

¿Qué?

LEONARDO

Nada.... nada. (*Pasando la mano por su frente.*) Un sueño, una visión.... Los artistas somos así, perdone usted la inmodestia.... Sueños que pasan.... La felicidad, la gloria....

DON ANSELMO

¿Gloria?

LEONARDO

Sí. (*Mirando al viejo con una mano apoyada en su hombro.*) ¿Qué piensa usted de mí?

DON ANSELMO (*Con extrañeza*)

¿De tí?....

LEONARDO

De mí, sí.

DON ANSELMO

¡Leonardo!

LEONARDO

Así me llamo. No quiere usted decirlo, pero yo lo sé, yo sé lo que piensa usted, creo saberlo. Don Anselmo, ¿me quiere usted? ¿Me aprecia usted? Con franqueza. No quiere usted decirlo. Lo sabré, don Anselmo, lo sabré. Ya ve usted, don Anselmo, he querido volar mucho, me han faltado las fuerzas; necesito alguien que vuele conmigo, que me aliente y ese alguien....

DON ANSELMO

Leonardo, eres un gran corazón.

LEONARDO

Gracias (*transición.*) Ha terminado el vals. Va a recitar ahora un poeta.

DON ANSELMO

¿Futurista?

LEONARDO

Eso dice.

DON ANSELMO

Será curioso el oírle.

LEONARDO

¿Quiere usted?

DON ANSELMO

¿Va usted?

LEONARDO

Me quedo, se está más a gusto aquí.

DON ANSELMO

Vengo, pues, ¿y usted?

LEONARDO

Yo.... (*riendo, al balcón*) yo.... componiendo una oda a la Luna. (*Vase el buen viejo. Leonardo queda pensativo, mira el firmamento azul moteado de estrellas. Entra Evangelina.*)

EVANGELINA

Solitario usted aquí, no gusta de los versos.

LEONARDO

De esos no, Evangelina, ¿por qué me hablas de usted, me guardas rencor?

EVANGELINA

¿Rencor? no, es que....

LEONARDO

Es que aquello....

EVANGELINA

Aquello acabó.

LEONARDO

Por culpa mía. (*Pausa.*)

EVANGELINA

Ví ahora a la nena Rodríguez.

LEONARDO

¿Sí, y qué?

EVANGELINA

La gente dice....

LEONARDO

La gente dice, murmura tanto, es su ocupación favorita, destrozar al prójimo.

EVANGELINA

Es que no eran sólo murmuraciones. En tus obras aparecía siempre la cara de ella. Se llegó a decir que era tu modelo. Mucho hubo de cierto.

LEONARDO

Antes, tal vez, ahora no. Evangelina, no me recuerdes el pasado.

EVANGELINA

A ustedes, los hombres, no les gusta hacer examen de conciencia.

LEONARDO

El pasado pertenece a los espectros, a las cosas idas, a los recuerdos. Debemos vivir en el pasado, cuando unos y otros son gratos, cuando no son fantasmas de pesadillas, trasgos de cuentos. Vivamos en el presente, tratemos de vivir en el porvenir, donde flotan las cosas bellas, los seres ideales, donde el horizonte es azul, donde son diáfanas las coloraciones, puros los afectos, sinceras las aspiraciones.

EVANGELINA (*Lentamente*)

Poesía, música celestial.

LEONARDO

En el pasado debemos encontrar enseñanzas, abrir de cuando en cuando las heridas para restañar la sangre que brota de ellas, para verter en sus labios cárdenos el bálsamo perfumado de la esperanza, la triaca bienhechora del ideal, de la quimera.

EVANGELINA

Charla de artista.

LEONARDO

Charla del alma.

EVANGELINA (*Con amargura*)

Del alma....

LEONARDO

Del alma, sí, que a las veces trata de desprenderse de la envoltura que la rodea, de la malla acerada que la aprisiona en el espacio y en el tiempo para vagar por mundos desconocidos, fantásticos; pero.... no sólo. Las almas solas deben sufrir mucho. Ánimas en pena. Evangelina, ¡qué tormento! Necesitan ir en compañía, así gozan más. Ríes, te hablo así porque tu me entiendes, porque nos entendimos alguna vez.

EVANGELINA

Hace....

LEONARDO

Creamos que hace mucho tiempo. Hagamos el tiempo a nuestro antojo. Aquello fue hace mucho...

EVANGELINA (*Rehuyendo*)

Tú has adelantado mucho.

LEONARDO

Por qué dices eso, ¿no quieres que te siga hablando de lo mismo? Bien, dilo, y te hablaré de otras cosas, incluso de los encajes que adornan tu vestido, te hablaré de modas, de discursos, de carreras, de accidentes, de guerras, de política.

EVANGELINA

No, no....

LEONARDO

Ya ves, eso pertenece a la generalidad de las gentes, a los gacetilleros de los diarios, a los *tipos* de nuestra *derniére*, a las comadres de vecindad. A nosotros no. Seamos sinceros una vez, que nos queda toda la vida para dejar de serlo, seámoslo con nosotros mismos. He adelantado mucho, y sin embargo, yo creo lo contrario, creo que he retrocedido mucho, que me queda por andar la mayor parte del camino. Tengo que dar todavía muchos golpes al cincel, mis manos encallecerán antes que de ellas salga la figura blanca que me inmortalice, tal vez que te inmortalice a tí.

EVANGELINA

Leonardo.

LEONARDO

¿Por qué no?

EVANGELINA

Leonardo, no puede ser.

LEONARDO

Será.

EVANGELINA

Aquello....

LEONARDO

Aquello fue una tontería. La he expiado ya.

EVANGELINA

¿Quién me garantiza que ahora?....

LEONARDO

Leonardo.

EVANGELINA

Leonardo garantizó antaño.

LEONARDO

El Leonardo de antaño era un chiquillo.

EVANGELINA

No.... no quiero, aquello pasó, debe pasar.

LEONARDO

Tu padre lo quiere....

EVANGELINA (*Asombrada*)

¿Mi padre?

LEONARDO

Tu padre, acabo de estar con él.

EVANGELINA

No puede quererlo.

LEONARDO

Y ¿por qué no? Es grande, lleva una pena en el alma. El polvo de la vida ha blanqueado sus cabellos más de lo regular, sus ojos se pierden, las lágrimas derramadas han ido desgastándolos poco a poco, cada gota retrata en su cristal una imágen de este mundo, y cada imágen perdida en ellas es una imágen menos en su vista. Que esos ojos vean antes de cerrarse un cuadro de felicidad. Que te vean dichosa, Evangelina....

EVANGELINA (*Conmovida*)

Leonardo.... padre.

LEONARDO

Es bueno.

EVANGELINA

No puede ser.... Leonardo.... no puede ser.... aquello.... no puede ser....

LEONARDO

Lo fue.

EVANGELINA

Antes.

LEONARDO

¿Por qué no ahora?

EVANGELINA

No, ahora no.

LEONARDO

Te necesito.... para triunfar, para vivir.

EVANGELINA

Para eso sólo. Eso es egoísmo.

LEONARDO

El triunfo es amor.

EVANGELINA

Si para eso sólo.....

LEONARDO

Para querer....

EVANGELINA

Para querer, sí.

LEONARDO

Ahora ven, sintamos la poesía del querer en la luz de las estrellas, en el terciopelo de la noche. Todas ellas nos dicen: ¡quiere, sufre, ama, triunfa! Vivamos, Evangelina, seamos buenos. El amor es bondad, el cariño dulzura.

EVANGELINA

Has triunfado tú.

LEONARDO

Ha sido difícil; pero era seguro.

EVANGELINA

¿Por qué?

LEONARDO

Porque eres buena, porque me querías, ¿no es verdad?

Mayo de 1914.

ANANKE

Para Don Francisco de P. Herrasti

Cayo Cornelio meditaba en su triclinio, muellemente reclinado en un lecho de bronce cubierto de púrpura de Tiro. El sol se ocultaba con majestad real, el último rayo del poniente arrancó vivos reflejos al casco de un Hermes escondido en la espesura de los jardines de Cayo, a lo lejos, en los del César, hacían compañía a los fugaces destellos de las luciérnagas la llamarada incierta de algunas antorchas. El Tiber, encendido en fuego, en antes, se tornaba en cinturón argentado por el mágico beso de la luna.

En la tristeza crepuscular Cayo Cornelio meditaba sin escuchar siquiera el melancólico canto de las cigarras ni convertir al cielo la mirada incierta, puesta en el confín lejano. No se dió cuenta del movimiento de los esclavos que acudían a encender las luces de la quinta. Los trípodes de bronce despedían suave perfume, el incienso de la Arabia se quemaba en ellos ascendiendo en espirales vagas a la altura. Los ruidos de la ciudad se apagaban en la paz inmensa de la noche. Destacábanse blancos y puros los pórticos, como ideales evocaciones de

la grandeza de un pueblo. Cayo Cornelio meditaba en esa grandeza. La paz señoreaba el mundo: las puertas del templo de Jano hablaban, en su clausura, de la tranquilidad del Universo. Las legiones de Roma se extendían por sobre la haz de la tierra en señal de dominio y vasallaje. La ciudad de ladrillo trocábase en ciudad de mármol por milagro portentoso de sabiduría y esfuerzo. Cayo Cornelio había contemplado con orgullo y deleite supremo la erección de templos y basílicas prez y honra de las divinidades tutelares, aquí el de Marte, ahí el de Júpiter, aquí la de Cayo, allá la de Livio; cómo surgían los pórticos cobijadores de las bellezas del Lacio, señoras de la elegancia y de la distinción; cómo en el teatro de Marcelo se representaban las más aplaudidas farsas de Plauto y de Terencio y en el Circo se disputaban el premio los maestros de la fuerza, gladiadores de Germania y reciarios de las Galias; cómo el pueblo mismo gozaba de sustento y diversión, y las bailarinas de Cádiz entretenían sus ocios con el milagro de sus danzas.

Roma era grande y de las cumbres de su grandeza dispensaba a vencedores y vencidos los favores de su liberalidad. Cayo Cornelio meditaba en sí mismo y reputábase satisfecho. ¿Qué ambicionaba él? Amigo, en sus mocedades, de los poetas, habíanle enseñado el camino de la belleza y del arte en sus versos, dulces y suaves, empapados en las mieles de la lengua en Virgilio, tranquilos, serenos, epicúreos en Horacio; había aprendido a amar en Ovidio, y en Tibulo a llorar sobre la superficie de

las cosas. Las provincias del Imperio brindábanle materiales exqisitos para la construcción de su quinta y el aprovisionamiento de su bodega: mármoles, Paros, Lesbos y Numidia; dorados arquitrabes el Himeto; cedro el Líbano; púrpura Sidón; mamparas y tapices Sérica y Persia; copas cinceladas Corinto y Placencia; mosaicos Pompeya. Su mesa era rica y variada; las selvas de Jonia y las riberas del Faso casa y pesca abundante le proporcionaban: dátiles la Siria; ciruelas el Egipto; Tarento y Venabre aceitunas; aceite Palestina; peras Pompeya, todo ello rociado con vinos delicados de Chipre, Másico y Falerno.

Esclavos tenía también para satisfacer sus necesidades y caprichos, desde el etiope fuerte y musculoso, hasta la bailarina de Cos, alada y grácil como figura de Tanagra. Alsinoe, la más hermosa de todas ellas, introdújose en la estancia en que reposaba su señor, los pies calzados de ricas sandalias, apenas hollaban el pavimento, las líneas del peplo armoniosas y puras, cubrían graciosamente las formas de la esclava griega que, arrodillándose a los pies del lecho, sobre la piel extendida de un auroch de la Auvernia, dijo:

ALSINOE

Señor, perdona a la esclava si viene a interrumpir el curso de tus pensamientos, perdona si he entrado sin licencia en tu triclinio. El liberto Rufo me di-

jo que tal vez serían necesarios mis servicios, que estás triste, y que necesitas de mimos y de bailes que disipen tu tristeza.

CAYO

Esta tristeza es presagio de los dioses. Los dioses no me son propicios. La fatalidad se cierne sobre mí y se goza en sacrificar trágicamente a los de mi familia. La Iliria guarda las venerandas cenizas de mi padre. Las riberas del Lipa las de mis hermanos, muertos en las legiones de Varo. Las mías quién sabe donde reposarán presto.

ALSINOE

Las tuyas, señor; pero ¿quién piensa en la muerte cuando la vida le brinda sus más codiciados frutos, cuando el amor le hiere con sus flechas más delicadas? Deja que Eros aseste a tu corazón sus jaras de oro y que Venus te sonría, con la sonrisa aquella que debió tener al surgir de las ondas, graciosa como la espuma.

CAYO

Amor, Alsinoe ¿qué puede amar mi corazón ya cuando las hojas del otoño caen y los frutos empiezan a desaparecer?

ALSINOE

Amor existe siempre en el corazón de un patricio como tú, bello como Apolo. Las cortesanas de

Grecia y las doncellas de Lacio se disputarán una sonrisa tuya en el pórtico de Livia y una caricia en los jardines.

CAYO

Amé Alsinoe, en mis mocedades, de esos amores no queda ni recuerdo, desapareció para siempre como la estela de un trirreme en las ondas del Tirreno.

ALSINOE

Y ¿ahora?....

CAYO

Ahora no.

ALSINOE

¿Podrías amar....?

CAYO

Mi desposada será la muerte, Alsinoe. La barca de Carón me espera y bogaremos en la laguna Estigia.

(Las manos de Cayo Cornelio se crisparon sobre la toga).

CAYO

He tenido un sueño, Alsinoe, los sagrados augures no han sabido encontrar su secreto en las

rañas de las aves, los arúspices lo interpretan a su manera. Tú que has viajado por el Asia menor, discípula de los sabios de Alejandría y de los adivinos de Pérgamo, podrás sin duda dar con el recóndito sentido de mi ensueño.

ALSINOE

Habla, señor, tu esclava, que no debe hacer otra cosa que servirte, que te pertenece por entero, hasta la muerte, que desearía antes que la tuya y que ha sido presagiada ya también, no por un sueño, sí que por una realidad.

CAYO

Alsinoe, ¿qué dices?

ALSINOE

La realidad vence a los sueños.

La esclava griega besó las manos del patricio y en sus ojos azules, de azul prestado por el cielo purísimo de la Héllade, brilló una lágrima sutil y amarga como las linfas del Egeo.

ALSINOE

Habla, señor; pero antes bebe en esta copa, liba en honor de los dioses.

CAYO

Sea. ¡Por Cástor y Pólux, divinidades tutelares! Bebe tú conmigo Alsinoe, bebe en la misma copa. Que nos una el sacro prestigio de esta hora en una libación común.

ALSINOE

Como estaremos unidos más tarde.

CAYO

¿Por quién?

ALSINOE

Por el amor o por la muerte.

La esclava, en pie, se reclina junto a un trípode, mira al señor con mirada indefinible. La luna penetra en el impluvio, quebrándose sobre la superficie del estanque, en cuyo seno las murenas esperan los relieves del consabido banquete.

CAYO

Alsinoe, soñé que el mundo se aniquilaba a impulsos de una fuerza ciega y desconocida: los templos se desmoronaban; los palacios venían a tierra con singular estrépito; los ríos salían de madre; los mares se volcaban sobre la tierra; un resplandor de incedio quemaba las selvas de Germania y un destello de aurora asomaba por el Oriente. So-

ñé que el mundo espiritual se disolvía también, los manes de los muertos señoreaban por instantes. Los dioses desaparecidos para siempre. ¡Oh, dioses inmortales! ¿quién cree en vosotros? Soñéme perseguido como Orestes por las Furias.... Al dirigirme ahora a los Campos de Marte un cuervo se posó en mi puerta....

Alsinoe se acerca a Cayo, en sus manos brilla la crátera dorada de las libaciones.

ALSINOE

Bebe, señor, bebe, la casta Diana te dirige, desde lo alto, miradas de amor infinito. ¡Oh, hermana de Apolo, bella entre las diosas, arranca de la mente conturbada de mi dueño los sueños que la torturan! ¡Venus, diosa del amor, mira al corazón de tu siervo y dale fuerzas pará amar todavía sin pensar en la muerte!....

CAYO

Camino del Foro ví un corcovado, presagios son de mi muerte. Los arúspices dicen que debo hacer un sacrificio en aras de los dioses. Debería morir por mí la persona que más me ame en el mundo. Muerte por muerte.

ALSINOE

Y ¿quién será ella?

La esclava cae a los piés del lecho de su señor.

ALSINOE

Dime quien pueda ser y la buscaré aún en las entrañas de la tierra.

CAYO

No quiero morir todavía. Amo demasiado la grandeza de mi pueblo. Compraré su vida a precio de oro, con todos los tesoros del Oriente, las sedas de Sidón, le haré donación de lo más rico que poseo. ¿Quién será?

ALSINOE

Y si supiera....

CAYO

Dí, Alsinoe, dí....

ALSINOE

Sí, sí, ya sé....

CAYO

¿Quién es?

ALSINOE

Una esclava.

CAYO

Gente vil, Alsinoe, y ¿es de mi familia?....

ALSINOE

Bebe, señor, bebe. Bebamos por la muerte de la esclava.

CAYO

Muera sí, su vida me pertenece, su vida es despreciable. Que sea la víctima elegida. Estoy alegre ya, conforta el Falerno.

ALSINOE

¿Serías capaz de condenarla a muerte aún si la amaras?

CAYO

No he amado nunca a esclava.

ALSINOE

Condénala pues.

CAYO

Su nombre.

ALSINOE

Llama al lorario, graba la sentencia con el estilo sobre las tabletas enceradas, su nombre lo daré al encargado de cumplir la sentencia.

La esclava se puso en pie, blanca como el már-

mol de las estatuas que decoraban el triclinio, un sudor frío empapaba su piel, sus ojos contemplaban una visión lejana.

ALSINOE

Señor, una vieja del Transtevere me dijo no hace mucho que yo había de perecer en un sacrificio doloroso, la vieja del Transtevere me dijo que el amor se confundía con la muerte, que manos amadas dictarían mi sentencia, que mi corazón se brindaría en holocausto de amor, que lágrimas de sangre verterían mis ojos. Estoy presta. ¡Pálida Diana, hija de reyes nací en mi isla, sangre de héroes corre por mis venas, en servicio de los dioses emplee los mejores días de mi juventud; aprendí el secreto de los oráculos, el misterio hierático de las danzas; por mi cuerpo ha corrido el calosfrío de las iniciaciones trágicas; el espíritu de Casandra me anima, profecía, adivinación del porvenir, misterios de Eleusis, ritos del Asia Menor. He aquí que viene a morir Alsinoe en el palacio de un señor de la señora del mundo. ¿Qué eres tú bailarina de Cos, qué eres tú sino una rosa arrancada en los jardines de tu tierra para coronar a un vencedor?

Cayo Cornelio bebía en la crátera de oro cada vez más. Llamó al lorario y sobre los tabletas enceradas grabó una orden. Hizo venir músicos, y la flauta de los jonios confundió sus sonidos con el sistro de los egipcios. La bailarina de Cos tejió una danza misteriosa y hierática. Sus piés apenas

herían los mosaicos del pavimento; su mirada se perdía en el infinito; un temblor agitaba su cuerpo; sus brazos desnudos se elevaban a lo alto en suprema deprecación. La elegancia de sus movimientos, la gracia de su ser, adquirían realce en el arcano de aquella danza. Danzó mucho tiempo, danzó hasta que los músicos, cansados, abandonaron los instrumentos, danzó hasta que el patricio, harto de beber, dormía en el lecho de bronce cubierto de púrpura de Tiro, danzó hasta que su alma no era ya de este mundo, que en el misterio de su danza halló fuerza para finiquitar el sacrificio, danzó hasta que, rendida, se dispuso a entregarse en brazos de la muerte cumpliendo los augurios de los arúspices y de la vieja del Transtevere, danzó hasta que su amor quintaesenciado encontró en lo sobrenatural fuerza para dormir plácidamente en brazos de Carón. El coronamiento de su danza fue un beso, un beso en que se escapaba una vida, depositado sobre la frente hermosa y apolínea de Cayo Cornelio....

A la mañana siguiente, el patricio contemplaba sobre una cruz en forma de Y el cuerpo blanco y desnudo de la esclava. Pasaron como pesadilla las visiones de la noche. En la carne de Alsinoe, notábanse las últimas palpitaciones de la vida, sus ojos miraban al cielo y en los labios de la griega creyó descubrir Cayo Cornelio una sonrisa prestada por las Gracias. En sangre mojó el patricio la fimbria de su toga, y besó esa sangre, y una ter-

nura infinita estrujó su corazón, dos lágrimas fueron a perderse en las aguas de un estanque cercano donde bogaban los cisnes. Cayo Cornelio reputó bueno el presagio de su sueño, el fin de un mundo así, y elevando los ojos al cielo, contraídos los músculos de la faz, apretados los puños, vió solamente un alción blanco camino de Grecia....

México, octubre de 1916.

POR QUÉ SON ASÍ.....

ACUARELA

ESCENA: Una sala como hay muchas en nuestras mansiones aristocráticas: ajuar Luis XV entreverado de muebles de todos los estilos y de procedencia distinta, un bazar de chucherías, desde el tibor chino, hasta la estatuita de porcelana de Sévres y la figulina de bisquit; colgaduras pesadas en los balcones, restos del menaje antiguo de aquella sala, muy rancio, muy serio, quizá muy bueno que fue sustituído por los muebles *derniere cri*, según capricho de la señorita de la casa, muñeca rubia que acaba de abandonar a las madres del Sagrado Corazón. Retratos en las paredes, cuadros místicos, junto a naturalezas muertas y tiestos de flores que ha pintado la niña con la ayuda eficaz de su maestra. Un piano cubierto con un mantón de Manila. Toca la señorita una romanza de Tosti.

PERSONAJES:

LA ABUELA.—Paralítica, sentada en un sillón monjil, recostada en muchedumbre de almohadones, cubierta con una tilma, sueña en sus buenos tiempos, en aquellos en que fuera dama de honor de la Emperatriz Carlota y abomina de éstos de revolución y democracia. Un rosario se enrosca en su diestra y el Kempis yace entreabierto en sus rodillas.

LA SEÑORA.—Tipo arrogante, aristocrático, fue amiga de Carmelita Romero Rubio y frecuentó, como su madre, si nó la corte de una emperatriz, sí la de una «presidenta» que hubiera aspirado a serlo. Atiende a las amigas en el estrado con exquisita cortesía. *Savoir faire* aprendido en la Legación de México en Francia.

LA NENA.—Es la que acaba de salir de las Damas de Sagrado Corazón, no es un talento precoz, que cumple ahora los dieciocho años y la han ido a visitar sus amiguitas de colegio.

UNA AMIGA RESPETABLE.—Conversa con la abuela y con la señora.

AMELIA, COTI Y LILI.—Amiguitas de la nena destrozan a todo el mundo y charlan de sus novios en el balcón.

DON LAURO PERENCEJO.—Corteja a las damas y «se muere» por todo lo que dicen ellas. Es calvo, ventrudo, podría ser un banquero científico.!

COMPARSAS.—Las visitas que forman corrillos en el salón. Han estado escuchando la romanza. Al terminar aplauden y se deshacen en cumplidos.

En el Estrado

LA AMIGA RESPETABLE

Es una monería su hijita.

LA SEÑORA

Favor que usted le hace.

DON LAURO

Toca admirablemente el piano.

LA SEÑORA

Hemos querido que aprenda lo suficiente para no hacer mal papel en sociedad. Una señorita que no sabe tocar el piano, bordar y hablar francés, no es una señorita.

DON LAURO

Debería usted decir inglés. Estamos tan cerca de nuestros primos.... que la fatalidad histórica nos hará atravesarnos en su camino, de progreso, de civilización. ¡Oh, la fatalidad, que hace que los peces grandes se coman a los chiquitos, que el grande venza al débil, que el civilizado domine al bárbaro, porque en cuestión de civilización andamos a la altura del betún.... Para ganarse la vida, nuestras señoritas necesitan aprender el inglés....

LA SEÑORA (*Con profundo desdén*)

¡Ya! Eso será bueno para las señoritas de cierto pelo, las que han menester andar en despachos y oficinas, para mi hija, no....

DON LAURO (*Solícito*)

Perdone usted, yo no pretendí semejante cosa, razón le sobra a usted. Las señoritas de cierto pelo ¡puah! Yo hablaba del inglés desde el punto de vista internacional, de conveniencia futura, como medio civilizador de un pueblo bárbaro.

LA ABUELA

Más bárbaro desde que, abandonando el recto camino de la moral y del bien, ejerce eso que llaman ¿cómo? la demo....

DON LAURO

La democracia. La democracia, palabra que tiene un significado recto y preciso desde la más remota antigüedad: el gobierno del pueblo por el pueblo. En Grecia se practicaba en el siglo de Pericles, ahora los Estados Unidos son su mejor campeón. Cuando yo estuve en Kansas...

LA AMIGA

¿Y borda su niña tan bien como toca el piano?

LA SEÑORA

Manos de hada tiene la pequeña. ¡Rosa, Rosita!

LA NENA

Mamá.

LA SEÑORA

Trae a nuestra buena amiga los bordados que has hecho en el colegio.

DON LAURO

Yo me muero por los bordados que hacen las señoritas que bordan bien, la habilidad manual me cautiva, el talento de las mujeres está en las manos. Cuando estuve en China....

LA AMIGA

Pero ¿es que usted ha recorrido todo el mundo?

DON LAURO

Me muero por los viajes. He viajado por las cinco partes del mundo, digo, cuatro, o mejor dicho tres, porque con África y Oceanía no me he atrevido. ¡Son tan salvajes!

LA SEÑORA

Don Lauro le tiene miedo a los caníbales.

DON LAURO

No, eso no, tendría sumo gusto en ver una escena de canibalismo. Debe tener un banquete así cierto *cachet* especial. Yo me muero por los *cachets* especiales. Lo exótico, lo raro, he ahí el quid.

LA NENA

(*Orgullosa muestra sus bordados*)

Aquí tiene usted, señora.

LA AMIGA

Que primor, acérquese don Lauro, acérquese.

DON LAURO

¡Qué maravilla de amapolas!

LA NENA (*Un tanto corrida*)

Si no son amapolas, que son claveles.

DON LAURO

Son de la familia, son de la familia. Este es un nardo. ¡Oh, los nardos! Me muero por los nardos.

LA NENA

Que son azucenas, don Lauro.

DON LAURO

Decididamente yo no entiendo de la misa la media. Yo me moriría por entenderla. Yo supongo que todo esto será para....

LA NENA (*Ruborizándose*)

¡Oh, no....!

LA ABUELA (*Al quite*)

Estos son manteles del altar que le encomendaron en el colegio que bordara. Mi nieta sabe que

las cosas del mundo son cosa de nada, humo, paja. Los imperios vienen a tierra con la facilidad de un castillo de naipes. Quien haya conocido como yo al Emperador, en su apogeo, en su gloria, bien puede decirlo y comprobarlo. Vanidad de vanidades, todo vanidad. Si el menos estos tiempos fueran como los míos.

DON LAURO

Pero ¿es que Rosita va a meterse a monja?

LA SEÑORA

Dice que su vocación es muy grande.

DON LAURO

¡Oh! yo me muero por las monjas.

LA ABUELA

No diga usted herejías

DON LAURO

Quise decir: por los dulces que hacen las monjas. ¡Son tan regalados!

LA AMIGA

¿Tendrás valor, Rosita?

LA NENA

Dice mi mamá que es el camino que tengo señalado.

LA SEÑORA

Es preferible, amiga mía, perderlas para siempre en un convento, que verlas casadas con un hombre de los de ahora, tan groseros, tan ordinarios, tan mal educados. Para casarlas, un extranjero. Un francés sería mi ideal, si me apuraran mucho un americano.... esto tendría sus dificultades, dificultades internacionales diría don Lauro.

DON LAURO

Yo me encargaría de solucionarlas.... Digo, yo me encargaría de evitarlas, digo.... pero yo no sé lo que digo.

LA AMIGA

¿Y profesará en México?

LA ABUELA

¿En este país de herejes? ¡Cuando!

LA SEÑORA

Tenemos parientes ricos en Cataluña o en Francia, en París, sabe usted, y ellos se encargarán de buscarle acomodo.

LA AMIGA

Y ¿en qué orden?

LA SEÑORA

No nos decidimos todavía. Es lo de menos.

DON LAURO

Que no se olvide la monjita de mandarnos dulces, yo me muero por los dulces de las monjas.

LA AMIGA

Pero usted se muere por todo.

DON LAURO

Verá usted, alguna vez estuve a pique de morirme por algo.

LA SEÑORA

¿Cómo?

DON LAURO

La historia es larga.... Cuando estuve en Biarritz....

(*En el balcón. Amelia Coti y Lili*)

LILI

Se han fijado en la calva de don Lauro.

COTI

Usaba peluca antes.

AMELIA

Bisogné.

LA NENA (*Entrando*)

¿Se murmura?

AMELIA

Un poco.

LA NENA

Ya saben que es pecado murmurar.

COTI

Adios, tú, conque el padre Jacinto nos dé de penitencia un padrenuestro está todo perdonado.

LILI

¿Qué se decía por allá?

LA NENA

Se hablaba de mi profesión.

COTI

¡Cómo! ¿La han tomado en serio?

LA NENA

La abuelita no sueña en otra cosa.... Me mandarán a Francia.... Oigan.... ¿Y no han visto nada....?

LILI

¿De qué?

LA NENA

Pues ¿para qué están?

COTI

¡Ah, vamos!.... no, no ha venido.

LA NENA

Cómo tarda, carambas, la de siempre.

LILI

¿Te mandó algo?

LA NENA

Sí, aquel ramo que está sobre el tibor.

LILI

¿No se enteró tu mamá?

LA NENA

No, que para ella fue un regalo de mi tía Cuca.

COTI

¿Y si se enteran?

LA NENA

Tía Cuca está en el secreto.

LILI

¿Ella sí lo quiere?

LA NENA

Ya lo creo, si es su ahijado.

COTI

Y tu ¿le quieres?

LA NENA

Te diré, quererle.... así, así....

LILI

Entonces....

LA NENA

Hubiera preferido a su primo, que monta tan bien a caballo.

COTI

Si es así.

LA NENA

La desventaja de no poder declararse uno a los hombres.

(Suena a lo lejos la campanilla del teléfono, corre la Nena al aparato.)

Minutos después,

En el Estrado

LA SEÑORA

¿Quién llamaba, Nena?

LA NENA

La madre Concepción que me envía muchos recuerdos.

LA ABUELA

¡Pobre madre, acordándose siempre de nosotras!

En el balcón

LA NENA

Que no puede venir hoy, que está muy ocupado. ¡Qué rabiosa me pongo!

COTI

¿Hablaste con él?

LA NENA

Sí.

LILI

¿Y si tu mamá lo sabe?

LA NENA

No somos tontos: pidió el número la tía Cuca.

TELÓN

México, agosto de 1917.

CAMINO DE PERFECCIÓN

Tríptico de la vida de la Madre Juana Inés de la Cruz del Convento de Santa Paula, Orden de San Jerónimo

Para Don Antonio Caso.

CUADRO PRIMERO

Sin dar asenso a ridículas invenciones, ni forjar novela alguna ofensiva a su decoro difícil era que, con tales condiciones dejase de amar y ser amada.

MENÉNDEZ Y PELAYO.

En un camarín del palacio de los Virreyes de Nueva España, adornado con muebles ricamente tallados que ostentan el escudo de Don Antonio Sebastián de Toledo, Marqués de Mancera, y candelabros de tumbago venidos de Macao, la doncella Juana de Asbaje y Ramírez de Cantillana, dama de honor de la Virreina, contempla, a través de los vitrales del balcón que da a la plaza principal, el paso de la mascarada que el Claustro y alumnos de la Real y Pontificia Universidad de México han organizado para celebrar dignamente la fiesta del Corpus del año del Señor de 1667, cuando la distrae de su contemplación la entrada del Padre Antonio Núñez de Miranda.

EL PADRE

¿Qué hace Juana aquí, separada de la Corte de la señora Virreina Marquesa de Mancera? La han ido a buscar inútilmente por los camarines de Doña Leonor, por los jardines de Palacio y aun por el salón de comedias.

JUANA

Y ¿pensaban encontrarme en esos sitios?

EL PADRE

En los jardines ¿por qué no? Eres inclinada, Juana, a conversar con las flores y a confundirte con ellas, que igual perfume exhala una azucena que una doncella de diecisiete años, educada en el santo temor de Dios y en el amor al prójimo más acendrado. En el salón de comedias también: eres aficionada a tal divertimiento. D. Alonso Ramírez de Vargas hablaba conmigo, no ha mucho, de la singular predilección que tú tienes por las comedias y Don Alonso, ya lo sabes, es el mejor trazador de farsas que ha nacido en el Virreinato.

JUANA

Muy atrás deja su reverencia al venerable Fernán González de Eslava, a Don Arias de Villalobos y a nuestro Juan Ruiz de Alarcón, amado singularmente por las musas que juegan en las riberas del Manzanares.

EL PADRE

La señora Virreina se ha quejado conmigo de tu comportamiento. ¿A qué ese despego, a qué ese retraimiento, a qué ese huír constante de tus compañeras para encerrarte a solas en tus habitacio-

nes o vagar por el jardín. Alguien te ha visto sentada en los bordes de la fuente de Palacio, a la hora en que dan las oraciones todos los templos de la Ciudad, mirando al remate de la columna, con ansias como de darle vida al caballo que la corona, para que partiera en carrera veloz y desatentada a lo alto.

JUANA

En Pegaso quisiera convertirlo y cabalgar en él por regiones ignoradas.

EL PADRE

Doña Leonor me dijo, asimismo, que esta mañana, en la solemne función de Catedral, no estuviste en cuerpo y alma.

JUANA

¿Quién lo notó?

EL PADRE

Alguna doncella de la Virreina.

JUANA

Que tampoco estuvo en cuerpo y alma, puesto que reparó en cosa que de tan poco provecho para la suya era.

EL PADRE

No presenciaste desde el balcón de Palacio la solemne procesión.

JUANA

Pero víla desde aquí y sola pude consagrarme más holgadamente al servicio de su Divina Majestad.

EL PADRE

¿Qué tienes, Juana? En la Corte se murmura.

JUANA

¿Qué no se ha de murmurar en la Corte, Padre, si en cada piedra de la Ciudad hay un malsín que pregona a los cuatro vientos sus embustes? ¿si cada dama de honor de la Virreina, paje, dueña o rodrigón, tiene dentro una hucha en que va guardando todos los malos pensamientos y los juicios temerarios para volcarlos prestamente donde primero cae, inficionando el ambiente de estrados, salones y claustros y disipando, en los jardines, el perfume de las flores. ¿Por qué huyo? Para que la pestilencia de la murmuración no me contamine, no me manche, para que el demonio de la mendacidad no hinque en mí sus garras, por eso, Padre Núñez, me aparto de la Corte, me encierro en mí misma y trato de vivir mi vida y no la vida que quieren los demás.

EL PADRE

Si es así, no tengo que decirte nada. Alabo tu discreción; pero, paréceme a mí que no es esa la causa de tu retraimiento. Dime, Juana, ¿ambicionas tú algo? ¿Qué puedes desear, criatura? Eres hermosa. Dios se ha complacido en poner en tí los atractivos que más puede codiciar mujer ninguna: te ha adornado con la virtud de la discreción que en sí vence y domina a todos los atributos físicos por excelsos y particulares que estos sean. Te ha dado, además, un entendimiento privilegiado. El Bachiller Martín de Olivas se maravilla de la presteza conque deprendiste la lengua latina. En veinte lecciones has hecho tú lo que en varios años graves varones han cumplido, después de una aplicación constante. Cuarenta teólogos, escriturarios, canonistas, físicos y poetas te examinan un día de las más árduas cuestiones y las desentrañas tú con un primor, con un desenfado, con una precisión que envidiarían de buen grado los bachilleres de la Universidad.

JUANA

Bien sabe Dios, Padre, que en esa vez «quedé con tan poca satisfacción de mí, como quedaría si en casa de la maestra hubiera bordado con más curiosidad el filete de una vainica.»

EL PADRE

Eres la doncella predilecta de Doña Leonor María de Carreto; tienes ante tí un porvenir brillante, una gloria futura, si enderezas tus pasos hacia las fuentes de salud y de vida.

JUANA

Y ¿de qué sirve eso, Padre Núñez, si no se tiene lo que se ambiciona, lo que se desea ahincadamente, lo que se ama con fervor?

EL PADRE

Luego ¿es cierto lo que se murmura en la Corte?

JUANA

Le juro a vuesamerced que no son locos devaneos, que mi corazón es todo fuego que consume, hoguera que abrasa, llama que aniquila, principiando por consumir, abrasar y aniquilar mi propio ser.

EL PADRE

Juana, Juana, no te dejes llevar por la fantasía, ni arrebatar por tu natural fogoso y apasionado.

JUANA

¡Qué son belleza, talento y discreción si todas tres juntas no son poderosas a dar vida al mármol

ni movimiento a la piedra! No parece sino que mi ánima, lejos de comunicar fuego y vida a lo que la rodea, extienda frialdad de hielo que todo lo congela y paraliza.

EL PADRE

No has nacido tú, Juana, para disfrutar la felicidad engañosa y pasajera que satisface a las mujeres y a los hombres vulgares. Naciste en un aposento apellidado «la celda», ve en ello un signo providencial, una muestra de la voluntad divina, para que encamines tus pasos hacia una celda. Tienes tal inclinación a la poesía, que hablarías en verso a no impedírtelo las trabas de una conversación cotidiana, siempre prosaica, de continuo vulgar. La poesía eleva a Dios y la armonía de su ritmo se presta al cántico celestial, al himno entonado en loor de la Divinidad sacrosanta que es una y trino, sin principio ni fin.

JUANA

Pobre y sin vuelos me siento, Padre, para remontarme a las soberanas cumbres que vuesamerced señala a mi amor. En Pegaso quisiera convertir al caballo de la fuente de Palacio para que prestamente me arrancara de este mundo, llevándome por parajes desconocidos de luz, de amor, de verdad, lejos, muy lejos de la incomprensión de los hombres y de las mujeres, que mi amor, vinculado en un hombre....

EL PADRE

¿Quién?

JUANA

Para qué decirlo. Que mi amor, vinculado en un hombre, tomara prestado un poco de su serenidad a las estrellas, de su inmutabilidad a los astros, de su claridad al firmamento, que purificándose, enalteciéndose, se vinculara en algo más alto que una miserable criatura que sólo mira a la tierra y de la tierra vive.

EL PADRE

Juana, los hombres te ven demasiado alto y tienen miedo a la claridad de la luz. Les asombra el talento, la bondad, la belleza misma está fuera de su comprensión. Tú inspirarás amor, sí, pero no el que ayunta a las criaturas, que es bajo, mezquino y carnal, sino el amor con que se mira a los séres superiores, mezcla de reverencia, de admiración y de pasmo. Las mujeres como tú serán siempre incomprendidas, en el hombre habrá el temor de llegar a ellas por el temor de que sean superiores a él y primen en la consideración de sus semejantes. Tu amor tampoco será apreciado, porque pones en él tu alma toda, porque está formado con todo lo más noble, lo más selecto y puro de tu ser, porque hay en él una brizna de ese *quid divinum* que la Providencia ha puesto en tí.

JUANA

Sí, Padre, sí.

EL PADRE

Entonces, ¿qué haces que no vuelves la vista al que es supremo Amor? ¿qué haces que no enciendes la antorcha de tu fe, de tu esperanza y de tu caridad a los piés del que es fuente de estas tres Virtudes.

JUANA

Siento el ímpetu del águila con ansias de volar. Mi espíritu apresado en la frágil y delicada condición de mi sexo, no podrá hallar nunca holgada libertad para ser lo que siempre ha soñado, para amar lo que ha amado siempre. Varias veces ha devanado mi cabeza las ideas que vuesamerced ha presentado a mi consideración....

EL PADRE

En la soledad del Claustro meditarás los misterios de nuestra sacrosanta Religión y hallarás fuerza para caminar por el sendero de la virtud, sembrado, es verdad, de espinas y abrojos; pero que conduce a la mansión celestial de las bienaventuranzas eternas. Tu alma, que ahora reboza ternura y pasión, florecerá como un lirio o como un nardo a los piés de Jesús. Amarás al mundo y a los hombres y no sentirás el dardo que hiere, ni la

espina que punza, hallarás fuerza en todos los dolores, valor en todos los tormentos, bálsamo para todas las heridas.

JUANA

¿Y si soy tibia? ¿si el ansia de vida que me atormenta, si la sed de ternura que me consume, si el hambre de consuelo que me devora, no las acalla mi entrada al Claustro?

EL PADRE

¿Quién que se ha acercado a las fuentes vivas de la caridad y el amor a Cristo no ha encontrado la triaca de sus dolores? Él es, Juana, el manántial de todo consuelo. Acerca tus labios sedientos a su corazón y presto los sentirás humedecidos por la sangre preciosa que le brotó del costado. Sangre de redención fue ella que hizo nacer el lirio de la caridad en medio de las espinas que cubrían los pantanos del mundo. Sé su esposa y su sierva.

JUANA

Soy débil, soy miserable mujer, que no ha hecho nunca nada para merecer el que Dios le permita acercarse a su trono.

EL PADRE

Has sufrido, tu corazón, adolorido, es joven y sangra ya. ¿Qué más merecimiento para acercarse

a su Divina Majestad que el haber sufrido? El dolor nos acerca a Dios. ¿Cuándo has visto tú que en los momentos de placer y de contento dirijamos la vista a lo alto para decir: «¡Gracias, Señor, misericordioso Señor, por estos momentos de gozo que proporcionas a mi ánima!» En trueco, en los instantes de tribulación, nuestras almas conturbadas se elevan a Él para decirle como el Hijo del Hombre le dijera un día a su Padre en el huerto de Getsemaní: «¡Padre mío, aparta de mí este cáliz de amargura!»

JUANA

Sí, Padre, sí.

EL PADRE

Estudiarás, en el Claustro, en el libro de los libros, no te atormentarán los cuidados cuotidianos, no tendrás la resposabilidad de una madre ni los menesteres de tus hijos te apartarán de la contemplación de las bellezas puras que han sido creadas para los que saben ver.

JUANA

Sí, Padre, sí. Oyendo hablar a vuesamerced, siento que algo renace en mí sobre todas las ruinas y todos los desengaños. A veces creo que nuestra alma tiene, por momentos, los atributos de aquella Ave Fenix, en que creían los antiguos.

EL PADRE

Mira ahí a las multitudes, han presenciado, a pleno sol, sobre ese tablado, la representación de uno de los misterios más caros de nuestra Religión y seguirán siendo, mañana, tan malas como ayer y como hoy. Oye, hasta nosotros llega el bullicio de la Corte, que es farsa, oropel y pecado.

JUANA

Si pudiera entrar en religión, si pudiera consumirme en amor, poner todo el que florece en mí en algo celestial, olvidar lo terreno, cantar desde el fondo de mi celda al ausente en dulces reclamos de pasión y ternura, esperar su visita con expectación, consagrarme a la conquista del Bien supremo con sacrificios, con sangre; llenar mi corazón con todos los sonidos y armonías del mundo, mis ojos con todas las visiones celestiales, mi espíritu con las delicias inefables de amar al Amor de los Amores.

EL PADRE

Bastará una sola palabra tuya, bastará que lo llames desde el fondo de tu ser, que Él acudirá en seguida y morará dentro de tí y tendrá contigo los más suaves coloquios.

JUANA

Soy miserable.

EL PADRE

Tienes fe.

JUANA

Soy pobre.

EL PADRE

Él es la riqueza suprema.

JUANA

¿Si me sintiera con fuerzas....?

EL PADRE

Él es la fortaleza y la Vida.

JUANA

¿Si tuviera valor para desasirme del mundo?

EL PADRE

En el Salón de comedias presenciarás esta noche la representación del auto sacramental de Don Pedro Calderón de la Barca: *El Gran teatro del Mundo* deprenderás en él, que el Universo es feria de vanidades, que todo es tramoya, y nosotros infelices actores que venimos a él para representar nuestro papel, esperando de Dios, el Supremo au-

tor, el premio o castigo del acierto de nuestra representación. ¡Ludibrio para aquel que no entienda su personaje!

JUANA

¿Si pudiera yo recorrer las siete moradas de mi castillo interior como Santa Teresa y amar a Jesús como lo amó ella y vestir el hábito de la Virgen del Carmelo?

EL PADRE

Don Pedro Velázquez de la Cadena, vecino rico de la Ciudad y singular protector tuyo, se allanaría de buen grado a constituir dote a tu favor. Los gastos de la fiesta del desposorio de la doncella Juana con su Creador, correrían de mi cuenta.

JUANA

Gracias, Padre Núñez.

EL PADRE

Las santas madres carmelitas descalzas del convento de San José te recibirían gozosas. Una sola palabra tuya y la Corte se llenaría de contento, los ángeles se colmarían de gozo y las potencias celestiales de alegría.

JUANA

Alegría, la que debe llenar mi corazón. Rompo para siempre con todos los amores del mundo, con todas las pompas y vanidades de la vida, quiero consagrarme al estudio, al aprendizaje de todo aquello que enderece mi alma a la contemplación de Dios y al santo Amor al prójimo.

EL PADRE

Las campanas de Catedral tocan el «angelus», Juana, roguemos a la Madre de Dios que mantenga firme tu santo propósito de amar eternamente a su Hijo.

¡Dios te salve María....!

La mascarada ha pasado, piérdese en las calles el sonoro redoblar de atambores y atabales, el clangor de clarines y trompetas y las tristes modulaciones de las chirimías. La muchedumbre se arremolina en la Plaza. Se encienden luminarias en los puestos de comestibles y refrescos. Se prenden, a lo lejos, los farolillos de variados colores en los balcones. Un regimiento de alabarderos del Virrey dispara una salva de artillería.

CUADRO SEGUNDO

«Despegue el corazón de todas las cosas, y busque y hallará a Dios».

SANTA TERESA.

En una celda del convento de San Jerónimo, ante una escribanía de caoba primorosamente tallada, frente a un tintero de plata coronado de plumas de ave, con la diestra sosteniendo la cabeza hermosa y gallarda y la siniestra jugando con las cuentas del rosario, Sor Juana Inés de la Cruz, Juana de Asbaje y Ramírez de Cantillana en el siglo, leía ahincadamente la *Epístola a Gaudencio*, en en un tomo de las obras del padre San Jerónimo, patrono de aquella santa casa, cuando a las puertas de la celda alguien llamó discretamente con los nudillos.

LA MONJA (*Con voz argentina*)

Pase, hermano.

(*En el vano de la puerta se dibuja la figura del padre Antonio Núñez de Miranda, envuelta en los amplios pliegues del manteo.*)

EL PADRE

Ave María Purísima.

LA MONJA

Sin pecado concebida. Pase, padre Núñez, y tome asiento. Permita su reverencia que despoje a esta silla de las bujerías que la embarazan.

EL PADRE

La madre Juana rodeada siempre de libros y de cosas de estudio.

LA MONJA

Qué quiere vuesamerced, padre, si los libros han sido siempre mis amigos más fieles.

EL PADRE

No diga eso la madre Juana, que tanto en esta santa casa, como en el mundo, tiene amigos que la aprecian y estiman en su verdadero valimento.

LA MONJA

Mucho agradezco, y profundamente obligada estoy por la bondad de esos amigos, que la amistad que dispensan a esta pobre monja, fruto es de esa bondad que no de mis merecimentos.

EL PADRE

Hace bien la madre Juana en ser humilde.

LA MONJA

¡Qué más quisiera, padre, que serlo, y qué lejos estoy de merecer ese dictado!

EL PADRE

Nunca se está lejos de lo que se busca con ahinco. Trabajo cuesta ascender por el camino de la perfección; pero a su cabo puede llegarse con sólo la voluntad de intentarlo, la fe en Dios, que todo lo puede y el aborrecimiento de las cosas del mundo, de las pompas y vanidades de la vida, para consagrarse a Aquel que es vida de por sí, fuente y manantial de toda ella, norte del entendimiento. Deje la madre Juana las ligas que la atan con el mundo, lea en ese libro abierto, escrito con caracteres de sangre y de amor que se llama Jesucrito, y será humilde y será santa, que es lo que le desea y no otra cosa este pobre sacerdote y capellán.

LA MONJA

Desde la carta de *Sor Philotea de la Cruz* he buscado con más ahinco que nunca, con más ardor que jamás, leer en esos caracteres que vuesamerced muestra a mi estudio, y cada día que mis ojos pecadores se dirigen al libro, ¡qué distante se encuentra la monja de su modelo!

EL PADRE

Es por que la madre Juana se ha aplicado al aprendizaje de las cosas profanas. Se pasa las noches de claro en claro conociendo de letras del hombre, de cosas de la tierra.

LA MONJA

Mire su reverencia que no sólo letras humanas aprendo: ahí está el doctor Angélico que no me dejará mentir; allá el obispo de Hipona, que confirmará mi dicho; aquí, sobre la escribanía, la obra de mi muy amado padre San Jerónimo.

EL PADRE

Yo no digo que la madre Juana se aplique solamente al estudio de los autores profanos. Las trompetas de la fama pregonan a los cuatro vientos la profunda erudición de la madre jerónima en las Santas Escrituras y su conocimiento de las obras de los Santos Padres; pero no puede negarme tampoco que las cosas del mundo han atraído sus miradas con grande insistencia.

LA MONJA

No lo podría yo negar.

EL PADRE

La madre Juana lo ha confesado siempre. Cuando aquella priora, «muy cándida y muy buena,»

le prohibió la lectura de libros, por creer que el «estudio era cosa de Inquisición», cómo se aplicó a desobedecerla abriendo a sus ojos el libro inmenso de la Naturaleza.

LA MONJA

¿Fue aquello ocasión de pecado? ¿No en ese libro se puede aprender a amar y a servir a Dios más que en otro ninguno?

EL PADRE

Si siempre lo hiciera así la madre Juana, nada tendría que reprenderle. El libro abierto de la Naturaleza nos hace adorar de continuo a su creador. La belleza de las criaturas que han nacido de su mano, nos lleva a estimar lo inmenso e infinito de la bondad y sabiduría profunda del Señor.

LA MONJA

Su paternidad ha estado reñido siempre con los libros que colman los plúteos de mi librería.

EL PADRE

No es que esté reñido con los libros; lo que le he dicho siempre a la madre Juana, es que su lectura constante y reiterada la distrae de la observancia de la regla; le enajena de tal suerte los sentidos,

que la predispone al error. El pecado de soberbia, madre Juana, es el que disgusta más a Dios y fue el que precipitó del cielo al ángel rebelde.

LA MONJA

Su reverencia considerará que no tomo la lectura por tal.

EL PADRE

Recuerde la madre Juana cuando llamó tonta, irrespetuosamente, a aquella santa monja, superiora del convento; recuerde también, que si la bondad del ilustrísimo señor don fray Payo Enríquez de Rivera, arzobispo de México, no hubiera sido tan grande, buena reprimenda habría llevado la que tan sin consideración reprochó a la priora. Y dígame la madre Juana: ¿qué ha sacado después de hojear tanto y tanto volumen? ¿Qué provecho ha obtenido de barajar muchedumbre de papeles? ¿Qué santo propósito al deleitarse con los cánticos del arpa? ¿Ha sido, por ventura, más buena al tener en los dedos uno de los instrumentos matemáticos o cosmográficos que embarazan la estancia? Quédense ellos para los hombres que los han menester en el ejercicio de sus profesiones o para el bien de la república; ellos que tienen de leer en las cátedras de la Universidad; de servir al Rey en la Audiencia o en los Reales Ejércitos; de levantar a Dios templos dignos de su gloria; de preservar a la ciudad de las inundaciones; de construir acueduc-

tos para abastecerla de agua; de conocer y descifrar, en los astros, las enfermedades que nos afligen y señalar la ruta de los cometas para preservarnos de las calamidades que la Providencia nos envía para castigo de nuestros pecados. Pero estudiar por estudiar, cosa debe ser para Dios de grande enojo, por inútil, perjudicial y nociva. Dedíquese la madre Juana a hacer penitencia por todos esos pobrecitos herejes que no conocen a Dios o que le desprecian. ¿No se blasfema de Él en muchas partes? Pues a pedir misericordia por esas blasfemias. ¿No se le ofende en diversas regiones del Globo habitadas por gentiles? Pues a impetrar el remedio de esas ofensas por medio de la oración. ¿Qué ha sacado la madre Juana de sus libros?

LA MONJA

Nada, nada.... El espíritu apresado en ellos no satisface su curiosidad nunca. Créame, padre Núñez, no es soberbia lo que inspiran. Cada día más ignorante que el anterior, menos sabia que la víspera. Un punto, una nada, un átomo perdido entre la muchedumbre de maravillas que la mano pródiga del Señor ha creado. Si antes he sido contumaz, si he desobedecido a mis superiores, si he desoído las voces de las personas doctas como su paternidad, ahora....

EL PADRE

Concupiscencia de la razón disfrazada de amor al estudio por malas artes del demonio. ¿No busca

la madre Juana una fruición interior, una voluptuosidad, más elevada que la de los sentidos; pero voluptuosidad al fin, al recorrer las líneas de esos pergaminos? Cómo se enoja cuando alguna inocente madre loa a Dios en la celda vecina por las notas de algún instrumento músico; cómo sale fuera de sí cuando alguna doncella, criada del convento, la hace juez dirimidor de sus contiendas domésticas con cierta dueña; cómo se irrita cuando las madres, sus hermanas, vienen a charlar con ella de cosas inocentes y buenas. Todo ello le impide un placer, un placer gozado con deleite y todo lo que divierte nuestros sentidos o nuestra razón de aquello que más los recrea, cáusanos enfado y pesadumbre.

LA MONJA

Padre Núñez....

EL PADRE

Créame la madre Juana: se quejan siempre de su carácter seco y arisco, y lo atribuyen a soberbia y a orgullo. No hay que dar motivo para que piense esto nadie. Puede ser pecado de escándalo, que así se principia, por cosas de nada.

LA MONJA

Esas palabras son las que han sonado siempre en mis oídos. Entré en religión, ya lo sabe vuesa-

merced, por encontrar en este estado ocasión más propicia de pulir y limar mi entendimiento.

EL PADRE

Y me holgara de no saberlo. En religión se entra única y exclusivamente por amor a Dios, amor que no bastardea ningún sentimiento humano, que es puro y limpio como las patenas.

LA MONJA

Porque en el convento podía servir a Dios mejor que en otro estado cualquiera. Ya sabe su reverencia lo que es ser mujer en el mundo, «pared blanca en la que todos quieren echar su borrón». La condición de casada no cuadra con mis deseos. Pecadora y mísera soy; pero Dios, que es infinitamente misericordioso y justo, ha de perdonar mi tibieza y negligencia, mi falta de fuego al servirle, que todas estas cosas tengo de remediar bien presto. Créame, padre Núñez: nunca que cierro un libro, dejo de hacerlo con enojo y pesadumbre; en parte, por la mísera y tonta que me considero al lado de los que tantas lindezas componen para gloria de Dios y provecho de los hombres y, en parte, porque no son poderosos a llenar esa sed infinita de saber y amar que atormenta mi entendimiento y mi corazón. Desgraciada fui en la corte del señor Virrey de Mancera al tropezar con la incomprensión y maledicencia de los cortesanos; torpe y mezquina aquí, la peor de todas las madres y «la peor del mundo» con pretensiones de entendida.

EL PADRE

Porque la madre Juana no ha convertido sus miradas a Aquel que remedia todas las necesidades del hombre; que en un momento de bondad infinita creó el cielo y la tierra en que vivimos y los astros que adornan el firmamento; que da de comer a las hormigas que hollamos con nuestra planta pecadora, luz a los insectos que pueblan los jardines en la noche, voz canora a las aves y perfume a las flores; porque la madre Juana no ha consagrado todo el amor que rebosa su corazón al que murió en la cruz por nosotros; porque no ha encendido su lámpara de suerte que brille sólo para Él y derrame claridad para los pobres y los menesterosos; porque ha sido egoísta, madre Juana; porque ha estudiado, y la ciencia es egoísmo. La ciencia hace feliz o desgraciado al hombre. Nuestros primeros padres quisieron saber, contra la voluntad de Dios, y desde ese punto y hora nos atormenta la maldición del Creador. Feliz el hombre que sabe para compartir esa sabiduría con sus semejantes, así el pobre como el rico, el bueno como el malo. Desgraciado del que estudia por afán de guardar y almacenar acervo de noticias peregrinas y extrañas, sin que dé fruto su aplicación: es árbol estéril, es madero seco, y recuerde la madre Juana la maldición de la Escritura....

LA MONJA

Yo he sido eso....

EL PADRE

No; el entendimiento y el corazón de Sor Juana son como rosales floridos: han nacido de ellos exquisitas flores que aroman el huerto de la poesía, sólo que han sido demasiado carnales.

LA MONJA

Han nacido del alma, padre Núñez.

EL PADRE

Del alma nacieron también los cánticos de David y de Salomón, del alma el himno de Débora y el de Moisés, del alma brotaron también los dulces acentos de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz, y todas esas voces se enderezan al trono del Señor, como el humo de los incensarios en los templos. Así se elevaba en en los sacrificios de Abel, en tanto que en los de Caín barría la tierra, se pegaba a la tierra.

LA MONJA

Y ¿qué he de hacer yo, pecadora de mí, al lado de las inteligencias iluminadas por los fulgores de la Gracia que vuesamerced me cita?

EL PADRE

Seguir su camino, pulsar su lira.

LA MONJA

Ahí están los villancicos consagrados a la Madre de Dios, ahí *El Divino Narciso.*

EL PADRE

Junto a las poesías amatorias y a *Los empeños de una casa*, que pronto correrán impresos.

LA MONJA

Bien sabe su paternidad que no he hecho diligencia alguna para que se den a la estampa.

EL PADRE

La señora Condesa de Paredes y Marquesa de la Laguna ha mostrado empeño singular en reunir esas flores, lo sé. Bien hayan ellas, ya que ninguna cosa contraria a la moral o a las buenas costumbres contienen.

LA MONJA

Primero cortaríame la mano derecha que escribir despropósito alguno contra la fe. Padre Núñez: ahora más que nunca he menester de sus consejos. Las palabras de su reverencia me han penetrado a lo hondo, como jaras finísimas del más pulido acero.

EL PADRE

Ahora, más que nunca, está la madre Juana en camino de salvar su alma; no diga como San Agustín: «un instante más,» sino ahora, ahora mismo. «Cuando un rayo de la luz de Cristo ha tocado un

corazón—dice San Paulino—renueva todo, los sentidos y el alma;» el alma de la madre Juana ha sido tocada por ese rayo, como lo fuera un día Saulo en el camino de Damasco.

LA MONJA

Mire su paternidad que estos libros son mis amigos, mis hermanos, mis consejeros; separarme de ellos sería arrancar pedazos de mi alma.

EL PADRE

Sacrificio es ese de poco momento si se le considera frente a la eternidad que nos está reservada. «Aflicciones de todo linaje nos apesadumbran....»

LA MONJA

«....mas toca a nuestra virtud conllevarlas hasta el puerto, es decir, hasta la muerte,» dice San Jerónimo; lo sé, Padre Núñez.

EL PADRE

Quédese la madre Juana con los libros de oración, deje los demás, que es vanidad de vanidades. Ya vuela su nombre en alas de la fama; ya se ha escrito con letras de oro en los fastos de la Colonia. Desde el señor Virrey hasta el último paje lo pronuncian con admiración. Venerables doctores se acuerdan todavía, con pasmo, de la doncella que,

según la atinada frase del señor Marqués de Mancera, «se desembarazaba de las preguntas, réplicas y argumentos, a la manera que un galeón real se defendería de las pocas chalupas que lo embistieran.» Éntre la madre Juana en sí misma, visite su corazón y lo hallará vacío; cólmelo de amor y caridad, y torrentes de gracia descenderán sobre ella, y alcanzará la gloria por los siglos de los siglos.

LA MONJA

Dirá vuesamerced a Don Carlos de Sigüenza y Góngora y al doctor Castorena y Ursúa y a todos los doctores y teólogos, sus conocidos, que la madre Juana Inés de la Cruz, del convento de San Jerónimo, vende su librería por si se interesan ellos en la compra de los volúmenes; repartirá su reverencia el dinero que se obtenga, entre los pobres del convento, entre los de la parroquia y entre los de la ciudad, prefiriendo a las viudas con hijas por dotar para el convento, que yo sólo quedo con estos tres libros de devoción. Remataremos, asimismo, los instrumentos músicos y matemáticos que llenan la celda, y en su lugar habrá cilicio y disciplinas. Me oirá su reverencia mañana, en confesión general, que tengo de rematarla con una protesta de adhesión y fidelidad a la Santa Iglesia, escrita con mi propia sangre.... y hasta mañana, Padre Núñez, que en la iglesia tocan a vísperas.....

CUADRO TERCERO

«*Enfermó de caritativa*».

P. CALLEJA.

La misma celda sin estantería, ni escribanía primorosamente tallada, ni libros, ni mapas, ni compases, ni cuadrantes. Un camastro humildísimo en el que reposa Sor Juana, demacrada y enferma; los ojos fijos en un crucifijo de marfil que cuelga en el lienzo de pared frontera al lecho. A los piés de la imagen, una lámpara parpadea próxima a extinguirse la llama por falta de aceite. En los conventos de la ciudad las campanas tocan rogativas; alguien llama con los nudillos en la puerta de la celda.

LA MONJA (*Con voz apagada*)

Pase, hermano.

(*En la puerta se dibuja la figura del padre Antonio Núñez de Miranda, con sus grandes quevedos y su manteo prendido a los hombros*).

EL PADRE

¿Cómo sigue la madre Juana?

LA MONJA

Ya lo ve su reverencia: con el pie en el estribo.

EL PADRE

¿Peor que ayer?

LA MONJA

Más tranquila tal vez. Siéntese, Padre, que he menester ahora, más que nunca, de su absolución.

EL PADRE

¿Absolución? ¿Por qué? La madre Juana «no ha corrido, ha volado en el camino de la santificación.» Esperamos en Dios que nos la conserve todavía por muchos años. La ciudad muéstrase afligida por la enfermedad que aqueja a la esposa predilecta del Señor. En todas las iglesias se elevan preces por su salud.

LA MONJA

Ya, ya he oído las campanas. ¡Qué buenas son las gentes, padre mío!

EL PADRE

El señor Conde de Satiago se impone, a mañana y tarde, de la salud de la madre.

LA MONJA

El señor Conde de Santiago ha sido siempre muy buen amigo. Padre, yo siento que es la última vez que hablo con vuesamerced. Dígame, Padre, ¿ahora sí no soy la que era antes? He leído en ese libro con el cuidado y devoción que me aconsejaba el señor Fernández de Santa Cruz; he tratado de enderezar mis pasos hacia Dios, siguiendo el sendero regado con su sangre preciosa y con las lágrimas de las mujeres del Evangelio. He sangrado yo también por la penitencia, mi corazón por el dolor. ¿Se habrán convertido algunos gentiles o conocido su error los herejes? ¿O habré sido tibia y descuidada, Padre mío?

EL PADRE

Madre Juana ...

LA MONJA

Todo, todo lo que he sufrido en la vida, ¿será suficiente para perdonar mis pecados?

EL PADRE

Su alma, madre Juana, ha sido blanca como una paloma.

LA MONJA

Mi lámpara ha ardido siempre a los piés de la Cruz. La caridad ha sido mi aliento.

EL PADRE

Ya sé yo cómo has atendido a las madres, tus hermanas, hija; ya sé yo cómo has contraído esta enfermedad, que es azote de Dios y castigo por las impiedades que infestan la Ciudad. ¡Quiera el cielo que tantas almas buenas como han abandonado el mundo, las almas castas, blancas de las esposas del Señor, tronchadas como las azucenas en los jardines floridos de la Gracia, aplaquen la ira del Señor!

LA MONJA

La lámpara que arde a los piés de Cristo parpadea, la lámpara se apaga, la lámpara se extingue; la absolución, Padre Núñez.

EL PADRE

Salga de la cárcel tu alma, rompa los lazos que la atan con la carne miserable y ruin; vuele, vuele a las regiones de luz que le están deparadas. *Ego te absolvo in nómine Patri, et Filii et Spíritu Sancto. Amén.*

Amanecía el 17 de abril del año de 1695, día de la Dominica del Buen Pastor.

México, octubre 4 de 1917.

ÍNDICE

	Págs.
A guisa de proemio	5
La farsa del Polichinela	9
Atomillo	17
La partida	33
El sueño de Martín Espelunca	61
Nubes de Estío	77
¿Por qué nó...?	91
Del rancio solar	103
Taracea	115
La danza de la muerte	125
El pintor de Santa Teresa	137
Lámparas que arden	143
Para triunfar	151
Ananké	171
Por qué son así...	187
Camino de perfección	203

DEL MISMO AUTOR

EN PREPARACIÓN:

TEATRO VERNÁCULO

Tomo I.—Carlos abogado.—Balada de Navidad.
Tomo II.—La caída de las flores.—Una historia.

863.6 J62C

a39001 008172622b